



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

LEYENDAS
MORISCAS

GUILLEN
ROBLES

1

A-4

1

18

B. P. A. G.

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est.

A-4

Tabl.

1

N.º

18



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Donativo de S. Cónde de
Romarinas á la Biblioteca
de la Alhambra. 1900

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

NOVELISTAS

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

Alta Señora Sra D.^a Ama-
lia Heredia

como expresión de consi-
deración respetuosa, dedica
este ejemplar su amor.

Fernán Robles



EX-LIBRIS.

Patrimonio Monumental de la Alhambra y Generalife
COMISERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

LEYENDAS MORISCAS



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

TIRADAS ESPECIALES

- | | |
|--|------------|
| 100 ejemplares en papel de hilo, del | 1 al 100 |
| 25 " en papel China, del | 1 al XXV. |
| 25 " P. C. en papel japon, del | XXVI al I. |

P. C. Junta de Andalucía de la Alfarbría y Generalife

CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA



LEYENDAS MORISCAS

SACADAS DE VARIOS MANUSCRITOS

EXISTENTES

EN LAS BIBLIOTECAS NACIONAL, REAL
Y DE D. P. DE GAYANGOS

POR

F. GULLÉN ROBLES

TOMO I



MADRID

IMPRESA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

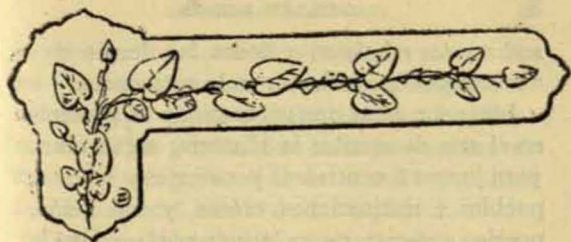
Impresor de Cámara de S. M.

Isabel la Católica, 23

1885

Donativo de Sr. Conde de
Romáñones á la Biblioteca
de la Albámbra 1889





PRÓLOGO.

•Eran (los moriscos) muy amigos de burlerías, cuentos y novelas. •

Bleda, *Crónica de los moros*, página 1024.

•La organización de los árabes les obliga, invenciblemente, a vivir de tradiciones y leyendas. •

Daumas, *La Vie arabe*, pág. 585.



TRATANDO de las condiciones que han de concurrir en el historiador, dice Aben Jaldún, escritor muy estimado entre sarracenos, y aun entre cristianos (1), «que debe conocer los principios fundamentales del arte de gobernar, el verdadero carácter de los acontecimientos, las diferencias que ofrecen las naciones, países y tiempos, en lo referente á *costumbres, usos, conducta, opiniones,*

(1) Aben Jaldún, *Proleg.* trad. de Slane, T. I, pág. 56-57.

sentimientos religiosos, y todas las demás circunstancias que influyen en la sociedad.»

Ideas son estas que predominan al presente en el arte de escribir la Historia: según ellas, para juzgar á conciencia personajes y sucesos, pueblos é instituciones, créese, y con razón, preciso apreciar, no ya la vida pública, sino la privada é íntima de las naciones: hoy deseamos conocerlas, como si nos sentáramos á sus hogares y asistiéramos á sus duelos y regocijos de familia; aspiramos á penetrar en la conciencia humana, y á estimar sus creencias é inclinaciones, desde las que se expresaron en la tribuna pública, en los púlpitos ó en los mimbres, hasta aquellas otras que mantuvieron encerradas en el sagrado de las almas el fanatismo ó la tiranía. El historiador es en su estudio de lo que fué, cual viajero perspicaz y discreto, que nos ofrece, como fruto de sus exploraciones, un estudio sobre las sociedades pasadas, sobre sus hombres y sus acontecimientos, tan minucioso, como el que hizo Lane en su libro sobre los usos y costumbres de los modernos egipcios.

Imposible sería esta forma de investigación si no se conocieran y publicaran documentos históricos conservados en archivos y bibliotecas; tradiciones, cuentos y leyendas transmitidas oralmente; usos y costumbres añejas, que

se desvanecen entre el oleaje absorbente de las nuevas; esos cantos, que durante siglos han deleitado las almas y hecho palpar los corazones de las gentes; esas consejas nacidas al calor de la religión ó de la fantasía popular, reveladoras del estado de los espíritus.

Con esto la obra del historiador se ha dificultado mucho; pero como compensación se la ha hecho más artística y bella, y no por eso menos verdadera. Por lo cual se multiplican hoy las publicaciones de documentos manuscritos, impresos y orales; desde aquellos que refieren importantes acaecimientos, hasta aquellos otros de menos importancia recogidos de los labios de los populares; desde los escuchados al pastor bretón, que refiere á Sébillot ó á Luzel las leyendas paganas y cristianas de su país, á la sombra de algún dolmén, hasta Riviere, que reúne sus cuentos entre los riscos habitados por las agrestes kábilas del Churchura; desde Legrand, que colecciona las canciones populares griegas, á René Basset, que imprime cuentos arábigos; desde Maspero, que arranca á los viejos papiros las novelas con que se solazaron los antiguos egipcios, hasta Spitta-bey, que traduce las consejas populares de los modernos, referidas por el felah encorvado bajo el látigo de la opresión, por los narradores en los socos, por el mer-

cader bajo el hospitalario cobertizo de su tienda (1).

Cual ellos pensé yo publicar unas cuantas leyendas que encontré en los libros de aquella desventurada gente mora, española por el nacimiento, por su entrañable amor á nuestra tierra, por sus condiciones de carácter, por sus virtudes, y hasta por sus defectos. Leyendas que refrescaban en su memoria las viejas creencias mahometanas, combatidas recientemente por el superior criterio evangélico; con las que se consolaban trayendo á la mente los gloriosos días de su insigne historia, y en cuyos relatos buscaban esperanzas de reivindicaciones y triunfos futuros, durante las amarguísimas horas de su vencimiento, humillación y vilipendio.

Muchos han narrado los varios sucesos de los moriscos; muchos han discutido la justicia y la conveniencia de su expulsión; pero contados son los escritores que penetraron en su vida íntima, para revelarnos lo que creían y lo que sentían, cómo pensaban, cómo vivían; pocos son los que han traído á su proceso, abier-

(1) Sébillot, *Littérature orale de la Haute Bretagne*; Luzel, *Légendes Chrétiennes de la Basse Bretagne*; Riviere, *Recueil de contes populaires de la Kabylie du Djurjura*; Legrand, *Chansons populaires de la Grèce*; Basset, *Contes arabes*; Maspero, *Les contes populaires de l'Egipte ancienne*; Spitta-bey, *Contes arabes modernes*.

to hace cerca de cuatro siglos, y aún no fallado en definitiva, documentos propios de los vencidos, y muchos menos los que han estudiado á éstos más en sus obras, que en las de sus implacables enemigos.

Este vacío me propongo llenar con estas y otras publicaciones, dedicando mis modestos trabajos á la mayor ilustración de los anales patrios, revelando la existencia íntima de gente, que constituyó un brioso núcleo vital en la sociedad española, motivo de controversias, de desunión, de inquietudes, á veces de grandes peligros para los nuestros; persuadiéndome que estos documentos no han de ser menospreciados, si un día nos proporciona la fortuna un Gibbon que escriba la *Historia del engrandecimiento y decadencia de la Monarquía española*.

Y cuenta que estos trabajos no tienen solamente interés científico, sino práctico; si en tiempos, más ó menos remotos, España consiguiera obtener, bien pacíficamente, bien de otra manera, la influencia á que aspiran muchos corazones patriotas en Marruecos, dos clases de datos entre otros muchos ha de tener muy presentes: ante todo las conquistas y establecimientos modernos de los franceses en Berbería; después la historia de nuestros moriscos. Mientras mejor conocida sea ésta, más eficaces serán sus enseñanzas en las contin-

gencias futuras de nuestra política africana.

Informando mis propósitos en estos pensamientos, publico la presente colección de leyendas. No hallará en éstas el lector el mérito literario de *A buen juez mejor testigo*, de *Margarita la Tornera* ó del *Vértigo*; pero ciertamente encontrará creaciones fantásticas, tipos interesantes, delicados pormenores, á veces interés en su desenvolvimiento y buena entonación en su colorido. Se observa en ellas una mezcla rara de bellezas y defectos, á pesar de los cuales resulta un conjunto agradable, como esas alfombras moriscas que aún se fabrican en Rabat, de raros dibujos y combinación de colores; se observa en ellas una amalgama extraña de sencillez y agudeza, de ingenuidad y malicia, de melancolía y de pasión, de materialismo é idealismo, de originalidad é imitación, en que se recrea el entendimiento. Sobre todo domina en ellas una credulidad excesiva; lo maravilloso llevado á exagerados extremos, lo sobrenatural dominándolo todo, el *Deus ex machina* perennemente en acción. Sólo cuando oí al P. Lerchundi referirme las consejas marroquíes ó cuando leí los libros de Richard ó de Trumelet (1), verdaderos modelos de ob-

(1) Richard, *Scènes des mœurs arabes*, Paris, 1876. *Les mystères du peuple arabe*, Paris, 1860. Trumelet, *Les Saints de l'Islam*, Paris, 1881.

servación de la vida musulmana argelina, puede comprender la credulidad inagotable de los moriscos, tan enamorados de lo imposible.

Por otra parte, se advierte en estas leyendas bastante oscuridad en el lenguaje; torpeza ruda en el empleo de algunas partes de la oración, especialmente en el de los verbos auxiliares y pronombres; hipérbolos exageradísimas, á veces monstruosas; suma sencillez en los procedimientos literarios, llevada hasta la puerilidad; reiteración enfadosa de metáforas, y frecuentemente monotonía en los medios de exposición y en los accidentes del relato.

Pero á pesar de esto en ellas encontrará el hablante motivos para serias reflexiones sobre la formación de nuestro castellano entre los populares, giros llenos de viveza, voces muy expresivas, dignas de ser conservadas ó usadas, y bastantes indicaciones sobre la ingerencia de palabras arábigas entre las españolas: el arqueólogo hallará datos para explicarse la mitología y simbólica sarracenas: el artista, indicaciones bien bellas y originales, á veces aspiraciones verdaderamente grandiosas; el historiador, datos fehacientes para conocer mucha parte del estado moral, religioso é intelectual de millares de españoles durante mucho tiempo.

Hace algunos años uno de nuestros mejores

hablistas coetáneos, Estébanez Calderón, quería formar, sin duda con algunas de ellas entre otros textos, unas *Flores de la literatura aljamiada*; hace años también otro escritor ilustre, honra de España, Gayangos, decía: «Descubrí (en los libros aljamiados) que no sólo su contenido era castellano y en algunos casos con levísima mezcla de palabras árabes, sino que conservando todo el laconismo y robustez de nuestro idioma y la elegancia, riqueza y brillantez del arábigo, había trozos de singular mérito, como composiciones en prosa y verso, que debieran publicarse como otros tantos monumentos, que atestiguan el enlace y aproximación de los dos idiomas patrios, y que manifiestan á las claras el sinnúmero de voces é idiotismos, que nuestro romance tomara de la lengua del Yemen (1).»

Quisiera dar aquí amplios pormenores sobre los autores de estas leyendas, obras en que se consignaron, épocas y lugares en que se escribieron. Me falta espacio para entrar en las largas disquisiciones que estos asuntos exigen, y me propongo ante todo aprovecharlo publicando muchos textos; por otra parte, deseo hacer de estos volúmenes una obra de populariza-

(1) *Semanario pintoresco español*. Gayangos, carta á Ochoa en su *Catálogo rar. de los mss. esp. de la Bibliot. de París*, pág. 60.

ción, más literaria que erudita, y por lo tanto contentándome por ahora con fijar aquí las más importantes afirmaciones sobre aquellos extremos, reservo para un trabajo crítico que en breve, mediante Dios, he de imprimir, la dilucidación de aquellas cuestiones y la prueba de mis asertos.

Estas leyendas son cuasi todas traducciones de textos árabes; versiones hechas cuasi á la letra, conservando muchas voces, locuciones y giros del lenguaje arábigo en el nuestro: ocasiones hay en que el texto parece una de esas versiones preliminares y literales que hacen los arabistas, como borradores de otras más sabias y correctas.

Dichas traducciones nos demuestran, entre otros muchos indicios, cuánto iban los moriscos olvidando el idioma de sus mayores con los multiplicados bandos que se lo prohibían, y con el trato frecuente de los cristianos. Bleda decía que los moriscos castellanos y aragoneses usaban nuestro idioma; Guadalajara que los de Aragón, que no sabían el árabe, enviaban sus hijos á Valencia «para que le aprendan y les sepan leer su Alcorán;» el venerable Ribera, arzobispo valenciano, manifestaba en una de sus exposiciones á Felipe III, que los moriscos oriundos de Granada «hablan bien nuestro vulgar.» Ellos mismos conocían y deplo-

raban el olvido de su habla tradicional, como siglos antes deploró Alvaro de Córdoba el de la latina entre mozárabes; así en una alabanza de Mahoma se dice: «que fué sacada de arábí en ajamí, porque fuese más placiente de la leir y escoitar en esta tierra;» por esto escribía en castellano el Refugiado de Túnez su instrucción de la fé musulímica, y otros muchos sus obras mahometanas, diciendo en algunas de ellas: «y les advirtiéramos lo que habían de hacer (respecto á creencias y ceremonias religiosas) particularmente á los que no sabían la lengua arábiga;» así á cada paso encontramos en los libros de moriscos detestablemente copiados y transcritos los textos árabes, y desfigurados los nombres propios, con otras muchas señales del general olvido, con el cual iba desapareciendo entre ellos su lenguaje (1).

En esta general ignorancia, así como Juan Hispalense trasladó al árabe la Biblia para uso de los mozárabes, así como se formó la Colección canónica arábigo-hispana del presbítero Vicente, así los alfaquíes mudejares y moriscos, celosos conservadores del pasado, pusieron en castellano cuanto pudieron de sus au-

(1) Bleda, *Crónica*, pág. 888. Guadalajara, *Memorable expulsión*, págs. 74 y 83. M. J. Müller, *Sitzungsberichte der Königl. bayer. Akademie der Wissenschaften zu München*, pág. 217. M. S. de Gayangos, S. 2, fol. 8 v.

tores, ya conservando los caracteres arábigos, ya empleando los nuestros.

Nada he podido rastrear acerca de los intérpretes de estas obras, las cuales según creo se tradujeron en Aragón, en la segunda mitad del siglo xv ó á principios del xvi.

Para la trascripción de los textos he procurado conservar la ortografía peculiar de los escritos en caracteres castellanos, añadiéndoles sólo los signos ortográficos y prosódicos hoy usados, á fin de facilitar su lectura: respecto á los escritos con letras arábigas, he separado las palabras que en ellos se presentan unidas; las he transcrito conforme á nuestra moderna ortografía, distribuyendo el texto en párrafos, usando nuestros signos ortográficos y colocando los acentos donde debían ir: á veces he puesto apóstrofes donde la redacción del texto los exigía.

En muchas ocasiones he suplido letras y palabras, colocándolas entre paréntesis; he explicado el sentido de algunos conceptos oscuros, ya por defecto del autor, ya por arabismos, que abundan mucho: en éste y en aquél caso he dado al paréntesis esta forma (). He traducido las frases y vocablos, bien árabes, bien lemosinos, encerrándolos en paréntesis de esta otra especie — — y explicándolos al pie de la página en nota, cuando lo merecían y era

preciso. Por último suprimí, después de mencionarlas en los sitios donde primeramente se hallan, las frecuentes deprecaciones que siguen á los nombres de Dios, de Mahoma y de algunos personajes musulmanes, Abubequer, Alí, Aixa, Satanás, como «glorificado y ensalzado sea,» «que Dios le salve y le conceda la salud,» «complázcase Dios con él ó con ella,» «maldígale Dios,» cuya repetición hace bien enfadosa la lectura (1). Los textos árabes que encontré los transcribí, cuando llevan mociones, según éstas indican, y cuando no, según las reglas más aceptadas de trascripción.

(1) Los Glosarios y Vocabularios de que me serví fueron: Gayangos: Glosario, tomo V del *Memorial Histórico*, el cual quizá será el que he visto citado en el *Catalogue des livres de linguistique* de Maisonneuve, París, 1876, núm. 3783, con el título de *Glosario de las palabras aljamiadas y otras que se hallan en algunos libros de moriscos*, que no he podido adquirir por haberse vendido.

Saavedra, *Glosario* al final de su Discurso de ingreso en la Academia de la Lengua, Madrid, 1878.

Siesso y Bolea, *Diccionario etimológico de voces aragonesas*, que bien puede titularse así el m. s. F. f. 123 de nuestra Bibl. Nac. *Voces sacadas de los fueros del reino de Aragón*, m. s. C. c. 176 de la misma.

Borao, *Diccionario de voces aragonesas*, 2.^a ed. Zaragoza, 1885.

Rosal, *Orígen y etimología de todos los vocablos de la lengua castellana*, m. s. T. 127 de nuestra Bibl. Nac.

Dozy y Enguelman, *Glossaire des mots espagnols et portugais dérivés de l'arabe*, Leyde-París, 1869.

Sousa, *Vestigios da lingua arabica em Portugal*, Lisboa, 1789.

Labernia, *Diccionari de la lengua catalana*, Barcelona, 1864.

Dictionnaire de la Provence, 1785.

Diccionario de la Lengua castellana, Madrid, 1884.

Y como los conocimientos en arabía no están entre nosotros tan divulgados cual merecen, en el prólogo de cada tomo expliqué los asuntos de las leyendas que contiene, y estudié los personajes que en ella concurren, tomando mis datos de los comentaristas sarracenos del Alcorán, y sobre todo de los impugnadores españoles de éste, coetáneos de los moriscos, ó de textos de libros aljamiados; con lo cual, á la vez que enriquecía esta obra, daba más claridad á sus conceptos (1).

Entre las leyendas que componen este volumen, coloqué primero las que tratan de Jesús, por la veneración que merece nuestro Redentor, y por el singular interés que encierran (2).

La primera de las tres que presento se titula el *Alhadiç del Naçimiento de Içe* (Jesús), y se encuentra en un manuscrito castellano, perte-

(1) Me he servido para los comentaristas árabes de Marracio, *Refutatio Alcoranis*, Padua, 1698, que trae los textos de ellos, especialmente de algunos muy usados por los alfaquíes moriscos. Entre los impugnadores españoles del Alcorán, me he valido de:

Lope de Obregón, *Confutación del Alcorán y secta mahometana*, Granada, 1555.

Bernardo Pérez de Chinchón, *Libro llamado Anti-alcorano*, Valencia, 1532.

Juan Martín Figuerola, *Lumbre de la fe contra la secta mahometica*, m. s. de Gayangos.

(2) Véase el interesante trabajo de Sayous, *Jesus-Christ d'après Mahomet, ou les notions et les doctrines musulmanes sur le Christianisme*. París, Leroux, 1880.

neciente á D. Pascual de Gayangos; apellídanse los otros dos el *Alhadis* y *Recontamiento de Isa con la calavera* y la *Estoria que acaeció en tiempo de Isa*; ambas escritas en aljamia, se hallan en un manuscrito de nuestra Biblioteca Nacional.

Comprende la primera una biografía de Jesús, según el Alcorán, acrecentada y hermo­ seada con peregrinos pormenores. En su relato encontrará el lector las principales creencias de los mahometanos respecto de nuestro Salvador, mucho de lo que piensan de su persona y doctrina, su semblanza, en fin, trazada confu­ samente por Mahoma, y embellecida con los más brillantes colores y arabescos por la fan­ tasía oriental, que ciñó á la frente del hijo de María gloriosísima aureola.

En primer término, aparece en esta produc­ ción la Virgen María, tan hermosa y pura en el relato sarraceno, cual si su autor fuera cris­ tiano, pues su dulce y casta vida nada pierde en las páginas de esta leyenda; su virginidad in­ maculada, expresión de una de las más nobles creencias católicas, aparece como artículo de fe para el musulmán; su figura, ideal de virtud, de ternura y amor materno, se destaca de la narración, tan santa y conmovedora, cual de las más piadosas leyendas de la Edad Media.

Mahoma llamó Imrán al padre de María, y

no indicó el nombre de su madre. Hanna la nombran los autores musulmanes, diciendo algunos (1) que Imrán tenía ciento veinte años y noventa y ocho Hanna, cuando al ver ésta agitarse entre el follaje de un árbol una nidada de pájaros, bajo las alas de su madre mientras les daba de comer, deseó tener prole.

Según los autores árabes, el año del nacimiento de María dieron abundosas cosechas los campos; cuando Zacarías su pariente quiso encargarse de su educación, se la disputaron veintinueve sacerdotes del Templo, y hubo que encomendar la decisión de esta disputa al milagro que se lee en la leyenda; obtenido el triunfo por Zacarías, aunque cerraba las siete puertas del templo, dejando dentro á María, siempre encontraba junto á ésta al volver abundantes provisiones, frutas de verano en invierno, y de invierno en el verano.

Refiere el Alcorán la Anunciación del siguiente modo: «Los ángeles dijeron á María: Dios te escogió, te eximió de mancha, y te eligió entre todas las mujeres del Universo. ¡Oh, María! Sé piadosa con tu Señor; prostérnate y póstrate de hinojos con los que se postran ante Él (2).» «Un día los ángeles dijeron á María: Dios te anuncia su Verbo, se llamará

(1) Marraccio, *Ref.*, págs. 112 y sig. y 434.

(2) *Alcorán*, S. III, 37 y sig.

Jesús ben Mariam, ilustre en este mundo y en el otro, y uno de los familiares de Dios.» «Señor, dijo María, ¿cómo he de tener hijo? ningún hombre se me acercó. Así hace Dios lo que quiere, contestó el ángel; dice sé, y es (1).»

Aquella Virgen criada en tanto recogimiento, «se retiró de su familia, encaminóse al Occidente y se envolvió en un velo que la ocultaba á su vista. Enviámosle nuestro espíritu, que tomó á sus ojos forma de varón de perfecta figura.»

«Cerca del Misericordioso busco refugio contra tí, exclamó ella; si le temes (no te me acercarás).» El respondió: «soy el enviado de tu Señor, encargado de darte un hijo santo.»

Contestó ella: «¿cómo he de tener hijo? ningún hombre me tocó, y no soy mujer impura.»

«Así será, contestó él; el Señor ha dicho: fácil es esto para mí; él será nuestra demostración ante los hombres, y la comprobación de nuestra misericordia; la decisión está pronunciada (2).»

Creen los mahometanos que el ángel Gabriel, con quien hablaba la Virgen, acercóse en este momento á ella y sopló sobre su seno: de aquel hálito se engendró Jesús.

Al llegar aquí hallamos al ángel Gabriel,

(1) *Alcorán*, III, 40.

(2) *Ibidem*, S. XIX, 16 y sig.

uno de los personajes que más parte tienen en todas estas leyendas. Gabriel es, según un comentarista del Alcorán, el guardián de los tesoros celestes, es decir, de las revelaciones, y portador de los mensajes de Dios á sus elegidos. Los musulmanes le llaman el *Espíritu fiel*, y algunos le confunden con el Espíritu Santo.

Otro comentarista le describe diciendo: mientras sus pies tocan á la tierra, su cabeza se pierde en los esplendores del cielo, y su abundante cabellera, roja como el coral, desplegada al viento, llena todo el horizonte; tersa es su frente, centelleantes sus ojos, encendidas sus mejillas, blancos y brillantes sus dientes; sus alas verdes se extienden de Oriente á Occidente, y son sus pies del color de la aurora (x).

Mensajero celeste, muchas veces se presenta como le veremos en una de estas leyendas, en forma de paloma: así, al tratar de la Santísima Trinidad, pudo decir un poeta morisco:

Con figura de paloma
pintáis otro Dios tercero,
que en el Tabor fué patente
y que en el Jordán lo vieron.

(1) Herbelot, *Bibl. or.*, art. *Gebraïl*. Reinaud, *Monum.*, ar. I, 134.

Lo cual es verdad, mas fué
 Grabiél (*sic*) de Dios compañero,
 que á los profetas pasados
 revelaba los secretos (1).

En la Creación, en el Diluvio, en la vida de los Profetas, en los momentos supremos de la humanidad, interviene Gabriel. Lleva al Creador el barro de que formó á Adán; de un puñado de aire que coge con su mano, crea Dios el caballo árabe; entrega á Noé el féretro en que yacen los restos del primer hombre para ponerlo en el arca (2); interviene en los pesares y alegrías de los escogidos de Dios, en el nacimiento de Jesús y en la vocación de Mahoma; guía á éste en los principales actos de su existencia, le revela lo futuro, y le dicta el Alcorán.

Este espíritu celeste mantiene, en la revelación alcoránica, la pureza de la madre de Dios, aceptada como dogma por los musulmanes ortodoxos (3). Acatada en todo tiempo, véase cómo se expresan acerca de ella varios escritores alarbes:

«Engendrado (Jesús) tan milagrosamente, y parido de la Virgen María, siendo ella virgen *antes del parto, y en el*

(1) *Romanze echo por Alonso Aragonés á la religión hispana.*
 Bibl. Nac. m. s. C. c. 174.

(2) Masudi, *Moruch*, I, 74.

(3) *Alcorán*, S. XXI, 91, XVI, 22. Masudi, *Moruch*, II, 145.

parto, y despues del parto; que como nuestro Sr. fué serbido de sacar de un varon (Adan) una muger, ansi fué serbido de sacar de una muger un varon, sin corrupcion, ni alluntamiento de baron... y estos son secretos grandes de Dios, que nayde los alcanza, y el solo és sabidor dellos (1).

»Nosotros creyemos, en el resoplo (el hálito divino), y no dezimos como fué; que aquello és cosa muy secreta de Dios, y no debe ombre fegurar, ni pensar (en esto); que el pienso (pensamiento) no és sino dubda, y de la dubda no se afirma nenguna cosa, ni nenguna verdad.

»Içe, criatura criada en el *vientre virginal* de la excellentissima maryam, y más particularizada señora que a criado nro. ssr. en la generalidad de las mugeres (2).

»Abderrodan insigne y antiguo alfaquí (3), dijo: «que pues Dios, los ángeles y Mahoma alabaron á María Santissima, con título de Virgen bienaventurada, sea maldito y descomulgado de todos el que por tal no la tuviere.»

La situación de la Virgen Madre, en los momentos que precedieron y siguieron al nacimiento de Jesús, ofrecen en el Alcorán, así como en nuestra leyenda, interés tierno y dramático.

«Ella (María) concibió un hijo y se retrajo á lugar retirado; los dolores del parto la sorprendieron cerca de un tronco de palmera.»

(1) Bibl. Nac., m. s. C., c. 174; el mismo dice de otros que dudaban de la pureza de la Virgen: «Librenos Dios de tal erronia y de tan gran pecado.»

(2) Bibl. Nac., m. s. G., g. 179. M. S. Gayangos, S. 2.

(3) Guadalajara, *Mem. exp.*, fol. 34 v.

«¡Ojalá! dijo, que antes hubiera muerto, y hubiera sido olvidada con un eterno olvido.»
 «Alguien bajo ella le gritó: no te aflijas, tu Señor ha hecho correr á tus pies un arroyuelo; sacude el tronco de la palmera, y dátiles maduros caerán hacia tí; come, bebe y consuélate...»

María tornó á su familia, llevando en sus brazos al niño. «¡Oh María! le dijeron, has hecho una cosa extraña.» «¡Oh hermana de Aarón! tu padre no fué hombre malo, ni tu madre mujer disoluta.» «María les señaló con el dedo á su hijo, para que le interrogaran.» «¿Cómo ha de hablarnos, le dijeron, un niño en la cuna?» «Yo soy el siervo de Dios, les dijo Jesús. Él me dió el libro (el Evangelio) y me ha constituido Profeta.» «Ha querido que sea bendito donde quiera que me encuentre; que mientras viva ore y dé limosna, y sea piadoso con mi madre. Él no permitirá que sea rebelde ni abyecto (1).»

Aquí terminan los recuerdos que consigna el Alcorán sobre la Santa Virgen; tan sólo en uno de sus versículos (2), añade: «hicimos del hijo de María, como de su madre, manifestación (de nuestro poderío) para con los hombres; á ambos les asignamos por morada un lugar

(1) *Alcorán*, S. XIX, 22 y sig.

(2) *Ibidem*, S. XXIII, 52.

elevado, tranquilo y abundante en fuentes.»

Muchos más pormenores ofrece nuestra leyenda en el patético cuadro que hace de su muerte; muchos más consignaron los autores orientales en sus obras, y la tradición en sus poéticos recuerdos; si hubiera de traerlos aquí todos, apenas bastaría este volumen para contenerlos. A varios lugares y plantas de Oriente va unido el recuerdo de María (1): así Abdalatif, tomándolo de Makrizi, indica la tradición copta que, habiendo lavado la Virgen los pañales de Jesús con las aguas del pozo de Mataréa, de la tierra regada con este agua surgió la planta del bálsamo, tan estimado en la Edad media. Soyuti decía que en Egipto, hacia la parte baja del territorio de Ahnas, se veía, según vieja tradición, la palmera bajo la cual nació Jesús, y cerca de Axmun el *lebac* (árbol que dá cierto fruto parecido á la alloza), á cuya sombra dió la Virgen de mamar á su hijo. La palmera, según Zamajxari, había muchos años que estaba seca, sin verdura, sin cogollo, sin dátiles, y cuando los desparramó á los pies de María era tiempo de invierno (2). Un autor morisco cuenta que el diez de Moharrám, primer mes del año mahometano, ce-

(1) *Relation de l'Egipte*, págs. 89, 90, 66.

(2) En Marraccio, *Ref.* 434.

lebraban los vencidos moros españoles el nacimiento de Jesús *del vientre virginal de su madre* (1).

Masudi (2), al describir la Persia, dice que en la provincia de Fars había una fuente, llamada *Fuente del Fuego*; que cuando el rey Co-rech envió los tres magos al Mesías, María, después que ofrecieron á su hijo oro, incienso y mirra, les dió un pan redondo: ocultáronlo ellos, tras algunas maravillosas aventuras, en el hueco de una peña, y el pan desapareció en el fondo de la tierra; al abrir después un pozo en aquel sitio, surgieron de él dos columnas de fuego.

Mahoma indicó, con absoluto desconocimiento de la doctrina evangélica, y con él creyeron muchos de sus sectarios, que los cristianos tenían á la Madre de Jesús por la tercera persona de la Santísima Trinidad; error fundado en alguna herejía cristiana, que después modificaron los teólogos musulmanes, más instruídos que su Profeta en este punto.

De suerte, que si una imagen de María fué venerada antes de Mahoma en la Caaba, panteón entonces de las varias religiones seguidas

(1) M. S. de Gayangos, S. II. Según algunos glosadores, seguidos por los moriscos, la palmera llevaba de seca trescientos años; Chinchón, *Antialcorano*, fol. 60 v.

(2) Masudi, *Moruch*, IV, 79.

en Arabia, su memoria lo fué igualmente por los musulimes piadosos (1).

Y si el Comendador de la Orden de Santiago, D. Juan de Vera, cortó, en las encantadas cámaras de la Alhambra, de una *fermosa cuchillada*, al decir de un cronista, la cabeza de cierto moro lenguaráz, que motejó de mala manera á María Santísima (2), un embajador musulmán, docto en letras y grave en obras, dió en ocasión solemne claro ejemplo de la veneración que á la Madre de Jesús concede el islamismo.

Pues discutiendo en Constantinopla con varios obispos, habiéndose éstos referido á faltas cometidas por Aixa, la esposa querida de Mahoma, les respondió discretamente que no debían extrañar las diferencias sobre aquel particular entre mahometanos, cuando los cristianos estaban tan divididos respecto de la gloriosa Virgen María, á la cual añadió que podía llamarse *mina y fuente de toda pureza* (3).

(1) Según Alazraquí, la figura de Jesús y la de la Virgen estaban esculpidas sobre una columna en la Caaba; Caussin de Perceval, *Essai*, T. I, 198.

(2) Bernáldez, *Crón. de los Reyes Cat.*, cap. LVII. Alonso López de Haro, *Nobiliario genealógico*, lib. V, cap. 15 en D. Juan de Vera.

(3) Herbelot, *Biblioth. or.* artic. *Miriam*. La comparación entre la Santísima Virgen y Aixa, parece haber sido frecuente entre los musulmanes españoles. Así puede verse en Pérez de Chinchón, *Antialcorano*, en que declara con algo de mofa (fol. 160), las excelencias de Aixa, según los moriscos.

Para los musulmanes la vida de Jesús, desde su concepción á su muerte, es un milagro perpétuo; el Alcorán, sus comentaristas, la tradición erudita y la popular, han dado á nuestro Redentor proporciones verdaderamente sobrenaturales.

Según ellos, ha nacido de una virgen sin mancha, permaneciendo solamente tres horas en sus purísimas entrañas; según ellos, Dios ha interpuesto al nacer un velo entre él y Satanás para que éste no le tocase en el costado, como á los demás seres humanos, con aquel rudo contacto que al decir de los sarracenos, arranca llanto doloroso á todo recién nacido; ha salido al mundo sin dolor de su madre; ha crecido en un día lo que otros en un año; ha pronunciado, cuasi al abrir sus ojos á la luz, vehementes palabras en defensa de María, y sólo ha estado tres días en la cuna. Su infancia es también una serie no interrumpida de portentos; en sus pueriles juegos hace unos pájaros de barro, dándoles vida con su aliento, y en la escuela explica á su maestro asombrado el sentido místico de las letras del alfabeto.

Pero á pesar de esto, y de los prodigios que realiza hasta su muerte; á pesar de llamarle el Alcorán *Verbo de Dios y Espíritu Santo*, Jesús para el mahometismo es un Profeta, un enviado de Allah á la humanidad, una revela-

ción de la doctrina celestial y testimonio viviente del poderío divino; en suma, un eslabón más en aquella cadena de oro profética, que empieza en Adán y sigue con Noé, con Abraham, Job, Salomón, y otra multitud de personajes de la Sagrada Historia, hasta acabar en Mahoma, que es su sello.

Cuando llegan los momentos de su misión providencial, dice el Alcorán (1): «Hemos concedido á Jesús, hijo de María, señales manifiestas de su misión, y le hemos fortificado con el espíritu de santidad.» «Siguiendo las huellas de los otros Profetas, hemos enviado á Jesús, hijo de María, para confirmar el Pentatéuco, le dimos el Evangelio que contiene la dirección y la luz, que confirma el Pentatéuco, y que también contiene la dirección é intimación para los temerosos de Dios (2).»

Como prueba de su divina misión da vista á los ciegos, cura leprosos, resucita muertos, y declara á los judíos, que escuchaban sus pláticas fervorosas con la sonrisa de la incredulidad en los labios, lo que guardaban en lo más secreto de sus pensamientos y de sus casas.

Entre aquellos escépticos se le adhieren algunos hombres de corazón, *tres pescadores y doce bataneros*, dice cierto tradicionista, á quienes

(1) *Alcorán*, S. II, 81.

(2) *Ibidem*, S. V, 50.

entusiasman y convencen sus elocuentes palabras.

La predicación se verifica, pues, entre maravillas, y no es la menor aquélla, que refiere Mahoma en su Alcorán, inspirándose en un mal entendido relato de la Cena:

«¡Oh, Jesús, hijo de María! dijeron los apóstoles; tu Señor ¿podrá hacernos bajar de los cielos una mesa completamente servida?» «Temed al Señor, si sois fieles, respondió Jesús.» «Deseamos, contestaron, sentarnos y comer; entonces nuestros corazones se asegurarán; sabremos que nos has predicado la verdad, y atestigüaremos en favor tuyo.» Jesús, hijo de María, hizo esta oración: «Dios, Señor nuestro, desciéndenos del cielo una mesa, que sea un festín para el primero y el último de nosotros, y una manifestación de tu poder: alimentáanos, que tú eres el mejor alimentador.» «Entonces, dijo el Señor, os la descenderé; pero ¡ay de aquél que sea incrédulo después de este milagro! dispondré para él el castigo más terrible que jamás se preparó para una criatura (1).»

En nuestra leyenda, este suceso aparece algo diferente y más completo. Algo indica también su relato de la persecución contra Jesús; pero

(1) *Alcorán*, S. V, 112 y sig.

entusiasman y convencen sus elocuentes palabras.

La predicación se verifica, pues, entre maravillas, y no es la menor aquélla, que refiere Mahoma en su Alcorán, inspirándose en un mal entendido relato de la Cena:

«¡Oh, Jesús, hijo de María! dijeron los apóstoles; tu Señor ¿podrá hacernos bajar de los cielos una mesa completamente servida?» «Temed al Señor, si sois fieles, respondió Jesús.» «Deseamos, contestaron, sentarnos y comer; entonces nuestros corazones se asegurarán; sabremos que nos has predicado la verdad, y atestiguaremos en favor tuyo.» Jesús, hijo de María, hizo esta oración: «Dios, Señor nuestro, desciéndonos del cielo una mesa, que sea un festín para el primero y el último de nosotros, y una manifestación de tu poder: alimentanos, que tú eres el mejor alimentador.» «Entonces, dijo el Señor, os la descenderé; pero ¡ay de aquél que sea incrédulo después de este milagro! dispondré para él el castigo más terrible que jamás se preparó para una criatura (1).»

En nuestra leyenda, este suceso aparece algo diferente y más completo. Algo indica también su relato de la persecución contra Jesús; pero

(1) *Alcorán*, S. V, 112 y sig.

se conforma con el *Libro de la Distinción*, como llaman los mahometanos al de su ley, en lo que se refiere á su suplicio.

Mahoma no admitió la crucifixión de Jesucristo, pronunciándose abiertamente contra ella; pues la Redención del linaje humano, mediante aquella infamante pena, imponía la idea de su divinidad, considerada por el Profeta árabe como un error, más aún, como una blasfemia.

«Dicen (los judíos) hemos muerto á Jesús, hijo de María, el enviado de Dios; no, no le dieron muerte; un hombre que se le asemejaba fué puesto en su lugar, y aun los que disputaban sobre esto, permanecieron en la duda; no lo sabían á ciencia cierta; solamente seguían una opinión. Realmente no le han muerto; Dios le elevó á Él; y Dios es poderoso y sabio (1).»

Esta opinión nacida en el seno de algunas herejías cristianas, dominó desde entonces en el islamismo; según éste, las dolorosas escenas de la Pasión, las crueldades del Pretorio, las humillaciones en la vía de la Amargura, el suplicio de la cruz, no los sufrió Jesucristo, sino otro hombre que se transfiguró en él.

Sobre quién fuera este hombre disienten tra-

(1) *Alcorán*, S. IV, 156.

da de un criado d'en casa de su padre, llamado Alauz, conzibió d'el y parió un niño, el cual, en paños y ábito umilde, lo enbió á criar fuera del reino en grande secreto, de una alla (aya) suya, á la cual encargó que le llebase. Crióse este infante y aprendió zienza y letras, en las quales mostró su grande entendimiento; el qual pidió lizenzia a su ama, que la tenia por madre, para ir a perficionarse en los estudios fuera del pueblo donde rresidia; y partido de ella le movió su corazon la causa primera motiva, para yr al rreyno de Siria a la ziuudad de Damasco, en la cual por su abelidad entró en el palazio del rrey Jezu (sic), su agüelo, y a ser almitido. El cual bino a pribar tanto por su grande abelidad, qu'el y sus botos eran no solamente almitidos, pero purificados—preferidos—a los demás, i alló grazia en los ojos del rrey su agüelo, aunque no se conozian; y el rrey biendo su grande abelidad y gran gobierno, casólo con su yja, y madre y muger suya; aunque es berdad que la madre ya lo tenia por muerto; y á la muerte del rrey su agüelo eredó el rreyno y el apellido de rrey, y fué ungi-do por tal, segun el rrieto—rito—de la ley del santo Moysen.

De este suceso envió a su ama abiso, que por madre tenia; el ama bino á Damasco luego, donde le alló casado con su propia madre;

la cual llegada a la prezencia de la madre y rreyna fué luego de la rreyna conocida, y supo della estar casada con su propio yjo; y bisto un caso tan grande, entre las dos acordaron de dar cuenta al rrey Jusús su marido y yjo; que asi se llama, el cual como ombre santo y rrey zen-tífico, y justo, y zelozo de la ley de Dios, ponderando la grabedad de su delito, y al fin para tanto bien predestinado, se determinó de rren-cluir a penitenzia, para alcanzar algun reme-dio a su pecado.

En este tiempo era la predicación del Eban-gélico Mesias Cristo, la fama del cual estaba estendida por el mundo, y el buen rrey, dejan-do gobierno en su rreyno, se fué a buscar en ábito umilde al Ebangélico Mesias Cristo, y llegado á su presencia metióse en su compa-ñia, para conjeturar por sus obras si le descu-briria el secreto de su corazon, y descubrirle su culpa. Pues el Ebangélico Mesias Cristo fué por el ángel rebelado y avisado, de como aquel ombre que abia entrado en su compa-ñia era el rrey Jesús de Siria y la causa de su benida, y que aquel era el ombre que abia de perezar por él. Todo lo cual el Ebangélico Mesias Cristo puso por obra, comunicando con aquel rrey lo que le abia sido rrebelado de su culpa, y la reparazion della, diziendo que se disponia á la boluntad de su criador, y

á padezer los oprobios que los Judios en él arian, pensando que los azian al Ebangélico Mesias Cristo; que por aquello él le fiaba que abria la bienabenturanza y gozo eterno. Pues éste bendito rrey Jesús ollendo al Ebangélico Mesias Cristo se dispuso y ofreció á la boluntad de su criador, por lo cual dize el evangelista san mateo a doze de su ebangelio, que abiendo sido Jesús puesto (1)... a tan gran gozo sufrió, menospreciando su bergüenza; y este rrey Jesús de Siria fué el que padeció por el Ebangélico Mesias Cristo.»

Para los musulmanes, pues, Jesús no ha muerto realmente; no admitiendo pecado original, creen innecesaria la Redención; idólatras cuasi siempre de la fuerza, sometidos perpetuamente á ella, y defendiéndose de sus rigores con la fuerza misma; considerando más grande y poderoso al más fuerte, y acostumbrados secularmente á humillar la cerviz al poderoso, no comprendieron, no comprenden, nunca comprenderán la sublime abnegación del divino sacrificio. Consideran á Jesús como un triunfador, como un domeñador de la naturaleza, no con la sublime grandeza evangélica, como al hijo del Dolor, partícipe de todos los pesares y desventuras humanas; se escan-

(1) Falta en el original.

dalizan de que pueda creerse que el poderoso sobre todos los poderosos se someta voluntariamente á la mofa, al escarnio, á los golpes y á la muerte en un patíbulo, y que los rayos de su ira no aniquilen, antes que *pestañada de oyo*, como dicen los libros aljamiados, á sus atormentadores y verdugos.

Así decía uno de los moriscos expulsos de España:

Dezís que Cristo murió, y sudó
gotas de sangre en el huerto
por el temor de la muerte,
y en Dios nunca reinó el miedo (r).

De igual modo proponía otro: «y si dicen que el muerto fué el Mesih (Mesías) y el fillo fincó (el hijo quedó) en él, de aquí á que (hasta que) lo mataron, otorgan que el fillo aqu'el qu'era el Señor murió; y dan gran mengua dél y gran flaqueza; que nunca se dejó matar, sino aquel que es flaco, y no ie puede fazer más.»

Después de la Crucifixión, según el Alcorán, el fin de la vida de Jesucristo queda incierto; pues de unas aleyas parece resultar su Ascensión viviente á los cielos; de otra que murió sobre la tierra. Diversas son también las opiniones de los teólogos musulimes; algunos creen que murió, permaneciendo sepulta-

(r) Bibl. Nac., m. s., C. c. 174.

do tres ó seis horas, y que Dios después de resucitarle le elevó á sí en alma y cuerpo, designándose como asiento de su trono el cuarto cielo, donde se encuentra el primer motor, que es el de la gloria y majestad divina.

Cuando se acerquen las supremas horas del Juicio final, creen los mahometanos que Jesús bajará al mundo, y fundirá en una sola religión el Cristianismo y el Islam. Un autor morisco (1) decía que en España ayunaban los de su casta el décimo día de Moharrám, porque en él nació Jesús, porque en el mismo subió á los cielos *donde está vivo*, hasta que baje al mundo á gobernarlo con la *xarea*—ley—mahometana, cuarenta años antes del Juicio universal, *tan felices, que el lobo, el león y la oveja pacerán conformes*.

Y estaba tan arraigada entre los orientales esta creencia, que la tradición popular designaba á Ack Minaré, flecha que remataba cierto minarete de la mezquita de los Benu Omeya en Damasco, como lugar del descendimiento de Jesús. Cuando en el siglo ix de la Hegira, esta mezquita fué incendiada por Timur, Ack Minaré quedó intacta, y los musulimes fervorosos consideraron esto como providencial confirmación de la popular creencia (2).

(1) Bibl. de Gayangos, m. s. S. 2.

(2) Mouradjea d'Ohson, *Tableau de l'empire othoman*, ed. Paris, 1788. T. I, 425.

Al Juicio final asistirá también nuestro Redentor, según algunos mahometanos, solamente como testigo, y en opinión de otros, sometido, cual los demás hombres, al tribunal de Dios.

Después de Mahoma, los agarenos consideran á Jesús como el más grande de los Profetas, y le conceden extraordinaria veneración; aceptan cual artículo de fe su poderío incontrastable; su aliento y el contacto de sus manos sanan enfermedades incurables, y dan vida á los muertos y á los objetos inanimados; así, cuando los orientales quieren alabar la habilidad de un médico, dicen que posee el hálito de Jesús (1). Todavía los marroquíes contestan á cualquiera que les pide cosas extraordinariamente difíciles: *¿acaso soy yo Sidna Aisa—Nuestro Señor Jesús—para conseguir lo que deseas?*

Los anales del Oriente demuestran cuán inveterada es esta veneración: en el año 331 de la Hegira (942-3), Constantino VII Porfirogéneta envió á Ibrahim, califa de Bagdad, una fastuosa embajada, pidiéndole con todo encarecimiento cierta imágen de Jesucristo que éste dejó impresa en un paño al limpiar con él su rostro; el califa no accedió á los deseos del emperador, hasta que un gran concejo de ule-

(1) Herbelot, *Bibl. or.* Bad Mesih.

mas, reunido en su corte, unánimemente opinó que le entregaran el paño, depositado en la iglesia de Ruha, mediante el canje de algunos cautivos musulimes (1).

He aquí, por último, cómo se expresa un poeta oriental, refiriéndose á Jesús, con la misma fervorosa veneración que cualquiera de nuestros místicos:

«El corazón del hombre afligido, de tus palabras saca consuelo; tu nombre sólo restablece el alma en su vida y en su pristino vigor; si algunas veces es permitido al espíritu humano elevarse á los misterios de la divinidad, de tí saca sus luces, y tú eres quien le prestas deseos de llegar hasta allá (2).»

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

El *Alhadis*—relato, tradición—y *recontamiento de Isa (Jesús) y la calavera*, es una leyenda bastante bella, en la que mediante cierto milagro de nuestro Redentor se revelan las creencias musulimes sobre el juicio de las acciones humanas en el sepulcro, y una descripción del infierno; asunto bastante común en las consejas arábigas, durante el tiempo en que lo era también en la literatura legendaria, y aun en los poemas cristianos.

(1) M. d'Ohson, *Tableau*, T. II, 401.

(2) Reinaud, *Monumens*, T. I, 180.

La *Estoria que acaeció en tiempo de Isa*, comienza á modo de uno de esos sencillos cuentos, que se refieren en nuestras aldeas al amor de la lumbre, y concluye como alguno de los más cruentos dramas de nuestro Echegaray.

Aún no he hallado su origen en textos árabes; y si atiendo á la libertad y desembarazo del lenguaje, y á la escasez de giros arábigos, cuasi estoy por afirmar que presento en ella al lector, no una traducción como las anteriores, sino un cuento original morisco, inspirado sin duda en algún otro sarraceno, pero propio de los vencidos moros, referido por ellos á la gente moza, para apartarla de la mentira y de la codicia.

La eficacia de las palabras que constituyen la profesión de fé musulmana, tan poderosa para los agarenos, como lo fué para los cristianos la señal de la cruz, es el asunto de la siguiente leyenda, titulada *El rrecontamiento de la donzella Carcayona, hiya del rrey Nachrab con la paloma*.

Esta es una piadosa tradición cristiana, aplicada al mahometismo, en la cual se señalan los principales puntos de las creencias musulmicas. Ya me ocuparé de su origen y relaciones con algunas de las más conocidas tradiciones de la Edad Media, en la obra que tengo en estudio y que anuncié antes.

Popular en Francia y España la cristiana, fué también muy popular la agarena, pues corrió entre los moros españoles en árabe, del cual fué traducida y publicada en dos distintas versiones que conocemos, una en aljamia, otra en letra castellana (1).

Esta última me decidí á imprimirla á continuación, por ser como un resumen de la aljamiada, por diferir de ella en bastantes pormenores, por su regular mérito literario, y por seguir mi propósito de dar á la estampa todos aquellos textos inéditos que ilustren estas leyendas.

Bizmi yllahi y Rahimeni y Rahim:

«En el nombre de allá(h) piadoso y misericordioso, á quien se debe la loazón; señor nuestro, dador de todo bien por su divina misericordia.

»En los tiempos pasados vbo un rrey jentil, que llamaron el rrey aljafre: este ydólatra rrey adoraba una ydola de oro, que tenía en su palacio, muy adornada y bastezida de jogas—joyas: —á este rrey le dió Dios una hija de mucha hermosura; el rrey muy contento la puso en una fortaleza y casa de mucho deleyte, con amas

(1) Bibliot. Nacional de Madrid, m. s., G. g. 47, fol. 134 y sig. m. s., C. c. 174. Bibliot. de Gayangos, m. s., V. 4.

que la criasen y donzellas que la sirviesen, y le puso por nombre Arcayona; crióse tan linda y hermosa, que quando llegó á edad, el rrey su padre se enamoró della y la pidió su amor.

»La onesta y casta donzella, bergonzosa y admirada, consideró que todas las caryzias y amores que el padre la azía no iban por el camino paternal, sino con pensamiento malo y lazibo, y así le respondió, con querimiento de alla(h) taala—Dios ensalzado sea:—

»¡Ya—oh—padre! ¿como puede ser, que siendo buestra yja, sea buestra mujer, y os querays poner á un pecado tan grande? yo no e oydo ni allado que ningún padre se case con su hija, y ansi os ruego que aparteis de bos ese pensamiento.

»El rrey, puesto en su mal propósito, la persuadía; mas la buena donzella no quería conzeder en los rruegos del padre, aunque era muy ymportunada.

»Esta donzella arcayona seguía la adoración y ydolatría del padre, y tenia una ydola de plata muy compuesta, á quien adoraba; y un dia, estando aziendo su adoración esta donzella á su ydola, estornudó, invocando á su ydola; aparecióse el ángel en figura de una hermosa paloma enzima de la cabeza de la ydola, y la abló con lengua paladina—clara,—y la dijo:

»¡Ya—oh—donzella! no as de dezir eso,

sino, alhandu li lahi arrabin (sic) allamin,—la alabanza á Dios señor del universo.—

»Y así como dijo esto el ángel, la ydola cayó en tierra; la doncella admirada y con una nueva alegría en su corazón de oír tales palabras, la dijo:

»¡Ya—oh—paloma! dime que palabras son estas que me as dicho de tanta dulzura.

»Respondió la paloma:

»Estas son palabras de tu rremedio, que des Lo(o)res y grazias al Señor que te crió, que te da vida y sustenta, y que no des grazias á las ydolas, que no te pueden azer ningun bien, ni tienen poder para nada; ¡ye donzella! di leylaha y la alla (sic)—no hay más Dios que Allah—que no hay otro Señor sino alla(h) criador de toda cosa, al cual as de adorar y rreberenziar de aquí adelante.

»¡Ye paloma! y que dulces me son tus palabras, y que agradables leylaha y la alla(h).

»En diziendo estas palabras la donzella, la paloma desapareció; la donzella quedó afirmando en estas santas palabras. A este tiempo vino el rrey con sus la(s)zibos y torpes deseos, y viendo la ydola por el suelo, preguntó la causa; la hija le dijo:

»¡Lle (sic por ye) padre! di leylaha ile alla, qu'es el que te crió y te da vida y te a de baler, y deja los ydolos sin provecho.

»Fué tanto el enojo y rrabia del ydólatra rrey, ziego en su zeguedad, que mandó luego que cortasen á la yja las manos; y cortándose-las en su presencia mandó que (la) tomasen y llebasen al más apartado monte; y la llevaron á un monte fragoso y temeroso, y metiéndola en lo más espeso dél, se la dejaron allí. La buena donzella, triste y affigida, yorando su trabajo, dando grazias á su criador, diziendo: le yllaha y le alla(h); dende á pequeño rrato se le aparezió una ermosa y blanca zierba, y puniéndosele delante, empezó (á) andar; la donzella la siguió, y la llebó á una bien fabricada cueva, junto á una clara fuente, y la zierba se entró por ella, y la donzella con ella, y la zierba la dejó allí y se salió. La donzella viéndose en aquella cueva, dió grazias á su criador, y dende á un rato bino la zierba con comida para esta buena donzella, y con su boca la zierba la daba la comida y lamía sus manos, que luego sanó, aunque sin manos.

»Dende á pocos dias el prinzepe de antarchia (Antioquía) salió á caza, y andando en su caza se perdió de sus caballeros. Andando perdido se le apareció una zierba de mucha blancura, y ansi como el prinzepe la vió, la zierba bolbió las espaldas, y el prinzepe la fué siguiendo, codicioso de tal caza: y ansi la fué siguiendo, asta que la bió entrar por un monte, y entran-

do tras ella en lo más (fragoso?) dél la bió entrar en una cueba; el prinzepe se apeó, y tomando su benablo se entró en su seguimiento, y bió que la zierba se abia echado á los piés de una ermosa y agradable donzella, de las más agraciadas quél abia bisto.

»El prinzepe, confuso y turbado de ber cosa de tanta lindeza en parte tan rremota y apartada, llegándose á ella la saludó con la boz algo alterada, y la buena donzella le bolbió los saludos; y biendo el prinzepe que le (a)bia respondido con lengua paladina—clara,—perdiendo la turbación que tenia, azercándose más, con amorosas palabras le rrogó le dijese la causa de estar en parte tan apartada, prometiéndola de faborezella y alludalla en todo lo que ubiese menester. La donzella con lágrimas de sus ojos y con bergüenza grande, que en el prinzepe causaba más amor, le contó la causa de su destierro y lo que con el rrey su padre abia pasado: el prinzepe, que estaba afizionado al amor de la donzella, como supo ser tan alta prinzeza, de todo punto se rindió á su amor con toda limpieza y muy de corazón, y la dijo que no yorase, ni tubiese pena, quél la prometia, como prinzepe qu'era, de guardalla su onrra, y en llegando á su zitudad de azelle su zidaque—carta dotal—y casarse con ella.

»La ermosa princesa, consolada y conortada

con semejantes palabras, viendo ser prinzepe de tanto valor se humilló á él, que fue causa de que el prinzepe acrecentase más en el amor que la tenia, deseando ya berse en su ziudad, para azer sus bodas; y mirando por la zierba no la bieron; mas el prinzepe biendo ser lla cerca de noche, acordó de quedarse allí asta el dia, y atando su caballo porque no se fuese, pasó toda la noche con la hermosa princesa arcayona, acariziándola con amorosas palabras: la ermosa donzella daba gracias á su criador que la abia embiado tan gran rremedio y rreparo á su nezesidad, y diciendo en su corazón le ylahá y la alla(h)—no hay más Dios que Allah—.

Benido el dia, el prinzepe subió en su caballo, y tomando á la prinzesa en las ancas dió la buelta á su ziudad, á tiempo que sus caballeros le andaban buscando. Llegado á su palazio, la madre del prinzepe le salió á rrezebir, y como bió aquella donzella y sin manos, admirada preguntó al prinzepe quien era; el prinzepe la dijo que era su mujer. La madre enojada y zelosa le dijo que porque dejaba yjas de grandes rreyes y señores que se le ofrezian por mujer, por casarse con aquella yja de un rrey jentil; él rrespondió que aquella queria y no otra ninguna, por lo cual tomó la madre del prinzepe grande odio con la ermosa arcayona.

»Otro dia el prinzepe yzo su azidaque á la prinzesa y se casó con ella, y la dió donzellas y criadas que la sirbiesen, y dos donzellas que tubiesen qüenta con su bestir y darla de comer; todo lo cual para la madre del prinzepe era de mucho disgusto. El prinzepe estaba muy contento con su querida arcayona, rregalándola y acariziándola.

»En este tiempo se le ofrezio al prinzepe una g(u)erra, que le fué forzoso yr el mesmo en persona a ella, y en ausentando que se ausentó el prinzepe, luego su madre mandó tomar á arcayona, y que á ella y á su yjo, puesto á sus pechos, que con gran contento del prinzepe abia parido, que seria de edad de un año, muy alindado en demasia, que los llevasen al monte donde su yjo la abia allado. Y ansi la llebaron, aunque con gran lástima de los que la llebaron, y la dejaron en el monte.

»La arcayona, biéndose en aquel monte, yorando de sus ojos con el gran duelo que su yjo le azia, y viéndose sin manos y con poco rremedio para él, que esto le traspasaba el alma, yamando á su criador que la baliese con grandes suspiros y lágrimas. Estando en esta ansia y traspaso se le apareció la zierba, y la guió y llebó á su cueba, y alli la traia de comer, y se lo daba con su boca, y le limpiaba su yjo con su boca, y le desembolbia y embolbia; con lo

qual la aflejida señora tenia algun consuelo, y siempre llamando á su criador, nombrando la palabra de leylaha y la alla—no hay más Dios que Allah—con gran corazon.

»Alla(h) taala—Dios, ensalzado sea,—como tan piadoso y socorredor á quien de corazon le llama en sus nezesidades, la socorrió en su trabajo y nezesidad y la dió una noche sueño, y cuando recordó la buena arcayona se alló, con sus manos lindas y ermosas, y tomando grandísimo contento y alegria no se artando grandemente de dar gracias a su criador, loando su piedad y misericordia, tomando su yjo con sus manos, abrazándole y allegándole á sus pechos, no se artando de traerle las manos por su cabeza y su cara, y de embolberle y desembolberle, yorando lágrimas de grandísimo contento, diziendo á cada abrazo y beso que le daba leylaha y la alla(h), y llegándose á la ermosa cabra no se artando de con sus ermosas manos alagalla.

»Desta manera pasó esta ermosa señora, en compañía de la cabra que la traia cada dia de comer, labando y rrefrescando á su yjo en aquella ermosa fuente, no sintiendo su soledad, confiada en su criador.

»El prinzepe su marido, acabada la guerra, contento y vitorioso se bolbió á su ziedad, y llegado á su palazio se fué derecho al aposen-

to de su querida arcayona, y preguntando por ella, la madre acudió y le dijo que en saliendo él que se salió, otro día con su yjo en brazos se salió sin podella detener, y se abia ido al monte; que no se curase della, que pues que tal abia echo. El prinzepe, que tal oyó, sospechoso y triste, sin aguardar más tomó el camino del monte, sin querer que nayde fuese con él, y á la entrada del monte le apareció la zierba y le guió á la cueba, y llegado el prinzepe se apeó de su caballo, y atandole á un árbol, con grandísima presteza entró en la cueba con cuydado de su querida señora; y ansí como la bió con su yjo en brazos, tomando á madre y á yjo en sus brazos, con lágrimas de gran contento los apretaba consigo, sin poder ablar palabra; y tornando el prinzepe á mirar á su querida arcayona la bió sus ermosas manos, que con el contento no abia echado de ber embebido con el yjo, tomándoselas y besándoselas muchas vezes, sintiendo en su corazon un gozo grandísimo, tiniendose por el más dichoso ombre del mundo, y tornando de nuevo á tomarla en sus brazos con palabras tier-nas y amorosas.

»El gozo de la prinzesa era grande biéndose con su querido señor; la noche pasaron con grandísimo contento, no soltando el prinzepe su querido y ermoso yjo de sus brazos; y mi-

rando por la zierba no la allaron, ni bieron, porque así como el prinzepe entró, ella se desapareció. Benido el dia el prinzepe subió á su querida mujer en su caballo con su yjo en brazos, y el prinzepe á pié tomaron el camino de la ziedad, y llegando á ella á gran rrato de la noche, el prinzepe se fué con su mujer y su yjo á su aposento, sin querer ber su madre; sus dueñas y donzellas de la prinzesa binieron luego á darla de comer y bestir, como lo tenían de costumbre, y quando bieron un milagro tan grande, y verla con tan ermosas manos, admiradas y contentas y con grande alegría daban grazias á Dios.

»El prinzepe llebó á su madre á un ermoso y lindo alcazar, y la dió dueñas y donzellas y jente que la sirbiese, y él se quedó en su palazio rreal con la ermosa prinzesa arcayona, la qual daba grazias á alla(h) taala por tantas mercedes como la azía; nombrando y afirmando en la palabra berdadera con gran corazón de leylaha y la alla mohama rrasul'lla (sic).— No hay más Dios que Allah, Mahoma es el enviado de Dios.—

»El prinzepe juntó después sus gentes y fué contra el rrey Aljafre; el rrey su suegro le salió á la defensa, mas poco le aprobechó que fué benzido y desbaratado, y (a)cabó en su pertináz ydolatría, porque el prinzepe enoja-

do de lo que abía echo, no alzó la mano de perseguirle y sujetarle su rreyno.

»Rrogemos de todo corazón á alla(h) taala dé grazias que le sirbamos bien y berdaderamente, y dé firmeza en la palabra berdadera de le ylaha yla alla mohamed rrasulalla (sic) para que con ella seamos libres de todo trabajo y angustia, como lo fué esta hermosa donzella arcayona; que todos los que la acostubraren á dezir serán faborezidos de alla(h) taala en este mundo, y tendrán descanso en el otro y gloria cumplida.

»Emin (y)arrabi yllamin.—Amén, ¡oh, Señor del universo!»

Arcayona, ó como dice en la versión aljamiada, Carcayona, que en un códice de Gyangos se llama también Larcayona, se ve asediada por los incestuosos deseos de su padre Nachrab, el Aljafre del manuscrito castellano, escapando de ellos con mejor fortuna que la infeliz hija de Antióco, en nuestro viejo *Poema de Apolonio*.

En la leyenda aljamiada, la paloma instruye á Arcayona en el islamismo, revelándole la unidad de Dios, la milagrosa fórmula para expresarla, las grandezas del Criador, las delicias de la gloria y las horribles penas del infierno.

Un libro de moriscos, por todo extremo raro y curioso, en el cual se trata de conservar la

fe sarracena entre los lanzados á las playas tunecinas por los terribles decretos de Felipe III, reseña con bastante extensión lo que los alfaquies españoles explicaban á su grey, y ésta creía, acerca de la gloria, el paraiso y el infierno; cuyos textos estimé que valdría más publicarlos, que no hacer yo un resumen de las opiniones musulmicas sobre estos puntos⁽¹⁾.

He aquí lo que escribió el autor del mencionado libro sobre los cielos:

«Y ay desde la tieRa Al primer cielo quinientos años de camino; esto se toma desta aya—aleya—

في يوم كان مقداره خمسين ألف سنة (2)

y lo declararon que Dios nro. ssr. ynbia Al ángel chibril—Gabriel—con su embajada, y baja y sube en un día, quinientos años de bajar y quinientos años de subir.

»Y la tieRa, de la suerte y tamaño que se a dicho, es comparable con el primer çielo, como una gota de agua en la mar: en este çielo crió dios y puso la luna que alumbrase; y es tan grande, como treyenta vezes el mundo. Y este çielo con el sigundo és, como una gota de agua en la mar: y el sigundo con el terçero, y el ter-

(1) Biblioteca de Gayangos, S. 2.

(2) Alcorán, S. 70, 4 *(Gradas) por las cuales los ángeles y el espíritu ascienden á Él durante un día que dura cincuenta mil años.*

çero con el çuarto, és lo mismo: en este cielo crió el sol, y és tan grande como el mundo çiento y sesenta y seis beçes y dos tercios; de quien se cuenta questando (Mahoma) çalla Allahu galaihi gua çalam—que Dios le sea propicio y lo salve—hablando con la çayda gaisa, radia Allahu ganha—señora Aixa, complázcase Dios con ella—le dijo, como lo llebaban (al sol) en un carro muchos Angeles, y lo tiran con unas cadenas de piedras preçiosas, y que al punto de mediodia se para ençima del santo templo de meca y dice: ¡o(h)! angeles de dios; yo tengo bergüenza de mi criador en llegando A este lugar de parar, porque és la quibla de los muminin—dirección de la oración de los creyentes.—Entónçes le ruegan los angeles, y no los obedeçe, y aunque hacen sus poderios no pueden menearle; hasta que dios nro. ssr. les pone en la memoria que digan: ¡o(h) Sol! pedímoste que por respeto del hombre cuyo nombre tienes escripto en tu cara Resplandeciente, que te muebas y pases tu camino con el poder del todopoderoso; con lo cual se muebe y prosigue. Y preguntando la çaida gaysa—señora Aixa—que quien era el hombre, cuyo nombre está escripto en la cara del sol, le dijo: (és) Abi bacri el çidig, jalifat el muçtafa (1)..... Y este çuar-

(1) Abu Bequer el sincero, califa elegido: fué el sucesor de Mahoma.

to cielo con el quinto, y el quinto con el sexto, y el sexto con el séptimo, és lo mismo que la gota de agua en la mar; y lo mesmo el séptimo con el curçi—trono de Dios—y el curçi con el garss—solio de Dios⁽¹⁾;—y esta és la mayor cosa que dios a criado, y la puso por techo de la gloria que llaman el ferdaus—paraiso;—crió en este garss de los angeles ynfinitos, cada uno con mill beçes mill cabeças, y en cada cabeça mill beçes mill y seiscientas mill caras, cada cara destas como el mundo mill beçes mill y seyscientas mill beçes; en cada cara destas mill beçes mill y seyscientas mill lenguas, y cada lengua destas están continuamente loando a su criador con el taçbih⁽²⁾ y con mill beçes mill hablas: y cria el todopoderoso de cada habla destas ynfinitas criaturas que le están dando alabanças con el taçbih y el tagdiç—santificación de Dios.—

»Y los que lleban el garssi son ocho ángeles;

(1) Según los musulmanes, Dios tiene dos tronos: el primero, *Arx*, es el cielo empireo, solio de su gloria y majestad; el segundo, llamado el *Corsi*, es su tribunal, en el cual se ocupa de las cosas de este mundo, y en el que debe juzgar á los hombres; dicen que está este solio sostenido por ocho mil columnas, de precio y valor desconocidos; súbese á él por trescientas mil gradas, que distan unas de otras trescientos mil años de camino, y que cada uno de estos espacios está lleno de ángeles formando escuadrones. Herbelot, *Bibl. or.*, *Arsch*.

(2) *Tasbiha* es cierta oración que empieza *alaba el nombre de tu señor*.

los quatro dellos estan diçiendo continuamente este taçbih, asi:

سبحانك وبحمدك على عبوك بعد قدرتك

y los otros quatro dicen:

(1) سبحانك وبحمدك على حلیمك بعد علمك

» Y (una) de las grandeças del criador (es) que fundó en el çielo, en derecho del templo de meca (otro) que llaman El bayte almagmar—la mansión frecuentada—donde todos los dias entran A haçer çala—oración—setenta mill ángeles; y en saliendo estos no buelben a entrar otra bez, desde el prinçipio del mundo hasta el fin dél.

» Y crió a la parte derecha del garss un Rio, tan grande como los siete çielos y las siete tieras; en el qual entra todos los dias el Angel chibril, y se laba, y sale con acreçtamiento de luz sobre su luz, y mas hermosura sobre su hermosura, y sacude sus alas, y de cada gota de agua que cae cria dios tantos millares de ángeles; y destos son los que entran en el templo Referido; y de sus grandeças (hay que referir) que crió el primer çielo de agua y humo, y en el (hay) ángeles criados de ayre y agua, y un

(1) Que quiere decir libremente: Te alabamos y elogiamos por tu clemencia, que rivaliza con tu poderío. Te alabamos y elogiamos por tu benignidad, que rivaliza con tu sabiduría.

ángel que llaman el Ragd—trueno—que és el trueno, y tiene a su cargo las nubes y lluvia y todos dicen:

سبحان ذي الملك والملكوت

—alabado sea el señor del poderío y de la realeza.—En el segundo cielo ay ángeles de diferentes suertes y colores, diciendo en voces altas:

سبحان ذي العزة والجبروت

—alabado sea el señor de la gloria y la omnipotencia.—

«En este cielo ay un ángel la mitad de fuego y la mitad de nieve; y el fuego no derite la nieve, ni la nieve apaga el fuego; el qual está continuamente confesando su santa unidad, y diciendo:

اللهم يا من الب بين النار

والثلج الب بين القلوب المومنين

—Señor que juntaste el fuego y la nieve, unes los corazones de los creyentes.—

»Y el tercero cielo es de hieRo; y en el ay ángeles con muchísimas Alas, y caras diferentes y diferentes voces, y todos diciendo:

سبحانك انت الله الحق الذي لا يموت

—Alabado sea Dios, el verdadero, el inmortal.—Estos están en ringleras—hileras—puestos con grande horden, y no sabe el uno del

otro que color o atributos tiene, ocupados en la devoción y contrición que tienen a su criador. Y el cuarto cielo és de cobre; ay en el ángeles en más cantidad que en los tres cielos, con muchas bentajas, como asi las tiene el segundo con el primero, y el tercero con el segundo. Los Angeles de este cielo unos están en pié, otros en el Rucug, otros en el çuchut (x), otros sentados; son de dibersos colores y suertes; si ynbia dios nro. ssr. a alguno con algun Recado, bá y buelbe, y no lo sabe el questá a su lado, por estar tan dibirtido en la continua oración; y todos están diciendo con suabes boces:

سبوح قدوس ربنا الرحمان لا اله الا هو

—alabado, santo, señor nuestro, el misericordioso, no hay más Dios que él.—

»El quinto cielo es de plata, son los ángeles dél en más cantidad que los del cuarto cielo, con muchas bentajas; están (unos) dellos en el Rucug, y dellos en el çuchut, sin moverse de sus puestos un pensamiento, y estarán hasta el dia del juicio, y en este dia diçen todos:

ربنا لم نعبدك حق عبادتك

como si dijéramos: Señor y criador nuestro no

(x) Dos de las actitudes de la plegaria musulmana; en la primera el orante inclina su cuerpo de suerte que sus manos tocan sus rodillas; en la segunda se prosterna tocando el suelo con la frente.

te emos servido ni te emos adorado, como abia de ser la berdadera adoracion que te debemos.

»El sexto cielo es de oro, y en este tiene dios sus chirubines, que llama el arábigo el carubiyuna; el número dellos solo el que los cria lo sabe: entre ellos ay un ángel que tiene debajo de su mano setenta mill ángeles, y cada uno de estos setenta mill; y destos ynbia dios nro. ssr. A los del mundo á cosas que se ofrecen, y todos están en diferentes boces diciendo el taçbih—alabanza á Dios—y el tahlil, çubha Allahu layllaha yla Allah—alabado sea Dios, no hay más divinidad que Allah.—

»Y el sétimo cielo es de una piedra preçiosa Roja; tiene de los ángeles más cantidad que los demás çielos, y en ellos adelantado un ángel sobre siete mill ángeles; y cada uno destos tiene bajo su mano tantos ángeles como gotas de agua caen del cielo, y como granos de tierra, arena, piedras, y como caen ojas de los árboles, y como criaturas a criado en los cielos y la tierra, y criará cada dia; y no puede numerallo sino su dibina grandeça.

»Despues destos çielos está el curçi; es de Resplandor y del tamaño que emos dicho; en medio dél puso dios nro. ssr. las Aguas, y cosas maravillosas. Está este curçi delante del garss, y pendiente del lo lleban ynfinidad de ángeles, y asi mismo el garss; estos tienen tan

grande Resplandor y luz, que á no estar entre los unos y los otros setenta *hichabes* ó belos de escuridad, y setenta de claridad, que cada uno tiene de largo quinientos años de andadura, se Abraçaran los Angeles que lleban el curçi de la luz y Resplandor que tienen los del garss. Este como emos dicho es la mayor cosa y la primera que dios nro. ssr. crió, y todo lo criado lo ençierra en sí, pues todo lo çerca: cuyas grandeças no pueden los juizios umanos comprehender, ni alcanzar; asi se Remiten los libros despues de aber escripto mucho al todo poderoso...»

Concurren en esta descripción ideas orientales, mezcladas á otras propias de los moriscos, iluminadas por la fantasía meridional, forjadora de hiperbólicas creaciones; en las cuales dominan la aplicación al mundo invisible de lo más hermoso de la realidad, á la vez que una idea elevadísima, y un profundo amor y veneración á la majestad de Dios.

Pérez de Chinchón indica algunas otras creencias de los moriscos sobre los cielos, relatando la ascensión de Mahoma á éstos. El primero creían que era de plata fina, y Adán fué el que abrió sus puertas al Profeta; que en él había ángeles con figuras de caballos, bueyes y gallos; de éstos uno, que toca con sus pies en el primer cielo, y con su cabeza en el

segundo, y que cantando éste cantaban todos los gallos de cielos y tierra. Abrió el segundo cielo, que era de oro, Noé, y en él había un ángel gigantesco; el tercero era de una piedra preciosa; en él existía el ángel de la muerte, tan inmenso, que entre sus ojos había setenta mil jornadas, y que escribía en un libro llamado *ellauche almafod*, ó sea la tabla reservada; en el cuarto cielo estaba José, el hijo de Jacob; en el quinto Moisés, en el sexto San Juan Bautista, y en el sétimo Jesucristo.

He aquí la descripción del *Chenna*, del Paraiso, la cual contiene pormenores, á veces groseramente materialistas, que dieron armas poderosísimas á los polemistas cristianos de todo tiempo, y especialmente á los españoles, para contender con el mahometismo:

«Estos campos (los del Paraiso) de diferentes jardines y llenos de suavidad, son la eterna gloria; que es tan grande, como los siete cielos y las siete tieRas; es de luz Resplandeciente, que escureçe Al sol: sol no hay en ella que dé fastidio, ni noche que escuresca; todo es dia apaçible y agradable; no ay berano ni ynbierno, todo es primavera Alegre, sin que llubia la perturbe, ni ayre que la altere; su olor anjelical, sus fuentes cristalinas, sus frutas ynfinitas de ynfinitos gustos y siempre maduras; sus bestiduras (las de los elegidos) de

colores sin número, y sin número sus joyas: de todo esto se visten los merecedores dichos, tan gallardos y compuestos, que junto con la poca edad que tienen, parecen en su ser perfecto y hermoso: sus mujeres de hermosura transparente, como el blanco cristal; está en lugar eminente, libre de toda perturbación; su fábrica una piedra de oro y otra de plata; sus losas de oloroso almiçq—almizcle,—y su casquijo piedras y perlas preciosas, y su tierra açafrañ.

»El que entra en ella se glorifica y no tiene temor de perder el bien en questá, y no hay muerte que esperar, ni sus vestidos se rompen, ni á vejez llega su moçedad; el que menos tiene posee y se le da estrecho—trecho—de setecientos años de camino. En este lugar tiene sus alcaçares de piedras preciosas, Rojas, verdes y blancas; y para los queridos de Dios ay un mármol de una piedra preciosa. Ençima dél setenta mill salas, reberverando su luz, como el sol en el mundo; y dicen los de la gloria unos á otros: bamos á ber á los queridos de Dios.

»Y cuando los miran reberbera su luz de su hermosura; están vestidos de çunduçin (diçen en arábigo çunduçin que es una bestidura berde particular de mucha estima) berde y escripto en sus caras y frentes: «estos son los

que en el mundo bibían con solo el amor de su criador.» Las casas son de piedras preciosas; tiene cada uno setenta casas, en cada casa setenta salas, en cada sala setenta armaduras—estrados—en cada armadura setenta camas de diferentes colores; en cada cama setenta haurias—huríes—que son las mujeres de la gloria, tan perfectas que (á) escupir una en la mar se bolbiera dulce, y á sacar una mano al mundo escureçiera el sol; y en cada sala setenta suertes de comidas y setenta criados y criadas... (1) goza de todas de este modo, como así goza de otras doce mill que tendrá, dicen que son de las questán en el mundo, dellas ocho mill que no son donzellas...

»Todo este número de mujeres se juntan cada siete días, y todas juntas á una boz, glorifican á su dueño con mil alabanzas y dulçes y amorosas palabras, comen y beben... que como tiene poder y es Dios en todo ynfinito, buelbe el comido manjar en sudor de olor divino.

»Los zelos se acabaron, la ynbidia pereció y las malas yntenciones se consumieron; porque así como entran en la gloria hallan un árbol, y al pie dél dos fuentes, y beben de la una y se limpian de todas estas cosas sus corazones,

(1) Me es imposible trasladar aquí los pormenores un tanto pornográficos que hay en el manuscrito.

y beben de la otra, con que se aclara su vista, y su color, y se vuelven resplandecientes; y con toda perfección los Reciben los ángeles con el çalam—saludo—y con alegres y suaves palabras, y les diçen: «estais perfectos; entrad en la gloria á regalaros eternamente.» En mirando sus salas y sus adornos tan grandiosos se quedan embelesados, absortos y turbados; de suerte que á no Abérselo dado el criador se perturbaran sus bistas, y á no Aberse alçado la muerte se cayeran muertos de ver cosas tan excelentes; y entonces dicen contentos y Regucijados (1):

الحمد لله الذى هدانا لهذا وما كنا لننتهدى
 لولا ان هدانا الله... .. واخر
 دعوتهم ان الحمد لله رب العالمين

Despues en este recreo les alça Dios nro. ssr. el belo del impedimento, y les muestra su dibina esençia, con que se olvidan de todo, porque todo es un mínimo gusto de ver á su señor y criador, sin que se entienda que tiene semejanza, ni que despues de bisto puedan decir lo que vieron, ni cómo es; y no es d'espantar, pues se mira el sol cada dia, y no se puede de-

(1) Sura VII, 41: «Gloria á Dios que nos ha conducido á estos sitios; si Dios no nos hubiera conducido, ciertamente nos hubiéramos extraviado... Sura X, 11. La conclusión de sus plegarias será, loor á Dios, Señor del universo.»

cir lo que es ó cómo es; pues con más justa razón no se dice del criador del sol y de lo demás, que es después de su divina grandeza.»

Todas estas patrañas fueron para nuestros moriscos, artículos de fe: *badomerías*, *hablillas de vieja*, cosas *para reír*, las llamaba, con razón, Figuerola al referir algunas otras; pues decía que, según los moros, había siete paraísos, *Halholdi*, *Alfirdeus*, *Anahim*, *Rodua*, *Agelem*, *Alcuduz* y *Almeua*; que en sus jardines existía un árbol llamado *Tuba*, cuya sombra tenía quinientos mil años de camino, y las hojas alternadas de oro y plata, cayendo sus ramas sobre las paredes del Paraiso; que en éste bullían las fuentes *Celcebibe*, *Zengebilla* y *Alcauçar*, que tenían ante ellas tantos jarritos de metales preciosos, para que los musulimes tomaran sus aguas, como estrellas hay en el cielo; que los moros, que saldrán negros del primer círculo del infierno, Mahoma los zabullirá en las ondas de Alcauçar, y saldrán blancos cual nieve; que cuando llegue la hora de abrir el Paraiso, Dios ordenará á Gabriel que pida las llaves al ángel que las guarda, el cual sacará de su boca setenta mil llaves, cada una de siete mil leguas de larga, las cuales no podrá alzar Gabriel hasta que se encomiende á Dios; que al entrar los bienaventurados en su eterna morada, gallardos y alegres pajes les vestirán trajes riquísi-

mos y suntuosas joyas, y les invitarán á sentarse ante una mesa de diamante, que tiene seiscientas mil jornadas de ancho y largo; cada uno de los convidados tendrá ante sí un plato y en él un ponzil—limón,—y que al abrirlo saldrá de él una hurí hermosísima; que cada creyente tendrá multitud de huríes, siempre vírgenes para los mozos, y á los principios para los casados, durando con ellas el goce sensual cincuenta años; por último, que Dios mostrará su divina faz á los creyentes entre los esplendores de su gloria.

No menos curiosas fueron las creencias moriscas respecto del infierno, consignadas en este trozo del mismo manuscrito:

«Y te quiero agora advertir que tiene (el infierno) siete puertas, como así lo dixo Dios nro. ssr. (x):

لها سبعة ابواب لكل باب منهم جز مقسوم

»La primera se llama *جعثم*—*chatsim*, estrecha.—Diçen que por esta entran los pecadores, á padecer sus culpas, el tiempo que el criador es serbido de dalle á cada uno; y despues los saca y los pone en su santa gloria, con su misericordia y á causa de su fe çierta, y con la

(x) «Sura XV, 44 (el infierno) tiene siete puertas y en cada una se colocará una tropa separada.»

intercesion de nuestro santo profeta, galaih açalamtu gual çalami—sobre él sea la salud y la salvación—; y es parte que aunque es pena y tormento exçeçivo, en comparacion de los demás sitios es lo menos. Y la sigunda se llama

لظى—*lada*, fuego flameante—y por esta entran los cristianos ynfielos, que siendo dios nro. srr. el solo criador y absoluto señor lo hicieron tres y uno, y uno y tres, y lo fundaron en fe y en ley, sin fundamento, ni aliño, con solo la compusición de los papas, hijos del ynterés y ambiçion; donde echarán de ber que atanasio, lucas, y marcos, y juan, y mateo los tubieron engañados, y los trujo A la casa del eterno padecer.

»La tercera se llama سفر—*sakar*, fuego intenso—y por ésta entran los judios, que despues de Aber sido queridos de dios y abelles dado tanto bien, y librádoslos de las ynjurias de faraon, teniendo por capitan y defensor al santo profeta muça—Moisés—, fueron ingratos y desconocidos y malditos, condenados á esta casa eterna de pena.

»La quarta se llama الحطية—*alhotama*, fuego violento—y por ella entran una tayfa, que llaman açabiyuna—los sabéos adoradores de los astros,—gente que tomaron parte de la ley de los cristianos, y parte de la de los judios, y

parte de la de los jentiles, y decían que seguían la ley del profeta noé, y junto con esto hacían çuchut—adoración—á los Angeles y á las estrellas, de suerte que hacían una ensalada de las leyes, sin fundamento, y solo lo tendrán en eternizarse en la casa en que se ven.

La quinta se llama *الجحيم*—*alchahim*, fuego violento—y por ella entran los gentiles, que son los machuços—magos—que adoraban los ydolos, al sol, luna y al fuego; y como adorado (este) falsamente los quemará en eterno tormento.

»La sexta se llama *سعير*—*sair*, fuego que estalla en llamaradas—y por ella entran los árabes que dieron compañero á dios, siéndole forçosa la unidad y ser el eterno criador de los cielos y la tierra.

»La sétima se llama *الهاوية*—*alhawia*, valle profundo, abismo—y por ella entran los munafiquín—hipócritas,—que son los que mostraban el yçlam—religión mahometana—y tenían en sus coraçones la erexia; y así están en lo más profundo de los ynfiernos, gozando de las más profundas penas como lo dixo nro. SSR.:

ان المنافقين في الدرك الاسفل من النار (1)

(1) Sura IV, 144: «Los hipócritas estarán en el grado más bajo del fuego.»

»En entrando por estas puertas, los que an de entrar y lo mereçen, hallan diferentes suertes de tormentos; porque el fuego diçen se está ençendiendo mill años, hasta que se buelbe blanco, y se ençiende otros mill años, hasta que se buelbe Amarillo, y se ençiende otros mill hasta que se buelbe negro; y así está todo negro en escuridad y profundas tinieblas. El fuego del mundo es una parte de fortaleza de setenta partes del fuego del ynfierno.

»En este ay Ríos, que coRe en ellos sangre, materia y hediondo podre; de la más espesa materia es lo que beben los que allí están; y es de tan perbersa olor que si una gota saliese Al mundo en el poniente, los que están en lebante morirían de su perbersa olor. La comida y sustento de los tales son espinos y abroxos agudos y escabrosos; siempre están sedientos y con hambre excesiba; lo que bisten son bestidos de fuego y alquitrán. Una brasa del fuego del ynfierno es tan grande como todo el mundo: ay en el ynfierno treçientos alcaçares; en cada Alcaçar treçientas salas; en cada sala treçientos modos de tormentos; aquí están las culebras, Alacranes, cadenas, argollas y otras perjudicales cosas. Aquí está un poço que se diçe el *poço de la tristeza*; quando éste se abre á todos cubre de triste luto y desconsuelo: ay otro poço que sale dél tan fuerte fuego, quel

mismo fuego lo teme y pide que sea libre dél. Cada uno se quema hasta bolberse carbon, y luego se buelbe á quemar y á bolber carbon, y desta suerte está padeciendo eternamente.

»Es tan grande cada uno de los (ángeles) del ynfierno, que desde su oydo al pescueço tiene tanto trecho como camino de setenta años, y una muela de su boca tan grande como el monte Uhud; y si cada uno (de los círculos) es tan grande, (y) entran en él tanta cantidad de personas, espíritus y demonios, fuerza será que la grandeza del ynfierno sea tan grande, que solo el criador puede saber su tamaño; pues ay en él montaña, que aRojando á uno por ella, no llega al fin en cuarenta años.»

Hallará el lector en el Recontamiento de Carcayona, cual en el de Jesús, y como en cuasi todos los demás, al genio del mal, representado por Iblis—diábolus—ó Axaitán—Satanás.

Cuentan los autores orientales, con más riqueza y variedad de pormenores que puedo yo consignar aquí, que creada la tierra, Dios la pobló de *chines*—genios—seres intermedios entre hombre y ángel, espíritus en estado de merecer ó desmerecer. Catorce mil años señorearon nuestro planeta, y dos mil después de ellos otros genios que llaman *peris*.

Mandábalos Chián ben Chián; pero fueron

tales los crímenes de *chines* y *peris*, que el Sumo Hacedor decidió aniquilarlos. Guardaba por entonces los tesoros del primer cielo, y vivía entre los ángeles Háret—guardián,—espíritu creado por Dios del fuego que se enciende entre los remolinos del Simún. Háret recibió el encargo de castigar á los genios, y á pesar de que se le resistieron bravamente, á pesar de que Chián, su monarca, lidió como bueno, adargándose con su escudo, fabricado por tal arte mágica, que inutilizaba los mejores encantamientos, *chines* y *peris* fueron deshechos, y arrojados, unos á solitarias islas y otros á los riscos de las montañas; salváronse solamente de la ruina común unos cuantos que se adherieron al enviado de Dios.

El cual, dueño del globo terrestre, poblólo con estos espíritus, á más de otros que engendró; pero su prepotencia le desvaneció, cególe el orgullo, y exclamó en un raptó de soberbia:

—¿Quién es igual á mí? Subo al cielo cuando me place y domeño toda la tierra.

Dios, para humillarle, creó á Adán: ante el nuevo sér, espantados los ángeles, se desbandaron en todas direcciones, excepto Háret, quien, tocando con el pie el cuerpo todavía sin alma del primer hombre, produjo un sonido hueco como de arcilla cocida.

Animado después Adán, su Hacedor ordenó á ángeles y genios que lo adorasen; obedientes los primeros, se le prosternaron; sólo Háret desobedeció, diciendo:

—Señor, yo soy mejor que Adán, pues me sacaste del fuego y á él del barro, y el fuego es más noble que el lodo; me estableciste por vicario tuyo en la tierra, tengo alas, una aureola de luz, y mi frente está coronada de nobleza; te he adorado también en el cielo y en la tierra.

Dios maldijo al desobediente y le lanzó del cielo, persiguiéndole los ángeles arrojando sobre él peñascos encendidos: desde entonces se llamó Iblis—desesperado—, Xaitán—calumniador—, Ibla—insurgente—, y se le apellidó Arrachím—el apedreado.

Mas antes de abandonar el cielo imploró de Dios vivir hasta el Juicio final, y el Señor le concedió que existiera hasta el primer toque de la trompeta de Israfil, en cuyo punto debía morir, para resucitar al segundo toque, asistir á las tremendas escenas del último día, y ser precipitado al profundo. Entonces ofreció al Sumo Hacedor no dar paz al entendimiento, empleando toda su sutileza, todas sus aviesas facultades y todas las malas artes de los genios que secundaron su desobediencia, para perder á los ángeles y á los hombres.

En tan perversa tarea se le encuentra constantemente; para perder á Adán penetra en el Paraíso, protegido por la serpiente, en aquel tiempo de hermosa figura, bien diversa de la repugnante que hoy tiene; Job, David, Salomón, todos los patriarcas, todos los profetas, lo encuentran como obstáculo en su camino, poniendo á prueba la virtud de los justos, la religiosidad de los devotos, y siendo el gran proveedor del Infierno.

A sus órdenes tiene millaradas de espíritus malignos, sus iguales en perversidad é instrumentos inteligentes, activos, infatigables, de sus malvados propósitos. Así los musulmanes acompañan con maldiciones su nombre, y frecuentemente en sus labios y en sus libros se encuentra una jaculatoria, que puede traducirse libremente: «Líbranos, Señor, de Satanás el apedreado.»

La mitología musulmana es tan fértil en creaciones del mundo sobrenatural, como la helénica, y no le cede ni en la belleza, ni en la elegancia de sus leyendas. En sus dominios hay *chines* varones y hembras; unos burlones, como los duendes de nuestros pueriles cuentos, se complacen en mortificar á los humanos; otros benéficos se apiadan de sus desventuras, los socorren en sus infortunios, y unen fieles amantes separados por los rigores de su mal-

aventurada estrella; los más gozan en la desventura humana, engendran pestes, aislamientos y otros fieros males; se agitan en los remolinos del aire, en las ondas de las fuentes, entre las espumas de las olas, en las corrientes de arroyos y ríos, en las frondosas arboledas y peñascales de las montañas, y en las silenciosas soledades de los desiertos.

Hay *diuses* espíritus gigantes; *gulas* y *afrietes*, que son las Medusas, Furias y espectros griegos; *cotrobos* en forma de gatos; *iblisés* moradores de los mares; *maradas* pobladores de las islas; *silahses* que se ocultan en las grietas de las montañas; *gulas* que viven en las ruinas y saharas; y *uahavies* ó serpientes que con sus anchas alas surcan los aires.

Nuestras obras aljamiadas representan á Iblis en figura de viejo cano, á manera de médico ó de sabio, acompañan con maldiciones su nombre, y le traducen por Lucifer.

Algunos de ellos cuentan que antes de Mahoma los chines subían á los signos del zodiaco para escuchar cautelosamente los coloquios angélicos y averiguar los secretos divinos; desde el nacimiento del Profeta, Dios puso coto á estas maquinaciones, cerrando con espesa cortina de llamas el acceso de los cielos; si alguno de los chines se atreve á aproximarse á ellas, sus centellas les persiguen; esas cente-

llas son las exhalaciones, que en las noches tranquilas dejan en el azul de los cielos la fúlgida estela de su rápida carrera (1).

Frente á Iblis y á sus hordas de réprobos, oponen los musulmanes los ángeles, espíritus puros creados por Dios.

Su número es infinito, según las leyendas moriscas; son generalmente hermosos; muchos hay gigantescos; algunos tienen dos, tres y muchos pares de alas; los hay blancos y negros, parecidos al hombre, aunque á veces con raras figuras; de aspecto unos dulce y bondadoso, sañudos y terribles otros.

Sirven al que los sacó de la nada de mensajeros é instrumentos de sus designios, formando su corte y su séquito, y bien repartidos en los siete cielos, bien prosternados ante él, le tributan perpetuas alabanzas, é interceden piadosamente por los mortales.

Cuatro transportan el célico trono, y otros tantos sirven de guarda á cada sér humano, dos por el día, los otros por la noche. Sebhael lleva el registro de las virtudes y pecados de los hombres; Semhael gobierna el sexto cielo,

(1) *Alcorán*, S. II, 32, 34. VII, 10. XV, 31, 42. XVII, 63 y siguientes. Marraccio, *Refut.* pág. 22, 386. Herbelot, *Bibliot. or.* Adán, Eblis, Diabolus, Demons, Gins, Gián ben Gián. Masudi, *Moruch*, T. I, p. 50. II, 92. III, 321. Reinaud, *Monumens*, T. I. M. S. de Gayangos, S. 2.

Salsael el cuarto, Sadiel el tercero; éste mantiene firme la tierra, que se balancearía constantemente si no colocara su pie sobre ella: á las órdenes de otro, diez y nueve rigen el infierno, atormentando á sus míseros moradores; uno vuela, precediendo á las tempestades y mezclando sus loores al Todopoderoso á los roncros acentos del trueno.

Azazil se llaman los más próximos al trono del supremo sér, y cuatro de ellos *mocarrabin* porque asisten constantemente ante él; que son, Gabriel, mensajero divino, protector de los musulmanes; Miguel, más inclinado á los judíos; Azrael, el ángel de la muerte, que separa las almas de los cuerpos; Israfil, guardián de la trompeta que tañerá el día del juicio. Cuando éste llegue, al primer toque morirá todo lo existente, hombres, genios, demonios, ángeles; Israfil perecerá el último, y resucitará el primero á los cuarenta días, para convocar con el segundo toque á todos los mortales al terrible juicio de Dios.

Creían los moriscos que á poco de enterrar un cadáver se presentaban ante él dos ángeles, Munquir y Naquir, el uno con una maza de hierro y el otro con unos garfios; obligábanle á ponerse de hinojos ante ellos, y le interrogaban sobre sus acciones; á cada pecado, el de la maza daba un fiero golpe al pecador, que le

hundía siete estados en la tierra, y el de los garfios le sacaba con éstos, para volver á la misma tarea, hasta apurar el interrogatorio.

Y tan arraigada estaba dicha creencia, que dejaban en hueco los sepulcros, soltaban las ligaduras de los pies y de las corvas del muerto para que pudiera arrodillarse, y colocaban entre los pliegues de su mortaja nóminas, oraciones y amuletos, escritos con azafrán diluído en agua de azahar.

Fundábase esta opinión en el Alcorán, así como una de sus populares tradiciones, narrada de bien diverso modo que la contaban los orientales.

Cuando los alfaquíes reprobaban el uso del vino á los moriscos, referíanles que Dios envió á Babilonia dos ángeles, Harut y Marut, como jueces, para probar su virtud. Establecido su tribunal, presentóse ante él, querellándose de su marido, una mujer de sobrenatural hermosura; vencidos por ésta, juzgaron injustamente en su favor, y la querellante llevóse á comer á los jueces, haciéndoles servir delicados manjares y exquisitos vinos; contra lo que debían, bebieron ellos desatinadamente, y perdido el seso, requirieronla de amores, accediendo ella á sus deseos á condición de que le enseñaran unas palabras, mediante las cuales ascendían al cielo.

Después de aquellas crapulosas horas, cuando ambos quisieron tornar á las etéreas salas, nunca pudieron, y el Señor los encadenó, atormentándoles duramente en una cueva junto á Babilonia, donde se pasaban la vida enseñando magia. La mujer, pronunciadas las talismánicas palabras que le enseñaron, subió al empíreo, y al verla Dios tan espléndidamente hermosa, la convirtió en la estrella de la mañana. (1)

La leyenda siguiente, titulada *Estoria y vrecantamiento de Ayub, de sus vreprobaciones y de su pasensia*, no concuerda del todo con la Biblia; en ella no se debaten graves cuestiones religiosas y filosóficas con la sublime elevación del libro de Job; no se trata de ponderar la pequeñez de la vida humana, ni de discurrir acerca de la omnipotencia y la justicia de Dios, de su Providencia, ni del galardón de las buenas ó malas obras ó de la importancia de la sabiduría. Nuestra leyenda solamente es una sencilla narración, llena de color, bien movida, poética, impregnada con el perfume de nobilísimos sen-

(1) Alcorán, S. XXXV. 1, LIX. 17, XLII. 3, XL. 7-10. XXXIX. 68, III. 74 120, XVI. 59, LXXIV. 30, VI. 61, II. 96, L. 15, XLIII. 77. Masudi, *Moruch*, T. I. p. 49, 53, 57. Marraccio, *Ref.* págs. 617, 607, 370, 44, 639. Herbelot, *Bíbl. or. voces Sadiel, Samsail, Samahil, Tabek, Sebhael, Azrael, Anges.* Figuerola, *Lumbre de la fe*, fol. 22 v. Obregón, *Confutación del Alc.*, pág. 66.

timientos, con pormenores interesantes que el autor ha detallado con esmero, como esos mocárabes de la Alhambra, en los que se ha hecho resaltar con oro y colores sus más delicados adornos.

Para los mahometanos Job, descendiente de Esaú, es un escogido de Dios, un profeta y padre de profetas; el Señor le envió á predicar la verdadera religión á los de Tania, ciudad entre Ramla y Damasco, con tan deplorable éxito, que sólo le escucharon tres de sus moradores. No contento con la predicación, encomendó á las armas el castigo de la incredulidad, y aniquiló unas tribus de infieles confidentes con la Idumea. Dice Masudi que moraba en Siria, en las comarcas de Haurán y Bantania, distrito del Jordán, entre Damasco y Tiberiades.

Todo cuanto representa entre los orientales la fortuna y la felicidad, otro tanto se había complacido Dios en concederle: excelente pro-sapia, buena salud, muchos hijos, ópimas cosechas, trojes repletos de cereales, muchedumbre de esclavos, casas, y rebaños de camellos, bueyes y ovejas.

Su devoción era proverbial, tanto que Dios le indicó á Satanás, como uno de sus más fervientes adoradores, cuya fe y sumisión á la voluntad divina eran inquebrantables. El genio

del mal, en su eterno empeño de perder á los buenos, é incitado por la envidia, ofreció quebrantar tanta firmeza, poner dudas en aquella fe acerca del poder y de la misericordia de Dios, apagar en aquel corazón, encendido en amor divino, toda esperanza, y hacer caer á sus plantas á Job, maldiciendo el nombre de su Creador.

Este otorgó á Lucifer que probase á su elegido, á condición de no dañarle en la boca, oídos y ojos. Al momento legiones de espíritus infernales se agitan contra el devoto Patriarca, y su felicidad se trueca en horrible desventura; abrasadores huracanes consumen sus cosechas; sus siervos y sus ganados perecen; sus hijos mueren soterrados bajo los escombros de sus casas, y un aire pestilente penetra en su cuerpo, inflamando en corrupción su sangre, llenándole de llagas y postrándole sobre la tierra, en el doloroso estado que pinta nuestra leyenda, en un cuadro digno de la pluma de cualquiera de nuestros modernos naturalistas.

Pobre hasta deber su sustento á la caridad, despojo viviente del sepulcro, expulsado de la sociedad humana, desterrado de entre sus conciudadanos, abandonado de sus amigos, viviendo en un estercolero, entre cuyas fétidas emanaciones sobresalía la repugnante hediondez de su cuerpo, dentro de aquel vaso ruin se

agita un alma inmensa, que llena el amor, la fe, la confianza en Dios; en medio de desventuras, que dominarían el ánimo más entero, mantiene firme sus nobles sentimientos, cual roca eminente combatida por recios aluviones, y sus labios no cesan de alabar fervorosamente á Aquél que tan rudamente le castiga.

Un consuelo le queda en su desdicha; Rahma su mujer, digna del nombre que lleva en la leyenda, que significa *Misericordia*. Que si admirable es la piedad del marido, bellísima sobre toda comparación es la de la compañera de su vida, en los azarosos tiempos de su infortunio. Hayan estos durado tres, siete ó diez y ocho años, en lo que difieren los agarenos, Rahma fué durante ellos modelo de esposas, participando con heroica paciencia de las adversidades de Job: triste, le consuela; enfermo, le cura; desterrado, le carga sobre sus espaldas para alejarle de sus despiadados vecinos; dále de comer trabajando como sierva, la que tanto tiempo fué señora, y prepárale amparo contra las inclemencias del cielo; si engañada por Satanás le propone olvidar su fe, es mirando por su bien; implora por él la caridad de sus compatriotas; vende las trenzas de su magnífica cabellera, para comprarle un pedazo de pan; y cuando llegan los días felices, cuando en premio de tanta fidelidad y tierna solicitud le

anuncia Job que había de castigarla, para cumplir cierto juramento pronunciado en un arrebatado, se somete humildemente al castigo.

No siempre las obras orientales han de presentar á la mujer como instrumento de perdición y fautora de impurezas; nuestra leyenda la presenta ejerciendo el elevado y hermoso ministerio de la perfecta casada.

Satanás no da paz á la mano, martirizando al mísero Patriarca; incita á los moradores de los lugares en que vive para que le arrojen de ellos, como á un animal inmundado; roba los alimentos que le prepara Rahma; aparece como una vieja calva, que compra á ésta su cabellera, para llevarla al noble enfermo y hacerle dudar de la virtud de su único amparo; disfrázase de médico y engaña á la desdichada mujer, proponiéndole varias veces el olvido del Señor; cuantas desventuras, cuantas tentaciones pueden hacer flaquear la más enérgica resolución, otras tantas emplea Lucifer contra su víctima.

La cual, en un momento de suprema agonía, alza á Dios su espíritu exclamando, según el Alcorán: «mira la desventura que me aqueja; Tú eres el más misericordioso de los misericordiosos.»

Entonces Dios compadecido le envía á Gabriel, quien hiriendo con su pie la tierra hace

brotar de ella una fuente cristalina, en la cual sumerje á Job, devolviéndole su pristina salud y hermosura, presentándole á los asombrados ojos de Rahma, cual en los tiempos felices de sus juveniles amores.

En este momento se lee en la morisca leyenda cierto episodio, que pone una nota alegre entre las tristezas de su relato. Job enfermo había jurado dar á su mujer cien azotes, ya porque hubiera estado un día sin verla, ocupada en procurarle sustento; ora cuando le transmitiera las proposiciones de Iblis; ó bien cuando llegó á dudar de su virtud: sano ya, justificada Rahma, y digna más de entrañable amor que de azotes, la perplegidad del Patriarca era grande; Gabriel le proporcionó un acomodamiento de conciencia, no muy raro entre musulmanes, para salvar la fe jurada: pues le ordenó golpear una sola vez á Rahma con una palma que tuviera cien hojas; nuestra leyenda dice con un hacecillo de cien juncos.

Dios premió á Job devolviéndole sus hijos, aumentándolos hasta veinte durante los noventa y tres años de su vida, y multiplicando sus riquezas, hasta el punto de fijar dos nubes sobre sus trojes, vacíos de trigo y cebada, y llover en ellos la una oro, plata la otra.

Los musulmanes veneran mucho la memoria de Job: llámanle *Azzaber el sufrido*; le con-

sideran como modelo de muslim, entregado enteramente á la voluntad del Todopoderoso; como testimonio viviente de su bondad y misericordia, y en sus tribulaciones acuden á Dios con la misma plegaria que puso término á sus desventuras.

En el siglo IV de la Hegira—X de J. C.—existía una mezquita llamada de Job, y la fuente donde decían que se purificó en el territorio de Naua y Chaulán, distrito del Jordán, entre Damasco y Tiberiades, en la cual mezquita se conservaba también la piedra sobre la cual reposó durante su infortunio. En algunas otras comarcas de Oriente se presentaban á la vulgar credulidad petrificados los gusanos que nacieron de la podredumbre de sus llagas (1).

Biblioteca Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

Como contraste de la fortaleza de ánimo mostrada por Job, ante las asechanzas y tentaciones de Iblis, presento en la leyenda titulada, *Recontamiento muy bueno (de lo) que aconteció á una partida de sabios zelihs*—piadosos, santones,—el ejemplo de una acreditada entereza religiosa, quebrantada por los encantos de una cristiana.

(1) Véanse *Alcorán*, S. XXI-83-84 y XXXVIII, 40 y sig. *Martraccio*, *Refutat.* 457. *Herbelot. Bibl. or.* Ayoub. *Figueroa, Lumbré*, fol. 186. *Reinaud, Mon.* T. I, 158. *Masudi, Moruch*, T. I, 91-92.

Pues en esta leyenda hallará el lector un santón agareno, celosísimo en el cumplimiento de sus deberes religiosos, gran ayunador y limosnero, instruidísimo en ciencia alcoránica, maestro con el decir y con el ejemplo de muchos piadosos discípulos, enamorado en un momento tan desatentadamente de una bella *rumí*—cristiana,—que ante sus exigencias abjura el mahometismo, se bautiza, abandona su emprendida peregrinación á la Meca, y pone el colmo á su nefanda apostasía prestándose á guardar ¡cosa horrenda para un mahometano! un atajo de cerdos. Mostrándose con esto menos buen creyente, que aquel desventurado Motamid, rey moro sevillano, que asegurándole sus aúlicos, como lo demostró después el suceso, que al llamar á los almoravides al socorro de España se jugaba el trono y se entregaba como esclavo á ellos, contestó briosa y honradamente:

—Más quiero guardar camellos en Africa, que cerdos en Castilla.

Un punto de contrición salva á pesar de sus culpas al santón enamorado, quien vuelve con más fervor que nunca, á sus penitencias, maceraciones y prácticas piadosas, á sus devotos cofrades y á sus discípulos. Pareciéndose en esto á esos malos musulmanes modernos, que en la Argelia se reunen algún tiempo con los

cristianos, beben vino y quebrantan otras prohibiciones religiosas de su ley, para volver con más ansia á sus creencias, en las que se muestran tanto más fanáticos, cuanto más pecadores han sido.

En la leyenda aljamiada Allah perdona al santón, y sin duda en premio de sus abstinencias, le concede que la divina gracia toque el corazón de la mujer amada, que mediante un milagroso sueño, en el cual se declara musulmana ante Mahoma, entra en la grey islámica y en el harem de aquel á quien habían enloquecido sus hechizos.

El doctor Perrón, en una de sus mejores obras (1), trae con mayores pormenores este relato.

El santón se llama en el suyo Abu Abdallah, el Andalusi—el español;—su amada no es hija de un ermitaño, como en la leyenda morisca, sino de cierto rey de populosa villa; se enamora perdidamente de ella viéndola entre otras doncellas á orillas de una fuente, y cuando después de sus apostasías ha vuelto á la gracia del Señor, Jidr, un gran profeta, convierte en sueños á su adorada.

Desde entonces ésta se casa con Abu Abda-

(1) *Femmes arabes avant et depuis l'islamisme*, Paris-Alger, 1858, pág. 443.

llah, quien la ama con sin igual encarecimiento, y cuando llega su última hora le dice enternecido:

—No llores, hija mia; mañana nos reuniremos en la nueva vida, en la morada de la eterna munificencia.

Y efectivamente, el apasionado esposo, inflamado en aquel amor que animó á Isabel y á Marcilla, menos raro de lo que se cree en el islamismo, murió á los pocos días, cual había pronosticado.

Uno de sus discípulos contaba al poco tiempo, que había visto en sueños á su maestro dentro del Paraiso, casado con setenta huríes, siendo la primera de éstas la mujer á quien tan de veras había idolatrado.

Emblema de poderío, de saber y de riqueza es para los musulmanes Salomón, á quien se refiere la leyenda que sigue á la anterior; y si su fantástica imaginación esmaltó de maravillas la existencia de los demás profetas, para ninguno ha sido más pródiga de ellas que para el hijo de David.

Lo terreno y lo sobrenatural, las potencias de la naturaleza y las del espíritu, hombres, animales y genios, los conocimientos fundamentales de la ciencia y sus arcanos, todos cayeron bajo su dominio. Para los islamitas los

vientos le obedecen, y como Eolo los encierra donde le place, ó los desencadena á su talante, ya para transmitir sus órdenes, bien para transportar su solio y sus huestes; un céfiro suave le traslada de una á otra región, y llevado sobre sus alas almuerza en Balbec en Siria, se detiene en Palmira, y va á comer á Persépolis, atravesando centenares de leguas, sobre montañas, ríos y desiertos. Los sarracenos indicaban entre las ruinas de la última ciudad algunos restos de la mezquita en que descansaba durante sus viajes; los vientos, que silbaban lúgubrementemente entre los escombros de estos campos de soledad, recordaban, según decían los agarenos, que aquellas derruídas estancias les sirvieron de cárcel algún tiempo.

Salomón entendía todas las voces de la naturaleza: el canto de las aves, los rugidos de las fieras, el susurro de los insectos, y esos misteriosos murmullos que se perciben en el silencio de la campiña ó en las soledades de las selvas. Nada limitaba su vista; oía á enormes distancias y domeñaba las más indómitas voluntades; los leones se le postraban sumisos, las águilas le daban sombra con sus alas, y los más turbulentos demonios, rugiendo de coraje, humillaban su cerviz ante su poderío.

Por otra parte, sus tesoros eran incalculables; llamar Salomón á un hombre entre mo-

ros, es llamarle potentado; su trono de sin igual riqueza, sembrado de pedrería, construído con riquísimos mármoles realzados con perlas y oro, tenía á su derecha doce mil sillas de este metal para los Patriarcas, y doce mil de plata á su izquierda para los Profetas; todas las riquezas que el Islam fué encontrando á su paso, en la maravillosa serie de sus rápidas conquistas, reunidas por la ingénua y ávida fantasía alarbe, sirvió á ésta para reseñar las riquezas de Salomón.

Poseía una espada flamígera que hendía las corazas más bien templadas, y hería á los genios rebeldes en su vertiginosa carrera; un escudo ante el cual se desvanecían los más sutiles y poderosos encantos, y un anillo del cual pendía toda su ciencia y fortuna. El sello de este anillo existía desde los tiempos de Jared, padre de Idris—Enoch;—en él había dos triángulos dispuestos en exágono, y en el centro se leía el inefable nombre de Allah, perdido hoy por las miserias humanas.

Por medio de este sello conocía Salomón el pasado y el porvenir, y obligaba á los genios á ayudarle en sus obras; mediante él le construyeron el templo de Jerusalén, suntuosos alcázares, estatuas de bronce, mármol y vidrio; platos ovalados, verdaderas piscinas, en los que podían comer millares de hombres, y ollas

dignas de Pantagruel y Gargántua, cimentadas sobre pilares, á las cuales había que subir por escalas. Unos demonios arrancaban á las entrañas de la tierra la pedrería, metales y jaspes que necesitaba; otros se sumergían en el seno de las ondas para traerle perlas; el que se le rebelaba, ó era castigado con tormento de fuego, ó encerrado en una bola de bronce que se arrojaba al mar, ó enterrado á medio cuerpo entre los arenales de espantosos desiertos.

En castigo de algún raptó de orgullo, según la leyenda que publico, Dios permitió que el más revoltoso de los chines—diablos—le robara su anillo; por esto se titula esta leyenda *el Recontamiento de Sulaimén nabi Allah*—profeta de Dios,—*cuando lo rreprobó Allah en quitarle la onrra y andó cuarenta días como pobre, demandando limosna, en servicio de Allah.* Un comentarista del Alcorán dice, que se le impuso este castigo porque, después de haber expugnado á Sidón y muerto á su rey, casó con la hija de éste, permitiéndole tener en sus aposentos una estatua del padre, y concederle honores divinos; entonces Sacar, uno de los genios, tomó la figura del monarca en el momento en que para entrar en una letrina había dado á Amina su esclava el anillo, y el chin engañándola se apoderó de éste. Salomón huyó á seguida de su palacio, que fué escandalosamente profanado,

que aún le restaban por examinar. Desde entonces, en premio de su devoción, le concedió Dios el dominio de los vientos.

Uno de los más bellos y también de los más cómicos episodios de estas narraciones fantásticas, es el de las relaciones de Salomón con Balquis, reina de Saba. Balcama ó Yalcama fué el verdadero nombre de esta princesa, que después de luchar por la corona de su padre con un pretendiente al solio, se casó con él, y le dió muerte con veneno; creésela contemporánea de Jesucristo, y se cuenta que reparó la presa de aguas ó dique de Mared, famoso entre sarracenos, en cuyo lugar todavía se conservan ruinas, á las que el vulgo llama *el harem de Balquis*.

Los tradicionistas se apoderaron de este personaje, cuya figura apenas se esboza entre las nieblas de la historia arábica, y le dieron proporciones verdaderamente maravillosas. Para ellos Balquis fué hija de Hudad, rey del Yémen; cazando éste, encontró dos serpientes que luchaban, una negra y otra blanca; mató á la primera y de su sangre surgió un genio anciano, que le dió por esposa á su hija; de esta unión nació Balquis, la cual fué arrebatada por el abuelo al padre, á causa de no haber cumplido éste cierta condición que le había sido impuesta antes de su matrimonio; después

pues los genios acometieron á sus esclavas, salvándose de su lujuria sólo las creyentes, en cuanto pronunciaron el nombre de Dios; las idólatras quedaron en cinta, y algunos escritores musulmanes añadían gravemente que de ellas procedía la nación de los curdos.

Volvió el anillo á poder de Salomón, según se verá en la leyenda, y á su muerte fué enterrado en cierta isla del mar del Sur; una terrible sierpe custodiaba el lugar donde yacía, para que los chinos no se apoderaran de él, y emplearan su mágico poder en pro de sus diversas inclinaciones.

Antes de reinar daba el hijo de David constantes muestras de aquella devoción, que le consiguió la protección divina, pues nunca cesaba de alabar á Dios, y cumplía puntual y fervorosamente con sus oraciones cotidianas. En cierta ocasión su padre le regaló multitud de caballos que había arrebatado á los Amalecitas; el príncipe, después de la plegaria matutina, hizo que pasaran ante su estrado aquellos caballos; pero eran tantos y tan hermosos, que embebecido en su contemplación ó departiendo de sus cualidades con sus comensales, olvidóse de la oración de la tarde; cuando acordó afligióse mucho, y en reparación de su olvido sacrificó á Allah todos los corceles que había visto, quedándose solamente con ciento

ocupó el solio paterno durante ciento veinte años.

Saba era la Jauja de nuestros moriscos, según los cuales cada una de sus casas tenía dos huertas, no se veían en ella moscas, cada árbol daba quince clases de frutas, y bastaba poner los canastos bajo sus ramas, para que las maduras se dejasen caer en ellos.

En una de sus expediciones, supo Salomón la existencia de esta ciudad y el poder de su soberana: se había puesto en camino con innumerables milicias de genios, hombres y animales, y habiéndole faltado el agua, la abubilla mensajera del monarca, y á la cual los agareños concedían milagroso entendimiento, arañando la tierra designó á su señor dónde podría sacarla abundante.

Caminando el ejército, acercóse al país de las Hormigas, y una de ellas, coja y miserable, gritó á sus hermanas que entraran en sus guaridas, para no morir aplastadas bajo los pies de los soldados. A los tres mil pasos de aquel sitio oyó Salomón las razones de la hormiga, por lo cual mandóla llamar á su presencia, y sonriendo le dijo que no había que temer de sus milicias porque las llevaban los aires.

—Pues si en los aires caminas, contestó sentenciosamente ella, entonces tu poder es aire.

Durante esta expedición, las aves, en bandadas cerradas, iban dando sombra al trono de Salomón; pero la abubilla faltó de su sitio, y un rayo de sol vino á dar en el rostro del monarca, quien enterado de su falta la amenazó con castigarla duramente. Acudió ella al remedio de su daño, presentándose á su dueño, y le refirió que había detenido su vuelo oyendo á otra abubilla referirle la grandeza de la reina de Saba, su hermosura y su incredulidad.

Entonces el príncipe le entregó una carta para Balquis invitándole á proclamar la unidad de Dios y á renunciar á la idolatría. Voló el ave hacia el alcázar de la reina, y halló á esta al despuntar el día asomada á una ventana, esperando la salida del sol para adorarle, en cuyo momento dejó caer sobre su seno la carta; leyóla sobresaltada y llamó á consejo á sus magnates, que sumisos aprobaron su decisión de dar largas al negocio de convertirse, mientras enviaba al poderoso sultán israelita suntuosos presentes; entre ellos quinientos mancebos, otras tantas doncellas, y gran cantidad de oro.

Llegados ante Salomón ofrecieronle los embajadores sus presentes; mas al ver que la reina no se había convertido, rechazólos despidiendo bruscamente á los enviados. Hablóse

entonces en la corte israelita del séquito de Balquis, compuesto de dos mil reyes que mandaban millares de guerreros, celebrándose también su solio real, que tenía desmesurado tamaño: decíase que sobre él brillaba una corona de rubíes y esmeraldas, y que su base era de jaspe y pedrería.

Salomón invitó á los genios á traerle aquella maravilla; uno de ellos, Ifrit, se ofreció á ponerlo ante su vista en el tiempo que empleara el rey en alzarse de su asiento; otro chin, que lo traería en un abrir y cerrar de ojos. Así lo cumplió, y Salomón mandó colocarlo frente al suyo, puesto en el centro de un palacio de vidrio, extendiendo entre ambos una plaza, cuyo suelo era de cristal transparente, bajo el cual corría un arroyuelo.

Mientras tanto Balquis había enviado segunda embajada á Salomón, anunciándole que iba á verse con él; entonces los malignos genios, conociendo que apenas se vieran ambos soberanos se enamorarían, abandonarían la reina su incredulidad, y se casaría con el príncipe, acrecentando por todo extremo su poderío, dieron en murmurar de la princesa, diciendo que tenía piernas de cabra (mal de San Lázaro ó lepra, según nuestros moriscos), y Salomón quiso certificarse de la verdad de aquellas hablillas.

En efecto, al presentarse Balquis á las puertas del alcázar real, y hallarse con el arroyuelo, alzóse las faldas para pasarle, y el rey que desde su trono la miraba indiscretamente á través de las paredes de vidrio del palacio, vió, según nuestros moriscos, que los genios le habían mentido. Los orientales, y aun muchos musulmanes españoles, creían, por el contrario, que no le habían engañado, y que Salomón obligó á los chinos á confeccionar un remedio, que librase de tal fealdad á la princesa.

Al cabo, prendado de la hermosura y discreción de ésta, la hizo islamizar, casóse con ella, la visitaba tres días cada mes, y la tuvo á su lado hasta su muerte. Cosa extraña: en nuestra leyenda se da el nombre de Balquis al hombre que descubre la maldad del genio que había tomado la figura de Salomón.

Así reinó éste, dueño del mundo y árbitro de la fortuna, hasta que rendido al peso de los años, presintió su muerte; y temiendo que sabida ésta los genios dejaran incompletas las obras en que trabajaban, postrándose ante Dios, apoyado en su bastón, comenzó á orar; así exhaló su último suspiro, permaneciendo en aquella postura, cual si estuviera vivo, pues nadie se atrevió á interrumpirle en sus devociones, hasta que una polilla fué royendo el

bastón, y al año quebróse este, desplomándose el cuerpo en tierra.

Los chinos, turbulentos y mal intencionados, escribieron, mientras tanto, muchedumbre de libros mágicos y los enterraron bajo el solio real; después, divulgada la muerte del soberano, los entregaron á los hebreos diciéndoles que en ellos estaba la ciencia salomónica; despreciólos la gente principal, no así el vulgo; por esto tuvo Mahoma que rehabilitar la memoria del gran profeta descubriendo la malicia de los genios.

Estas eran las noticias que sobre Salomón corrían entre moriscos; los controversistas católicos se burlaban donosamente de ellas, llamándolas *manojos de mentiras y cosas que son para reírlas y gran vergüenza creerlas*. Creíanlos aquellos infelices como verdades dogmáticas, como las creyeron los devotos musulmanes; el poderío de Salomón era tan popular entre éstos que en pleno Sahara, Uargla, ciudad situada en el seno de risueño oasis, atribuye su fundación milagrosa á Salomón, rendido á los encantos de una hermosa doncella, nacida á las orillas de la fuente y bajo los umbrosos palmares que dan vida, alegría y sombra á esta ciudad del Desierto (1).

(1) Chinchón, *Antialc.* 114. Figuerola, *Lumbre*, fol. 183 y sig.

La veneración á los padres, nacida indudablemente en la vida patriarcal, y preconizada en el Alcorán, se conservó en la vida íntima de los moriscos, mezclada al amor más tierno, al respeto más profundo, tal cual hoy se observa generalmente en Marruecos.

Los libros de los moriscos abundan en intimaciones y consejos acerca de las buenas obras filiales, y son muchas las anécdotas en las que los hijos ganan la opulencia ó la salud del cuerpo y la del alma, por su piedad para con los que les dieron el sér.

Uno de esos libros dice, «que de los amigos de Raçulu Allah—Mahoma,—fueron de los que más obedecieron á sus madres *Guzman—Otsman—ben Maghen*, que dixo: *no pude alzar los ojos á mirar á mi madre desde el día en que entré en el yçlam*; y el otro *Chariat ben el nugman*, que sin hablar palabra (por respeto) daba de comer á su madre con su mano.»

Una de estas historias es la tradición titulada *Allhadis de Musa—Moisés—con Yacó el carnicero y lo fecho entre ellos*; la cual propiamente

Cassini de Perceval, *Essai*, T. I, p. 75 y sig. Trumelet, *Les fran-
çais dans le desert*, p. 10 y sig. Masudi, *Moruch*, T. III, p.
152-251, IV, 77. *Alcorán*, S. 11-96, XXVII, 15 y sig., XXI, 81,
XXXIV, 11 y 13, XXXVIII, 29, 33 y sig. Marraccio, *Ref.* pág. 510
7 sig., 557-569-44. Herbelot, *Bib. or. Musa*. Reinaud, *Monumens*,
T. I, 162 y sig.

podría denominarse *La piedad filial*, á causa del hermoso cuadro en el que presenta á un hombre, menospreciado y aborrecido del mundo, ganando, por sus buenos oficios para con sus padres, el insigne honor de acompañar en el Paraiso á Moisés, uno de los Profetas más venerados entre alarbes.

Moisés para éstos fué un judío, hijo de Amrán y de Nachia ó Cultzum, que viene al mundo cuando tiraniza á Egipto el Faraón Ualid; los magos han revelado á éste que á los judíos se deberá su muerte, y el sanguinario monarca procura aniquilar el pueblo elegido; cuyo propósito no le impide, sin embargo, enamorarse perdidamente de Assia, sobrina de Amrán, y llevarla como esposa á su harem.

Ualid degollaba á los judíos, y obligaba á las judías á abortar; pero Cultzum pudo librarse de las asechanzas egipcias, dando á luz secretamente á Moisés, á quien ocultó entre el ramaje apilado dentro del horno de su casa.

Cierto día, al volver á ésta, ve salir á los sayones de Faraón; trémula acude á ellos, y comienza á tranquilizarse viéndoles sin su hijo; cuando extrema su congoja una densa columna de humo que se escapa del horno; vuela desolada hacia éste; su hija ha encendido el ramaje, ignorando que entre él estuviera Moisés.

mas al acudir al fuego halla la atemorizada madre al niño intacto y sonriente bajo un rojo dosel de llamas.

Al fin, siendo imposible ocultarle más tiempo, Cultzum le confió, metido en una canastilla, á la corriente del Nilo, que le llevó suavemente, seguido al lejos de su hermana, hacia el palacio del Faraón, en ocasión en que éste se solazaba con Assia junto á las márgenes del río.

Al recoger la canastilla, hallaron al niño, que llevaba entre los labios uno de sus dedos, el cual manaba leche, con la que se iba alimentando. Ualid ordenó degollarle, pero las súplicas de Assia le forzaron á dejarle la vida, y á entregarlo á su hermana, que, mostrándose en aquel momento, les propuso á su madre como nodriza.

Desde entonces Moisés se crió y educó en el alcázar del Faraón; ya de tres años, un día, teniendo éste sobre sus rodillas, cogióle la barba y tiró de ella briosamente; sañudo el monarca quería matarle, pero Assia acudió á su defensa, representándole con caricias y lágrimas la inocencia del pequeñuelo. Para probarla puso ante él un ascua y un dátíl; la mano del rapaz dirigióse prontamente á la fruta, pero el ángel Gabriel la encaminó al ascua, que cogió para llevársela á la boca, hasta que

el dolor de la quemadura se la hizo arrojar, entre quejidos y llanto.

Cuarenta años permaneció Moisés en el regio alcázar instruyéndose en la ciencia egipcia; pero no por esto abdicó las creencias de su pueblo, ni le olvidó en sus desventuras; antes bien con patriótica afición le amaba más, cuanto más desgraciado era.

En cierta ocasión, entrando por las puertas de Memfis, encontróse con un indígena que maltrataba á cierto judío, porque no le quería llevar leña á su casa; Moisés se interpuso, insolentóse el agresor, surgió una grave contienda, y el mediador dió muerte al egipcio; nadie había presenciado el lance, pero el miserable á quien defendió Moisés le descubrió al poco tiempo.

Huir de Memfis, para salvar la vida, fué para el Profeta obra del momento, y hubo de refugiarse en tierra de Madianitas, gobernados en aquel tiempo por Xoaib, que es el Jétro de la Biblia. A poco de entrar en aquella tierra hospitalaria halla cerca de un pozo varias mujeres con una punta de ganado, esperando á otros pastores para que alzaran la enorme piedra que cubría la boca del pozo, la cual solamente cuarenta hombres podían mover.

El fugitivo con su solo esfuerzo alzó la piedra, sacó desahogadamente agua en un enor-

me odre que servía de cubo, y abrevó el ganado ante las mujeres atónitas.

Una de ellas era hija de Xoaib y le invitó á venir á su casa; desde entonces Moisés permaneció en ésta, realizando prodigios de valor y fuerza, dando muerte á una enorme sierpe que yermaba la tierra, y apacentando los ganados de Xoaib, para obtener después de algunos años por mujer á Tsafora, hija del Madianita; la cual trajo á su poder, según algunos autores, no seguidos por otros, la vara con la cual realizó tantos prodigios, que había servido de báculo á Adán, y que éste arrancó de un mirto al salir del Paraiso.

Con este episodio principia la leyenda, que sigue en este volúmen á la de Moisés con Jacob el carnicero, titulada, *El rrecontamiento y rrazonamiento que fué entre el noble Señor Allah taala — Dios, ensalzado sea — y su mensayero Musa en el monte de Turisinae — Sinaí; —* la cual constituye al principio un bellissimo y sencillo idilio de marcadísimo sabor oriental, cuya entonación se alza después á la majestad de la epopeya, para terminar en un corto tratado de moral pura y elevada.

Confórmase cuasi por completo el relato de la primera parte de esta leyenda con el del Alcorán y las graciosas imaginaciones de sus comentaristas, respecto á las relaciones de Moi-

sés con Xoaib—Jétro,— profeta de Madian, y con su familia; su relación, sencilla y animada, parece el reflejo de alguno de los más bellos cuadros de la Biblia.

Desde la casa de los Madianitas el narrador lleva á Moisés á la cumbre del Sinaí y á la presencia de Dios, quien le refiere todas las disparatadas patrañas, embelecocos y consejas, que los moriscos creían, acerca de los tiempos anteriores á la Creación del universo.

La descripción de las terribles emociones que produce en Moisés la palabra divina, escuchada entre las llamaradas de los relámpagos y los fragorosos acentos del trueno; el aparato grandioso que ofrece la naturaleza en aquellos solemnes momentos; las hipérbolas extraordinarias, con las cuales el autor legendario expresa la majestad de Dios, la inconmensurable extensión de los días genesiacos, y la muchedumbre infinita de los seres creados, dan á esta parte de la leyenda, á pesar de los dislates científicos que contiene, un tono de bastante grandeza y sublimidad.

La idea del Dios único, sin aparcerero, inmutable, eterno, sabio, misericordioso y castigador, más castigador que misericordioso, austero más que plácido y amoroso, la idea del Dios de los judíos con toda su severa majestad, y la del monoteísmo despótico, transcen-

dental, exclusivista, que fué la piedra fundamental del islamismo, están completamente marcadas en esta leyenda.

La entrevista de Allah y Moisés concluye con una larga serie de preguntas, contestadas entre ambos, sobre puntos de moral social y religiosa.

Esta parte de la leyenda carece del movimiento é interés de las anteriores; recorra sin embargo el lector las páginas que comprende, y encontrará en ellas, más que en las demás partes de este tomo, muchedumbre de voces castellanas, á mi entender, de exclusiva formación morisca, sumamente pintorescas y curiosas, y principios nobilísimos de moral, algunos que sorprende verlos escritos por sarracenos, en cuyas ideas se advierten siempre los amargos dejos del odio á las demás religiones, y su principio fundamental de estar con ellas en perpetuo estado de guerra.

La nostalgia de su familia impulsó á Moisés á volver á Egipto, y en su camino se le reveló Dios en un zarzal ardiendo, ordenándole presentarse al Faraón, é intimarle que creyera en la unidad divina, y alzara la dura esclavitud que agobiaba á su pueblo.

En efecto, Moisés se presentó, acompañado de su hermano Aarón, á Ualid, cumpliendo el mandato celeste, y entonces el egipcio le

exigió que acreditase con algún prodigio la verdad de su revelación; Musa le presentó su mano, blanca como la nieve y resplandeciente cual el sol; después arrojó ante el solio real su vara, la cual se convirtió instantáneamente en espantoso dragón, que aterró al tirano, fijando en él sus ojos. Dominado entonces por el miedo accedió Ualid á los deseos de Moisés, quien cogió por la cabeza al dragón, que volvió á transformarse en vara.

Pasada la primera impresión de espanto, los magos endurecieron el corazón del rey, y éste entretuvo á Moisés con especiosos pretextos, mientras convocaba muchedumbre de mágicos y agoreros para poner á prueba el poderío del enviado divino. Entretanto se hacía adorar como Dios, y edificaba una torre desmesuradamente alta, en cuya cima disparó al cielo una flecha, la cual volvió á caer á sus pies teñida en sangre; entonces el loco egipcio exclamó:

—He dado muerte al Dios de Moisés.

Aquella noche el ángel Gabriel, por ordenación divina, derribó de un aletazo la soberbia torre en tres partes; una que cayó en el mar, otra en las marinas de Poniente, y la última sobre el campamento egipcio, soterrando millares de criaturas.

Al fin se reunieron setenta mil magos con

Moisés y Aarón ante Ualid: comenzaron ellos las pruebas, arrojando ante el solio cuerdas rellenas de azogue, que al tocar el suelo caldeado por el ardiente sol de Egipto, se retorcián como sierpes; Moisés lanzó entre ellas su vara, que se cambió en feroz dragón, el cual destruyó en un momento aquellos vanos simulacros.

Dos de los principales hechiceros, Sabur y Gadur, aconsejados por su madre antes de partir para Memfis, acudieron al sepulcro de su padre, grande agorero en vida, rogándole que les informara sobre el asunto para el cual eran convocados. Una voz del interior de la tumba les advirtió, que si los prodigios de Moisés se realizaban durante su sueño, era un Profeta. Los dos hermanos, después del milagroso cambio de la vara en dragón, viendo á éste guardar el sueño de Moisés y Aaron, se prosternaron ante ellos, proclamando su misión divina.

Ualid, por el contrario, persiste entonces en su incredulidad; martiriza á los dos magos y los condena al último suplicio; degüella millares de israelitas, y á su mujer Assia la ata de pies y manos, y la expone al sol durante todo un día, ordenando su muerte, de la cual la libertó un ángel.

Al cabo Moisés, después de asolar el Egipto con nueve plagas, arrancó de él á los israeli-

tas y los encaminó al mar Rojo. Los mahometanos cuentan la separación de las aguas ante la vara del Profeta, el paso de los hebreos, y la catástrofe en que perecieron millares de egipcios, á pesar del tardío arrepentimiento de su rey.

Con la libertad de su pueblo empiezan para Moisés largos días de amargura; á pesar de la evidente protección divina y de los prodigios realizados; de que Jidr, enviado celeste, les sirve desde la confluencia de los mares, de verdadero en el desierto; de la negra nube que los encubre, y del maná y las perdices con que se alimentan; de aquella peña maravillosa, seca y árida, que tocada por su vara deja escapar doce caños de cristalina agua, en la que apagan su sed las doce tribus, los ingratos hebreos calumnian y desesperan á Moisés.

Unas veces murmuran de él, teniéndole por hermafrodita, hasta que un accidente casual, mostrándoselo desnudo les prueba la necesidad de sus hablillas; otras le piden con enfadosa insistencia alimentos egipcios; otras desconfiando de su palabra le hacen elegir setenta ancianos, para que le escuchen departir con Dios; y cuando los complace llevándolos al Sinaí, y haciéndoles oír la voz divina, entre los densos vapores de una nube, todavía le exigen ver el rostro del Altísimo. Entonces éste les castiga

abrasándolos con una gran llamarada, según unos afirman, ó hace temblar la tierra, y con ella todos los miembros de los osados, que salvan sus miserables vidas, merced á las plegarias del Profeta.

Por último, mientras se escribían en las tablas de la ley los mandamientos de Dios, los israelitas reunieron sus alhajas y las entregaron á cierto Samaritano, para que les forjase un ídolo; el artífice fundió aquellos metales, y puso en sus crisoles polvo tocado por las herraduras del caballo de Gabriel, forjando un becerro que mugía; el pueblo maravillado se arrodilló ante aquel ídolo adorándole.

Mientras tanto se grababan los mandamientos de la ley divina en cinco ó en siete tablas, hechas, según unos de sedrat, árbol del paraíso; de carbunclo ó rubí rojo según otros, ó de esmeralda verde, tan transparente, que las letras de oro podían leerse delante y detrás de ellas. Al cabo Moisés las presenta al pueblo, promulgando su contenido; pero advertido por su hermano de la idolatría israelita, arroja al suelo las tablas, que se hacen pedazos, trasladando los ángeles al cielo estos restos; uno solo dejaron, que se colocó más adelante en el Arca de la Alianza.

El Profeta destruyó después el ídolo, y Dios castigó al Samaritano con una fiebre devoradora.

ra que le obligó á huir á las soledades del desierto, pues se trasmitía á todo el que le tocaba.

Por último, cuando Moisés invitó á su pueblo á entrar en la tierra de Promisión, el pueblo se negó, exigiendo que antes arrojara de ella á sus moradores; Dios, en pena de esta desobediencia, le mantuvo durante cuarenta años errante en el desierto.

Moisés murió á los ciento veinte años de vida, conservando toda la lozanía y vigor de la juventud, bien durante el destierro, como creen algunos autores, bien en la tierra prometida.

Los musulmanes veneran mucho su memoria, apellidándole *Quelim Allah, el conversante con Dios*; considerándole poseedor de todos los secretos de la naturaleza, y domeñador durante su vida de sus fuerzas patentes y ocultas; cuando quieren ponderar el poderío de una persona ó la habilidad de un médico, dicen *que tiene la mano blanca de Musa*, y celebran mucho sus triunfos sobre el poderío de Faraón; cuya memoria maldicen, dando su nombre al que reputan tirano; por esto llamaban Faraón á Felipe III los moriscos deportados á Africa. Pero tienen los agarenos tal idea de su poder y de sus obras, que le atribuyen muchas gigantescas construcciones de los países donde viven; así llaman los marroquíes *Kazar Fa-*

raun, castillo de Faraón, á las grandes ruinas de la romana Volubilis, que se encuentran en la vertiente occidental de la montaña de Zerhun (1), en el Imperio Marroquí.

Con una anécdota, más bien que con una leyenda, concluyo las que publico, referentes á Moisés: titúlase *el Alhadis de Musa con la paloma y el falcón*.

Aquel amor que los eremitas y santos cristianos mostraron á las creaciones de Dios; aquel afán bien evangélico de evitar sufrimientos á sus criaturas, cuyas pruebas tantas veces encontramos en nuestros hagiólogos, hallámoslos también en esta leyenda; en la cual, para cumplir con la protección ofrecida, con el mandato divino, y para evitar sufrimientos á dos aves, Moisés consiente en sacrificar parte de su cuerpo; ciertamente hay en ella algo del espíritu de ternura y amor que inclinaba á sufrir grave molestia á Monseñor Bienvenido Myriel, el obispo de *Los Miserables* de Víctor Hugo, antes que aplastar bajo sus pies á una hormiga.

(1) *Alcoran*, Sura XX. 8 y sig., XXVI. 9 y sig., XXVII. 5 y sig., XLIV. 16, 58, V. 23-30, X. 76-94, XVII. 103, XL. 24-33, etc. *Marraccio*, *Ref.*, p. 26 y sig. 34, 412, 524 y sig., 284 y sig. *Herbelot*, *Bibl. Musa*. *Masudi*, *Moruch*, T. I-92 y sig. *Reinaud*, *Monument*, T. I, 153. *M. S. de Gayangos*, S-2. *Tissot*, *Recherches sur la Geograp. comp. de la Maurit. Tingit.*, p. 148.

La leyenda es, ciertamente, digna de figurar entre las demás por su peculiar carácter, y por la animación y viveza de su relato.

He aquí las indicaciones que antes ofrecí sobre los personajes y asuntos de las *Leyendas* comprendidas en este volumen. Ciertamente no abarcan cuanto pudiera decirse acerca de ellos, si se enunciara con todo su lujo de pormenores la muchedumbre de varios relatos, de opiniones diferentes y afirmaciones contradictorias, con que están tratados en los autores sarracenos; por mi parte he tenido que abreviar al referirlos, puesta la mira principalmente en facilitar la inteligencia de los textos, publicando cuantos más pudiera inéditos hasta hoy.

Antes de terminar he de cumplir un deber de gratitud, manifestándola, bien expresiva y afectuosa, á cuantos han coadyuvado á esta publicación: al Sr. D. Pascual de Gayangos, á quien como maestro respetamos los arabistas españoles, por sus amistosas observaciones, y sobre todo, por su liberalidad al abrirme su rica biblioteca, confiarme preciosos manuscritos y permitirme su impresión: sin su loable generosidad no hubiera podido dar á mis trabajos la importancia y extensión que me han decidido á publicarlos.

Imposible también me era, además, estudiar los libros de moriscos, sin encontrarme con D. Eduardo Saavedra, que tan diligentemente los ha reconocido; también hallé en su buena amistad excelente acogida y facilidades para mis estudios, inspirándose siempre en el supremo interés de la ciencia y en nobilísimos sentimientos.

Gayangos y Saavedra se habían propuesto emprender estas mismas publicaciones, y aun dado á la stampa algunas; empresas de mayores alientos los alejaron de estos propósitos; uno y otro habían señalado estos campos que explorar á la aplicación de los estudios, y ambos han visto con satisfacción, exenta de todo mezquino sentimiento, que sus deseos iban á verse realizados: bueno será unir sus nombres á estas páginas, asignándoles en ellas el lugar preferente que merecen, así como los viajeros en países poco conocidos unen los nombres de sus primeros exploradores á los accidentes topográficos de las comarcas que recorren.

A los Sres. D. Manuel R. Zarco del Valle, D. Mariano Catalina y D. Marcelino Menéndez y Pelayo, debo: al uno, la facilidad de manejar códices muy apreciados de la Biblioteca Real; al segundo, la publicación de estos volúmenes en su *Colección de escritores*

castellanos; y al último, preciosas advertencias, inspiradas en su inagotable erudición, y en la amistad con que me honra: reciban todos ellos la expresión de mi mayor reconocimiento.

Réstame sólo encomendar mi obra á la buena voluntad de la crítica; faltas debe tener y no escasas; sírvanles de atenuación el buen propósito de su autor, y el trabajo que en ella ha empleado; á la corrección de la crítica ilustrada la ofrezco, con el mismo modesto deseo, con el cual ponía remate á sus trabajos aquel escritor que en el siglo XII concluía en Bourges un códice con las siguientes razones:

*Corrigat id ferrum quod pinxit pennula falsum
Quæ volat effrenis credula sæpe sibi.*



JUNTA DE ANDALUCÍA

MADRID 27 de Julio de 1855.

ALHADIS

DEL NAÇIMIENTO DE IÇE

—RELATO DEL NACIMIENTO DE JESÚS.—



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA



Relato del nacimiento de Jesús

a. m. (*alaihi ssalam—sobre él sea la salud.—*)

EN el nombre de alh.—Allah—piadoso de piedad y crezca Allah honor sobre Muhamed—sobre Mahoma—el honrado (1).

Dixo (el narrador): Hízonos á saber Alhaçan fijo de Abilhaçan Albocriyo, por Macatil

(1) Bibliot. de Gayangos, m. s. S. 1.—Recuerde el lector lo indicado en el Prólogo. La traducción de las palabras árabes ó lemosinas va entre paréntesis de este modo — — la primera vez que aparezcan; después, cuando se hallen en el texto, sólo indicaré la traducción; repetirías con ésta siempre que se presentan, haría oscura y enfadosísima la lectura. Bien hubiera querido que lo impreso fuera una copia exacta del texto, pero entre esta exactitud absoluta, y la claridad del sentido y la mejor inteligencia del lector, he tenido que optar por estas últimas; á ello me obliga, sobre todo, el carácter de vulgarización, más literario que erudito, de esta obra. Las palabras que se hallan más frecuentemente en este caso son: *ad* por *á*; *la ora* por *al momento*, en el instante; *¡ye!* por *¡oh!*; *tan* por *cuán* y los nombres propios. Además colocaré entre líneas la explicación de algunos conceptos, que por arabismos ó defectos de redacción resultan oscuros. Las letras, voces ó frases, que he añá-

fijo de Çuleymén, que dixo, que era Imrán ⁽¹⁾ padre de Mariem—María,—y tenía una mujer que se llamaba Hanna—Ana,—y era señora de las mujeres.

Y ella empreñóse de su ⁽²⁾ marido; y como se vió preñada debantó su vista al cielo y dixo:

—¡O(h) mi Señor! dáme criatura que viva sobre la faz de la tierra, que todo lo que para de macho ó de hembra, yo te lo ofrezco para el templo, para tu santo serviçio, pues esto re-çíbelo de mí, ¡oh mi Señor! que tú eres sobre toda cosa poderoso.

Y era que aquel día servían al templo tres personas, Zacariye—Zacarías—y dos otros con él; y era la mujer de Zacarías hermana de Ana de su madre de María. Y vino Ana á Zacarías, y díxole:

—¡Oh Zacarías! yo tengo prometido todo lo que pari(e)re de darlo al templo, y de meterlo para su señor á su serviçio en la casa sancta.

dido para completar el sentido, las he colocado entre paréntesis en esta forma (); cuando la falta de las letras se repita mucho, como la de la h en la interjección *oh*, suprimiré el paréntesis. En cuanto á la ortografía he adoptado la moderna, procurando conservar todo lo más posible de la antigua, y en absoluto cuanto pueda dar idea de la pronunciación. En estas composiciones huelgan á veces algunas palabras; deixo el suprimirlas á la discreción del lector, pues no he querido quitarlas por no alterar demasiado el texto.

(1) Confúndese á Imrán con Joaquín; véase la noticia acerca de Jesús en el prólogo de este tomo I.

(2) Fol. 99 v.

Y fué ordenación de Allah (1) que parió hembra, y llamóla María; dixo después á Zacarías:

—Ya sabes como yo hé parido hembra, y prometílo al templo, y yo quiero cumplir lo que prometí á mi señor.

Dixo á ella Zacarías:

—Las mujeres no son buenas para servir las tales casas del señor, mas costríne—mas cuida— (2) á tu hija hasta que ponga Allah de su fecho obra buena.

Después ella quísose bolber á su casa, y la ora—y al punto—llamó(la) Zacarías dixendo:

—¡Oh Ana! tórnate con ella á mí hasta que yo la vea.

Y tornóse Ana con María, y descubrió su cara, y estaba como la luna.

Y echó Allah amorío grande en el corazón de Zacarías sobre María; y veos que la amaba y quería mucho; y en aquel año y en los advenideros naçieron (3) todas las yerbas y çementeros—y sementeras,—naçimiento bueno. El naçimiento del año naçió en un mes, y es el de

(1) Fol. 100.

(2) El *Dicc. de la Leng.*, da por constreñir «obligar, precisar, compeler por fuerza á uno á que haga ó ejecute alguna cosa,» haciéndolo derivar del latino *constringo*: no me parece aplicable esta acepción á la voz *costríne* del texto, que más bien significa *celar* en la acepción de vigilar y cuidar de una persona.

(3) Fol. 100 v.

Allah, honrrado és y noble. Pues cuando miró Zacarías á su ferrosura (á la de María), dixo:

—¡Oh Ana! déxala en mi poder, y cumplirse ha lo (que has) prometido.

Al punto tomóla Zacarías en su poder, y dexéronle sus compañeros:

—Nosotros seremos con tú—contigo—para criarla, y dotrinarla, y alcançaremos gualardón de Allah grande.

Dixo Zacarías á ellos:

—¡Oh amados míos! excosga—escoja—Allah cual és más raçón que cure de ella, que no és bien que nos asumemos (1) todos á ella, y esto venga por suertes.

Y al punto tomó cada uno de ellos una caña, y escrito en ellas su nombre (2) de cada uno de ellos, cada uno en su caña: y escribieron el nombre de María en otra caña, y juntaron todas las suertes, y echáronlas en el agua corriente. Después rogaron á Allah, honrrado és y noble, y dixeron:

—Señor (designa) aquel que tenga más drecho y más razón, y con tu temor Señor la procurará y la doctrinará, en manera que tú Señor seas contento; pues junta su suerte con la de

(1) *Asumir*, en el sentido de *tomar para sí*, de nuestro *Dicc. de la Leng.*

(2) Fol. 101.

María sobre el agua, y mete las otras suertes sumidas en el agua.

Y fueron lançadas todas en el agua, y salió la suerte de María con la suerte de Zacarías encima del agua, y quedaron las suertes de sus compañeros sumidas en el agua.

Y echáronlas tres vezes ⁽¹⁾ y salieron en favor de Zacarías. Y con esto díxoles Zacarías:

—Ya vos dixé que yo tenía más razón de procurar por ella, más que ninguno de vosotros.

Y así dexáronla á Zacarías en su poder, y crióla y doctrinóla, hasta que ella fué entendida; y entonces y—allí—hizo á ella una casa, para que sirbiese á Allah y puso sobre ella cerraduras, porque no dentrase ninguno á donde ella estaba; y él requiríala con probisión—le procuraba alimento.—

Y estuvo así, hasta que fué en tiempo que le vino de su flor, y después, cuando dentró Zacarías con probisión, dixo María:

—¡Oh mi amado Zacarías! ya me ha benido costumbre de mujer ⁽²⁾ y és mi flor.

Dixo á ella Zacarías:

—Pues vete á casa de tu hala—de tu tía ma-

(1) Fol. 101 v.

(2) Fol. 102.

terna—y estáte con ella hasta que te alimpies, y cuando serás limpia tornarte has á tu lugar.

En seguida fuese á casa de su tía, y estúbose con ella, hasta que estuvo limpia de su flor; después demandó liçençia á Zacarías, y tornóse á su lugar donde servía á Allah.

Pues estando sirviendo á Allah, honrrado és y noble, veos á Chibril—á Gabriel—que deçendió sobre ella de parte de Allah ¡cuán alto és!; y traía fructa—fruta—de las frutas del Alchanna—de la Gloria,—y dixo á ella Gabriel:
—Come ¡oh María!

Y paróse Gabriel delante de ella, y bolbió María su cara del, y bolbióse ⁽¹⁾ Gabriel de la otra parte, y ella escondió su cara de temor, porque pensaba que era *taquiye*—el que tenía el prestigio de arrebatat en amor á las mujeres que miraba.—

Porque había en aquel tiempo en los de beni Yçraila—entre los hijos de Israel—un hombre que se dezía *taquiye*, y era de los más fermosos de las gentes; y era—y sucedía—que no miraba á la mujer que bien le pareçía, que no la alcançaba.

Y hubo María miedo si era *taquiye*; pues cuando se bolbió Gabriel delante de María, dixo María:

(1) Fol. 102 v.

—Yo me defiende de tú, si tú eres taquiye, defiéndame Allah de tú.

Dixo á ella Gabriel:

—¡Oh María! yo soy mensagero á tí de parte de Allah y te traigo mensage y fruta del paraiso en presente, y albriçióte—y te anuncio—que tendrás un fijo limpio; pues come del arrizque—del alimento—de Allah (1) pues Allah te escogió sobre las mujeres del mundo, y te alimpió; ¡oh María! humíllate á tu Señor y axaxdate á él—adórale,—y sey—sé—obidiente á Allah.

Dixo María:

—¡Oh mi bien querido Gabriel! ¿cómo ha de ser esto? que nunca se ha dallegado á mí hombre, ni he seido mala.

Dixo Gabriel:

—Así lo quiere tu señor, y quiere meterlo—quiere ponerlo—como una maravilla en las gentes, y és mandamiento juzgado.

Dixo María:

—¡Oh mi amado Gabriel! la ora que seré preñada, seré muerta en poder de los de beni Yçraile.

Dixo Gabriel:

—¡Oh María! tú eres la más honrrada y guardada en poder de Allah y no podrán á tí matarte (2).

(1) Fol. 103.

(2) En los diálogos, frecuentes en estas leyendas, repítense en

—¡Oh mi amado Gabriel! seré ⁽¹⁾ avergonçada, y corrida, y maltratada, entre los de beni Yçraile.

Dixo Gabriel:

—No serás avergonzada, ni corrida, ni maltratada, porque Allah és poderoso para defenderte dellos.

—¡Oh mi amado Gabriel! luego seré de los de beni Yçraile apedreada.

Dixo Gabriel:

—Los corazones dellos son en poder de Allah.

—¡Bien querido Gabriel! ¿cómo será esto?; ya en buen ora fuese yo muerta, luego sería olvidada.

Dixo Gabriel:

—¡Oh María! tú serás preñada en aquesta ora por el poderío de Allah; mas el fecho de mi Señor és, que cuando el quiere la cosa, dize, *sey*, y luego *és*.

Después Gabriel comenzó á hablar con ella, y ella (concibió) con el resollo—con el aliento de Gabriel ⁽²⁾,—en su cuerpo.

el texto con molesta reiteración las palabras *dixo*, *dixole*, *dixole á él*, acompañadas alguna que otra vez del nombre de la persona que habla; á fin de evitar el enfado de esta repetición, y hacer más fácil y agradable el diálogo, he hecho desaparecer algunas veces las antedichas palabras del texto, dejándolas siempre que han sido precisas, para evitar anfibologías en el sentido.

(1) Fol. 103 v.

(2) Fol. 104.

Pues desde que ella hablaba con él, y él hablaba con ella, veos que sintió la criatura en su vientre, y hubo temor María, y tomó en sí gran pensamiento. Y rióse (Gabriel) y dixo María:

—¡Oh mi amado Gabriel! yo siento la criatura en mi vientre.

Y al momento miróla Gabriel, y vióle la color demudada, y dixo:

—¡Oh María! esto és por el yudiçio del señor del mundo.

Después Gabriel fuese della, y quedó María marabillándose de su fecho della—de lo que le sucedía,—y comió de la fruta, y asosegósele su corazón.

Y después dentro (entró donde estaba) ella Zacarías, y traíale bianda y lo que había menester; y vió Zacarías la fruta, y túbola por mal, y marabillóse Zacarías, y dixo, que quién le había traído la fruta, por ⁽¹⁾ que el tenía la puerta çerrada, y hallóla como la dexó. Dixo María:

—¡Oh mi amado Zacarías! come del alimento de Allah, que Allah da alimento á quien él quiere, sin recuento ninguno; tráxomelo Gabriel por mandado del señor del mundo.

Y en seguida creçió el amorío en el corazón

(1) Fol. 104 v.

de Zacarías, y en el mismo momento hizo muchas loaciones á Allah por ello, y comió de la fruta Zacarías, y halló la mejor sabor que nunca halló en fruta ninguna. Después cerró la çerradura sobre María, y tornóse á servir á Allah á su almeschid—á su mezquita.—

Dixo (el narrador) que desde María estaba en el día y ora que Gabriel le dixo, que había de parir, veos que se salió (1) de la casa (en) que estaba, huyendo, por miedo á Zacarías y de los de beni Yçraile, y fuese á un lugar despoblado; y allegóse á una datilera—á una palmera—seca, de sin fruta, ni verdura, y era conoçida aquella datilera de las gentes; y tenía dentro un hueco, y púsose María dentro del hueco, y ella dixo:

—¡Guay (ay) de mí! fuese yo muerta y no sería afortunada—no sería desgraciada.—

Y al punto llamó(la) Gabriel de una partida—desde cierta parte—y dixo:

—¡Oh María! no te entristezcas, que ya ha puesto á tí tu señor una cama para acostarte.

Y en seguida hizo á Allah muchas loaciones por ello; y después gritóle por segunda vez, y díxole:

—¡Oh María! ásete de las ramas, y cayrán á tí dátiles de la datilera.

(1) Fol. 105.

Y ella era seca, sin verdura; y díxole:

—Come y bebe (1), y dáte plaçer.

Después María parió su preñado á Jesús, sobre él sea la salvación, en la mejor de las pariçiones, que nunca parió fija de edam—de Adam.—

Y dixo Ibnu Abeç, apáguese Allah del—complázcase Dios con él—que abrió Allah las puertas de los cielos, y baxaron á la tierra siete aççafés de almalaques—siete filas de ángeles—y un pilar de claredad, que resplandeçía con él la tierra y los çielos, por el poderío del señor del mundo.

Y al punto cayó Jesús del vientre de su madre, y salió dixendo:

—No hay señor sino Allah, y Jesús es roh—es espíritu—de Allah y su palabra.

Y sosegóse María, desde que oyó aquello, y hizo muchas loaçiones á Allah por ello; y agradeciolo á Allah, agradecimiento bueno.

Dice (el narrador) que Zacarías fué (2) á reconocerla—fué á buscarla,—y no la halló donde la tenía; y gritó con lo más alto de su voz á los de beni Yçraile, y luego binieron, y con ellos Ybliç—el diablo—maldígalo Allah.

Pues desde que ellos andaban en busca

(1) Fol. 105 v.

(2) Fol. 105.

suya, vió el maldito un pastor, que venía huyendo á ellos espantado, demudado de color, y dixo el maldito al pastor que venía huyendo:

—¿Qué has que te beo demudado de color y bienes espantado?

Dixo el pastor:

—¡Oh viejo! yo he bisto una cosa que nunca bí su semejante desde que yo soy nascido.

Dixo el viejo:

—¿Qué es lo que has bisto?

—Yo bí las puertas de los çielos abiertas y ví siete filas de ángeles (1) que baxaban del çielo á la tierra; y bí un pilar de claredad, que deslumbraban con él los çielos y la tierra; y bí una mujer que parió lo de su biente, debaxo de una datilera; y bí el pilar de claredad delante della, y bí los ángeles delante della; y bí un niño de fuera de su vientre, que deçía: no hay señor sino Allah; yo soy Jesús, espíritu de Allah y su palabra.

Pues quando oyó el viejo aquello, volvióse á las gentes dixo:

—¡Oh gentes! andad á la mala de María, que ha parido su preñado, y era preñada del pastor.

Pues dixeron:

—Muera (2).

(1) Fol. 106 v.

(2) Parece faltar aquí algo del texto.

—Id que allá la hallaréis en la datilera ⁽¹⁾ de-
baxo della en tal lugar.

Pues cuando lo oyeron dixeron:

—Si así es y la hallamos, apedrearla hemos.

Y deçían los niños:

—Nosotros la avergonçaremos.

Y deçían los mançebos:

—Nosotros l'apalearemos.

Y tomó cada uno dellos un palo en su mano,
y fueron y llegaron donde ella estaba, y halla-
ron á Jesús delante de ella en pied.

Y dixeron á ella:

—¡Oh María! tú has benido con maldad, y
venístete aquí por encubrirla; pues no fué tu
padre persona mala.

Dixo á ellos:

—Yo no he venido con maldad, ni hize pe-
cado ninguno, empero preguntadlo al niño,
él os dirá la verdad, si es halel—legítimo—ó
haram—ilegítimo— ⁽²⁾.

Dixéronle á ella:

—Hasta en esto llegan tus trayçiones y mal-
dades; y ¿cómo nos ha de hablar quien es de
agora naçido?

Y açeñole—le hizo señas, le indicó—su ma-
dre que les respondiese; y hizo hablar Allah

(1) Fol. 107.

(2) Fol. 107 v.

¡cuán alto es! á Jesús, y dixo á ellos Jesús hijo de María siervo de Allah, y dixo:

—Puso Allah en mí bendición y castigóme—exhortóme—á mí con el áççala y el azaque—la oración y la limosna—mientras viviese; y Allah (es) mi señor y vuestro señor; pues servidlo, que es guía derecha y verdadera.

Y en seguida vinieron una compañia—un grupo ó tropa—de ellos, marabillándose de las palabras de Jesús, y de su respuesta; y compañia—y otros—de ellos le tiraban con piedras; y bolbíanse las piedras reñas á quien las echaba (1), y á los moços cayáanseles los palos de las manos; y así fueron los más dellos feridos; y dixo á ellos Jesús:

—Acercáos á mí los feridos.

Y açercáronse á Jesús, y pasó su mano por las feridas, y sanaron, por licencia de Allah y su poderío; pues por aquello fué llamado Jesús Almaçih (2), porque toda cosa que maçhaba—que frotaba,—con sus manos sanaba, con licencia de Allah, ¡cuán alto es!

Después fué Jesús con su madre, lo que quiso—donde quiso—Allah, y dixo María:

(1) Fol. 108.

(2) El texto indica que *Almasih* significa el frotador porque, según los árabes, Jesús curaba pasando su mano sobre la parte enferma.

—¡Oh mi fijo! ¿Quieres que te ponga en la escuela á aprender alguna cosa de saber?

Y dixo Jesús:

—Por obediencia á tú ¡oh madre! yo cumpliré tu mandamiento.

Y al punto fué con él (1) al maestro, y dixo María:

—¿Quieres amostrar—enseñar—á mi fijo alguna cosa de saber y habrás gualardón de Allah, porque es güérfano de sin padre?

Dixo el maestro:

—¿Cómo le llaman?

—Jesús.

Díxoles:

—Déxalo en mi poder.

La ora paróse Jesús delante del maestro, y díxole el maestro:

—Asienta ¡oh fijo!, y amostrarte hé alguna cosa de saber.

Díxole Jesús:

—¡Oh maestro! amuéstrame con lo que deçendió Allah—enséñame lo revelado por Dios.—

Dixo el maestro:

—Asiéntate, que tú no me has de decir lo que yo te he de amostrar.

Dixo Jesús:

(1) Fol. 108 v.

—Asentarme hé por liçencia de Allah, mas no por tu liçencia.

Y asentóse Jesús delante dél, y díxole el maestro:

—Dí biçmil lehi ⁽¹⁾,—en el nombre de Dios.

Dixo Jesús:

—¡Cuán grande és y cuán grande!; en el nombre de Allah és nombre que sana toda enfermedad, y alimpia toda malautia—toda dolencia.—

Dixo el maestro:

—¡Oh fijo! dí, abu, ched, heguaz, hottaye, quelemun, ççayfet, coraçet ⁽²⁾.

Dixo Jesús:

—¡Oh maestro! ¿Qué cosa és abuched?

Dixo el maestro:

—Dí lo que yo digo, y tú no me hayas de enseñar.

—¡Oh maestro! ⁽³⁾ sepas—sabrás—que el *alif* es nombre de Allah, y el *be* la fincaza—la eternidad—de Allah, y el *he* y el *gueu* y el *zey*, pues es un valle en el Infierno, guárdense Allah dél. En cuanto á el *ha* (indica que) serán

(1) Fol. 109.

(2) Estas son algunas de las palabras convencionales, en las cuales han agrupado los gramáticos árabes las letras del alfabeto; faltan las dos últimas palabras; síguese en ellas el orden del alfabeto arábigo-magrebí.

(3) Jesús va explicando aquí á su maestro el sentido místico de las letras del alfabeto árabe.

rematados los pecados con demandar perdón á Allah. Y el *tta* es un árbol en el paraíso (1) que se llama *ttobe*; no hay en el paraíso alcaçar que no alçançen las ramas, en el (hay multitud) de piedras preçiosas, y perlas, y alyacotas—y rubíes;—el *ye* es la mano de Allah tendida sobre todos sus halecados—sus criaturas;—el *qasf* es la palabra de Allah á Muç—Moisés.—En cuanto á el *lem* (quiere decir) quien no se debieda—no se desvía—de la maldad, para él será la pena del fuego; y el *mim*, sin duda llegarán aquellos que descreyeron á la pena dolorida. En cuanto á el *ççad* (es) el dicho de Allah *lyillah ila Allah*—no hay más Dios que Allah;—el *ayne* pues es perdón de Allah á las gentes creyentes; el *fe* diçe, el señor del mundo es sobre sus siervos los creyentes; el *dda* es medida por medida, el que bien siembra bien siega (2) es que mal siembra mal siega, y coge amarguras; el *caf* será que el pecador vendrá con su pecado manifiesto el día del yudicio.

Al punto marabillóse el maestro de su pequenez, y del apresuramiento de su respuesta y de su entendimiento, y debantóse y besó la cabeça de Jesús.

Después vino su madre al maestro, y díxole:

(1) Fol. 109 v.

(2) Fol. 110.

—¿Por ventura aprende mi hijo alguna cosa?
Dixo el maestro:

—Tu hijo sabe más que yo, y él me amuestra á mí, y no ha menester tu hijo maestro, que él es más sabio que nenguno que no yo ví; pues llévatelo.

Y fuese con él su madre, y llebólo á un tintorero; y era el mayor maestro de todos los que había en aquel tiempo (1).

Dixo María:

—Yo tengo aquí un fijo huérfano, sin padre; y quería que le amostrases alguna cosa de tu ofiçio, y de Allah habrás el gualardón.

Dixo el maestro:

—Déxalo en mi poder, que yo le amostraré á él.

Entonces paróse Jesús delante del maestro, y amostróle lo que había de haçer; y miró Jesús bien en ello, y tornóse el maestro á su tienda.

Después Jesús adrecó—preparó—la caldera, y ollas; y tomó las ropas aquellas que estaban en la tienda, y echólas todas en una caldera y ollas.

Y fué ordenaçión de Allah poderoso: después rogó Jesús á Allah, bendito és, y respondió(le) Allah en su rogaria—en su plegaria—en los paños, para que saliese cada uno del color (2)

(1) Fol. 110 v.

(2) Fol. 111.

que había de ser; porque quiso Allah demostrar marabilla en las gentes.

Y vino el maestro á la casa donde estaban las ropas, y no hallando ropa ninguna, comenzó á dar voces, diciendo:

—¡Oh gentes! ¿hay alguno que me socorra en mi fortuna, que soy perdido?

Que pensó que algún ladrón le había hurtado lo que tenía en la tienda.

Dixo Jesús:

—¡Oh maestro! no des voces, que no te han hurtado ninguna cosa.

Dixo el maestro:

—¿Pues á dónde están las ropas de las gentes, que tenía aquí?

Dixo Jesús:

—En la caldera y ollas (1).

Dixo el maestro:

—¡Oh tan mal como has fecho! y que tan grande perdaa—pérdida—me has dado; porque las ropas habían de ser de muchas colores (2) y tu has las echado en una color.

Dixo Jesús:

—Toma del cabo de la ropa que tú quieras y mira del color que quiere su dueño, y luego la verás con su color.

(1) Falta aquí algo, que conocidamente debe suplirse por las anteriores palabras.

(2) Fol. III v.

Y al punto tomó el maestro una de las ropas, y demandó su color, y metió Jesús su mano, la bendita, y rogó á Allah, y salió cada ropa con su color que había de ser, en la más linda de las colores.

Pues cuando sacó la ropa cada una en su color, echó voces el maestro diciendo:

—¡Oh gentes! nunca ví ni oí mayor hechizero que éste mançebo.

Y cuando vieron las gentes los paños de tantos colores en una caldera, dixeron todos cuantos allí estaban:

—Llevémoslos al río ⁽¹⁾ y labarlos hemos, y si son hechizadas luego se quitarán las colores; y volverse han, como de primero; pues esto és lo que debemos hazer ⁽²⁾.

Y en seguida fueron con todos los paños al río; y tanto quanto los lababan más perfeccionados eran los colores; y marabilláronse todos, y dixeron:

—Sino desterramos (á) este hechizero y á su madre de nuestra villa, todos seremos hechizeros.

Y sacáronlos de la villa, y fuese Jesús con su

(1) Fol. 112.

(2) Figuerola, *Lumbre de fe*, fol. 155 v., refiere el milagro del tintorero, pero de diverso modo; pues dice que yendo Jesús con los apóstoles, vestidos de blanco, puso en el tinte de una caldera los trajes de todos ellos, y salieron teñidos de diversos colores.

madre sirviendo á Allah, ¡cuán alto és! lo más y mejor que podían.

Pues cuando se apartaron del lugar, veos—he aquí—que (a)rribaron á un monte alto de sierras, y acercáronse Jesús y su madre ⁽¹⁾ cerca de una cueva, que estaba al pied de la sierra, y halló Jesús yerbas tiernas y buenas; y vino á su madre, y comieron dellas, y reposaron sus corazones.

Después Jesús hizo un lugar donde su madre sirviese á Allah, y hizo otro lugar para él; y sirvían á Allah cada uno en su lugar.

Pues cuando escureció la noche, servía Jesús á Allah en su lugar, y su madre á otra parte; y cuando fué partida la noche fué á reconocer Jesús á su madre, y hallóla durmiendo, según Jesús pensó, y llamó Jesús cuando la vió en aquella manera diciendo:

—La loor es á Allah ¡oh madre! aquel que hizo gracia sobre tú ⁽²⁾ con tal sueño, que yo no te he visto nunca tanto dormir.

Después volvióse Jesús adonde servía á Allah hasta que se hizo el alba, y á la ora volvióse Jesús á reconocer á su madre, y hallóla como la había dexado, y díxole:

—¡Oh madre! levántate, pues sale ya el alba;

(1) Fol. 112 v.

(2) Fol. 113.

que este és sueño que jamás lo he visto en tí.

Y ella era muerta: y dió Allah sufrençia—resignación—á Jesús por la muerte de su madre; y tomóla sobre su hombro, y llevábala á enterrar.

Pues cuando amaneció y salió el sol, miró y vió por el pied de la sierra gente de los beni Yçraile, y fuese para ellos, para que le ayudasen á enterrar á su madre y hiziesen (1) oración sobre ella.

Pues cuando se acercó á ellos baxábala en su cuello, y díxoles:

—Ayudadme á enterrar á mi madre, que ella ha gustado la muerte.

Y dixéronle:

—¿Eres tú el hechiçero desterrado de tierras del Yemen?

Y apedreábanlo con piedras; y cuando bió aquello Jesús huyó de ellos, y volvió al pied de la sierra, y estaba pensando en su madre; y en aquello oyó una voz del çielo, que dixo:

—¡Oh Jesús! espíritu de Allah, suelta á tu madre y déxala, que las alhorras de l'alchanna—que las huríes de la gloria—vienen á ella para ttahararla—para purificarla (2).

(1) Fol. 113 v.

(2) Los musulmanes lavan á los muertos para purificarlos, antes de vestirles sus mortajas; excepto los que en el campo de batalla mueren peleando por la fe.

Y al punto dexóla Jesús, y apartóse de allí; y en aquello oyó una voz, que decía:

—¡Oh Jesús! buélbete á tu madre (1) y haz oración sobre ella.

Y bolbióse Jesús, y hizo oración sobre ella, con las filas de los ángeles, que no sabía su cuento—su número—sino Allah, ¡cuán alto és!

Después enterróla y igualó Allah la tierra sobre ella; y loó á Allah Jesús sobre ella, y hizo muchas loaciones.

Y después que ella fué enterrada volvióse á los de bení Yçraile, y andaba entre ellos enseñándoles, y llamándolos al servicio de Allah, honrrado es y noble; tanto que él hacía saber —enseñaba—á los niños, y les adebinaba lo que ellos comían en sus casas, y lo que alçaban—lo que guardaban—y le tomaban á sus padres; y era por llamarlos al servicio de Allah; hasta que los de beni Yçraile tomaron sus niños (2) y escondiéronlos en una casa, diciendo que quando no los hallase que no los hablaría, ni doloçería—ni engañaría—sus coraçones.

Después fué á buscar á los niños, y como no los hallaba, fuese á la casa donde los tenían, y paróse á la puerta, y dixo Jesús al dueño de la casa:

(1) Fol. 114.

(2) Fol. 114 v.

—Abre la puerta, que quiero saber quién está en ella.

Dixo el dueño de la casa:

—No hallarás en ella sinó puercos.

Y la ora rogó Jesús á Allah, que los tornase puercos; y tornáronse todos puercos, todos los de la casa por el poderío de Allah, honrrado és y noble.

Después abrió la puerta, y salieron todos puercos, que no se conoçían sinó por sus nombres; y entonces (1) maravillóse la gente de aquello, y vino Jesús y híçoles á saber lo que era de sus hijos; y llamó Jesús por sus nombres á cada uno dellos, y respondíanle, y dixeron los de beni Yçraile:

—¿Qué es esto, que assí ad acaecido—que ha sucedido—entre nosotros?

Dixo Jesús:

—Figurásteislos en vuestras lenguas, y dixísteis que eran puercos; y por esso púsolos—los convirtió—Allah, mi señor y vuestro señor (en) puercos.

Dixeron á Jesús que rogase á su señor por ellos.

Dixo Jesús:

—Temed á Allah, y tornaos de lo que vosotros andáis—tramando contra mí,—que yo os

(1) Fol. 115.

daré á ver maravillas, con liçencia de Allah, mi señor, las que nunca vísteis, ni oysteis sus semejantes.

Y dixéronle á él:

—¿Qué es lo que nos has de (1) amostrar?

Dixo á ellos:

—Servid á Allah, y dezid que no hay otro señor sino él; que él os crió todas las cosas, y á él habéis de tornar.

Dixeron á él:

—¿Qué son tus maravillas y tus señales, que nos has de amostrar á nosotros?

Dixo á ellos Jesús:

—Yo rogaré á Allah, mi señor, que cualquiera que tuviere enfermedad de cualquiera manera, que sane en aquel punto; y haré que el mudo y la criatura pequeña del día nacida que hable, con liçencia de Allah, mi señor.

Dixéronle:

—¡Oh Jesús! ¿cuándo nos harás ver aquesso que tú diçes?

Dixo Jesús:

—En esta ora sanaré los mexiellos (2)—tullidos—y ciegos, y leprosos.

(1) Fol. 115 v.

(2) Mexiello, que en el *Recontamiento de Alexandre* se escribe también *mexillo*, creo que viene de la raíz árabe *xalla*, cuya primera forma significa, tener seco ó estropeado el brazo ó la mano. Siesso cita la voz *mesillo* con significado de *mexquino*, miserable,

Y traxéronle una criatura de aquel día—re-ciennacida—y hablóle Jesús, y respondióle ⁽¹⁾ la criatura; y traxéronle hombres tullidos y ciegos, y mudos, y sanólos á todos, con liçençia de Allah.

Después mandóles que fuesen con él al makabir—al cementerio—y allegáronse á una fuessa—á una tumba—y díxoles:

—¿Conoçéis al dueño de esta fuessa?

Dixeron:

—No sabemos de quién és.

Y al punto hizo ablución y hizo dos proster-naciones de oración: después dixo:

—Debántate ¡oh dueño de aquesta fuessa!

Y no se debantó: después llamó otra vez, y dixo:

—Debántate por liçençia de Allah.

Y al punto carpióse—grieteóse—la tierra, y salió el dueño de la tumba, con la metad de la cabeça blanca, y la otra metad negra.

Dixo á él Jesús:

—¿Cómo és tu nombre?

Díxole:

—Çem fijo de Nuh—Sem, hijo de Noé.

de poca sustancia. Mesillo, según Rosal, «decían al mezquino, como misello, que en latín es miserable.» En Ducange hallé mezillus, leproso, pero por el texto se ve que no es aplicable esta significación. Siguiendo la antedicha primera etimología, creo que la manera mejor de traducir mexillo es tullido.

(1) Fol. 116.

Dixo Jesús:

—¿Qué és de tí—qué te ha pasado—que te veo la metad de la cabeça blanca, y la otra metad negra?

Dixo:

—¡Oh Jesús! ¡oh espíritu de Allah! qũando me llamaste la primera véz encaneçióse la metad de mi cabeça; que pretendí que era llamamiento del día del yudizio; y qũando me llamáste la segunda véz, certifiqué que era llamamiento en el mundo; y quedó la metad de mi cabeça como vees.

Dixo Jesús:

—¡Oh Çem! ¿quieres quedar acá en el mundo, y rogaré á Allah que te dé en él bienes, y que vivas vida larga?

—¡Oh Jesús! no ruegues á Allah que yo buelba al mundo, ni á su ⁽¹⁾ fortuna, pues el otro mundo es más amado á mí; ruégote que ruegues á Allah, que yo sea tornado en la manera que estaba.

—Pues tórnate á tu lugar, con liçençia de Allah.

Y bolbióse á çerrar la fuessa, con el poderío de Allah, ¡tan alto és!, y marabilláronse de su fecho los de beny Yçrayle, y dixeron:

—¡Oh Jesús! si nosotros viésemos lo que

(1) Fol. 117.

nos has dicho, avantajaráenos—nos favorecerías—con provisión de tu señor.

Dixo Jesús:

—¡Oh gentes! creed en Allah, mi señor y vuestro señor, y rogaré á él que deçienda maná del cielo con probisión.

Dixeron:

—¡Oh Jesús! nos te lo prometemos que creeremos.

Y al punto Jesús (1) hizo ablución y oración, y rogó ad Allah, ¡cuán alto és!, sobre aquello para que deçendiese sobre ellos maná del cielo; y deçendió por querimiento—por voluntad—de Allah, y entonces creyeron con su dicho algunas gentes, y descreyeron otras; y deçendió sobre ellos el maná, como rogó Jesús á Allah.

Y entonces fuese haçia los de beni Yçrayle con dos panes y çinco peçes, y se hartaron çinco mil hombres de los de beni Yçrayle, á más de las mujeres y los niños; y duróles este maná lo que quiso Allah, honrrado és y noble. Después viniéronle á él los de beni Yçrayle y dixéronle (2):

—¡Oh Jesús! ruega á Allah, que buelva el pescado que hemos comido vino, assí como era, con el poder de Allah.

(1) Fol. 117 v.

(2) Fol. 118.

Y pensaban sobre Jesús pensamientos malos, en todo lo que él hacía. La ora que vió aquello, Jesús rogó á Allah, ¡cuán alto es!, que se alçase de ellos lo que les había dado de bien, porque ellos andaban con traición; y alzó Allah, lo que deçendió sobre ellos, por la oración de Jesús.

Y marabilláronse las gentes de aquello; y estando así, veos que les vino Ybliç, maldígalo Allah, en figura de un hombre cano, como hombre sabio, y con él dos fijos, y vinieron entre los de beni Yçrayle (1); y ellos deçían á él y á sus fijos, si eran sabios ó adebinos que les dixesen de los fechos de aquel mançebo de tierras del Yemen, porque él ha fecho (cosas) que nunca vimos ni oymos que otro ninguno hiçiese lo que él haze.

Y así dixieron á Ybliç y á sus hijos:

—Este moço vino de tierras del Yemen y se asentó entre nosotros, y sanaba con su mano la llaga, y hacía ver al çiego, y sanaba los tullidos y leprosos, y rebibcaba —resucitaba— los muertos; y deçendió del çielo maná para nosotros, y hízola bolber cuando él quiso al çielo.

Y al instante díxoles Ybliç el maldito:

—¡Oh gentes! yo os declararé (2) el fecho des-

(1) Fol. 118 v.

(2) Fol. 119.

te mancebo; sabed todos vosotros y conoced, que ningún hombre puede hacer aquesto; mas sabed que el señor de los çielos y la tierra tiene hijo, y hále mandado que baxe á la tierra; y este és fijo de Allah; y quien le desobedeçe, desobedeçe á Allah; y que lo que este moço haze no perteneçe hazerlo sino á Allah ó (á) su hijo, ó (á) su hermano.

Y en seguida cayó (cayeron) en ellos pensamientos muy grandes, y mobiéronse los coraçones á muchas opiniones, y escandaliçábanse las gentes por su dicho de Ybliç, maldígalo Allah, y por los fechos que hazía Jesús; y así las gentes deçían que era Allah, y otros dezían que era hijo (†) de Allah.

Y cuando vió aquello Jesús dixo:

—¡Oh gentes! no dixo verdad el viejo á vosotros; que mi señor es el más honrrado y poderoso, y tan apartado es Allah de lo que vosotros deçís, que no tomó mi señor mujer, ni fijo, ni compañía ninguna; pues no creáis sus palabras, que él no diçe verdad.

Y el que venía con Ybliç, el maldito, era mancebo moço, (y) dixo:

—¡Oh gentes! no seáis torpes, que este mozo de tierras del Yemen se encubre entre vosotros; amadlo y queredlo, que él és herma-

(†) Fol. 119 v.

no de Allah, ¿y no veis que no pertenece haçer lo que haçe sino—sin que—sea Allah ó su hermano, con su poderío de Allah?; que le ví haçer (1) áves de barro, y soplaba en ellas y volaban; y no sabéis que nuestro padre Adán lo hiço de barro, y sopló el señor en él un soplo, y debantóse y andó; pues sabed que todo és una obra; pues quien obedeçe á éste, obedeçe á Allah, y quien desobedeçe á éste, desobedeçe á Allah.

Y en seguida partiéronse los de beni Yçraile en tres partes: dellos deçían que era Allah: dellos deçían que era su hijo de Allah: dellos deçían que era hermano de Allah: ¡cuán guardado—cuán exento—és Allah de lo que deçían los descreyentes, y cuán bendito és Allah!; no hay señor sino él.

Dixo (el narrador): desde que Jesús les pedricaba, y les (a)monestaba, y los llamaba al seruiçio de Allah, veos donde se extendieron sus nuevas por partidas de las tierras (2) y todos cuantos oían dél se marabillaban; y metíanse—y se dividieron—las gentes sobre (él en) muchas opiniones, hasta que se hubieron lebandado los de beni Yçraile, diciendo:

—Si no matamos á este moço de tierras del

(1) Fol. 120.

(2) Fol. 120 v.

Yemen, serán puestas muchas dudas en los coraçones de las gentes.

Y hubieron por su consejo, que el que lo matase sería abentajado de los de beni Yçrayle, y que le darían muchos bienes, y que fuese aquello éntre ellos muy secreto.

Y así estuvo Jesús entre ellos, lo que quiso Allah.

Después de aquello fuese Jesús un día á un hombre de buena manera—honrado,—y era muy viejo, y él tenía dos hijos; el uno era mercader, que andaba de lugar en lugar ⁽¹⁾ con su mercancía, y el otro hijo era tullido de sus lados, que no se podía meçer—mover,—ni podía comer; y fué allá Jesús, y llamó á la puerta, y salió el viejo, y dixo:

—¿Quién eres tú?

Dixo Jesús:

—Abreme la puerta, y habrás goço muy grande.

—¿Qué és lo que tú me harás? ¡oh mançebol!

Dixo Jesús:

—Toma mucho plaçer, y quita de tí todo pienso—toda preocupación,—que yo quiero sanar tu hijo, aquel que tienes tullido.

—¿Quién te ha fecho á saber que yo tengo fijo en tal manera, que nunca de su mal supo

(1) Fol. 127.

ninguno, sino aquel que lo crió, y crió todas las cosas del mundo?

—¡Oh viejo! yo quiero esta noche reposar en tu casa.

Dixo el viejo (1):

—Yo tengo mi hijo el mayor; há mucho tiempo que está fuera de mi casa con su mercadería, y lo espero esta noche, y es hombre muy çeloço y sospechoso, y si te halla aquí yo hé miedo que tú serás perdido á sus manos, porque és de estrecha condición, y te mataría á tú y á su mujer.

Dixo Jesús:

—No cures de eso y descansa.

En seguida dióle liçençia que dentrase en la cassa, y dentró Jesús, y asentóse, y dixo:

—¡Oh viejo! tráeme á tu hijo, aquel que tienes enfermo, que yo lo quiero sanar por liçençia de Allah y su poderío.

Y debantóse el viejo y tráxole á su hijo, y era como (2) un tocho—como un leño— (3), que no se movía ni tenía lado sano: y púsole el viejo delante de Jesús, y puso su mano sobre él y rogó á Allah por su salud, y luego le dixo:

(1) Fol. 121 v.

(2) *Tocho*, en Borao, cachiporra; *Dicc. de la Leng.*, inculto, neclo, tosco, palo redondo.

(3) Fol. 122.

—Debántate ¡oh mançebo! por liçençia de Allah.

Y debantóse el mançebo en pïedes—en pie—y díxole Jesús:

—¡Oh mançebo! anda, con liçençia de Allah, ¡cuán alto és!

Y andó, y dixo:

—¡Oh mançebo! dí que no hay señor sino Allah, y que Jesús es espíritu de Allah y su palabra.

Y dixo el mançebo aquello mesmo, y sanó el mançebo de todo cuanto mal tenía.

Después, estando en esto, veos el hermano que venía de camino; y llamó á la puerta, y oyó hablar á Jesús dentro de la cassa, y tomólo en mala señal (1), y dixo á su padre:

—Abreme la puerta, ¿quién es ese que habla con tí?

Díxole el padre:

—¡Oh hijo! es un hombre caminante, y dentro en la cassa.

Y díxole á Jesús:

—¿Quién te ha puesto en mi cassa de sin mi liçençia?

Dixo Jesús:

—Hame puesto el señor de la cassa.

Y trabáronse de nuebas él y Jesús. Después

(1) Fol 122 v.

miró á su hermano y viólo sano, y díxole:

—¿Quién te ha sanado?

Dixo el hermano:

—Sanóme este mançebo, que tú le das mal gualardón; y sanóme con el poderío de Allah.

Y bolbióse el malquerer dellos en amorío grande, y híçole mucha honra.

Pues cuando amaneció Allah con la mañana, dixo (1) Jesús al mançebo que había sanado:

—¡Oh mancebo! ¿querrás hacer aquello que yo te mandaré?

Dixo el mançebo:

—¡Oh Jesús! obedeceré á Allah y cumpliré tu mandado.

Al punto díxole Jesús:

—Vete al rey de los beni Yçraile, y dile: ¡Oh rey! si tu testimonias—si confiesas—que no hay señor sino Allah, y que Jesús es espíritu de Allah y su palabra, yo seré tu fiador en el paraíso; y dáme por mujer á tu hija, y dáme con ella la mitad de tu algo y de tu reismo—de tu fortuna y de tu reino.—Y mira bien lo que te responderá, y buélbete á mí con la respuesta.

Y fuese el mançebo con la mensagería de Jesús al rey; y cuando llegó (2) el mançebo á la puerta del rey, quiso dentrar á hablar por fuerça; y cerróle el portero la puerta, y trabó-

(1) Fol. 123.

(2) Fol. 123 v.

se el mançebo de la puerta, y abrióla por fuerza, y fuese el mançebo de puerta en puerta, y de aposento en aposento, y no le dixo nada ninguno, hasta que dentró adonde estaba el rey; y estaban con él sus caballeros y sus alguaziles, y dixo el mançebo:

—¡Oh rey! yo soy mensagero de Jesús á tí; y dice que confieses que no hay señor sino Allah, y que Jesús es espíritu de Allah y su palabra; y que él te promete el paraíso; y dice que me des tu fija por mujer, y que me des con ella la mitad (1) de tu reyno y de tus bienes.

Dixò el rey á los que estaban con él:

—¿Qué le haremos á este mensagero, que tal mensagería trae?

Dixeron:

—¡Oh rey! mándanos la pena que querrás que le demos.

Dixo el rey:

—Tomad la cabeza de su cuerpo, y lançadlo á los leones.

Y debantáronse, y cortáronle la cabeza, y echáronlo á los leones, y comiéronselo.

Y después, quando se porlorgaba—se prolongaba—la benida del mançebo, dixo Jesús al viejo su padre:

(1) Fol. 124.

—Vete al rey, y sabe de tu hijo en que tarda tanto.

Y fuese el viejo al rey, y demandó por su hijo, y díxole:

—¡Oh amigo! por aquel que demandas nunca más lo verás.

Dixo el viejo:

—¿Y por qué no lo hé de ver más?

Dixéronle (1):

—Porque el rey lo ha mandado degollar, y lançarlo á los leones, y hánselo comido.

Dixo el viejo:

—Abridme la puerta de los leones, que me coman con mi hijo; porque yo soy su padre, y quiero morir con él.

Y marabilláronse los porteros, y fuéronse al rey, y dixéronle de la demanda del viejo; y mandó el rey que le abriesen la puerta de los leones, y entró el viejo, y sacó su mano, y hizo señas á los leones, y puso delante dellos un sello que le había dado Jesús, y dixo el viejo á los leones:

—¡Oh leones! yo os demando, por el dereitaje—por la autoridad—del dueño de este sello, que echéis á mi hijo de vuestros cuerpos, como lo habéis comido, y echadlo en mi halda—en mi falda— (2).

(1) Fol. 124 v.

(2) Fol. 125.

Y echáronlo delante dél pedaços fecho. Y la ora vino el viejo con él, llorando y dando golpes en su cara. Dixo Jesús:

—¿Por qué lloras? ¡oh viejo!

Dixo el viejo:

—¿Y cómo no lloraré, viendo á mi hijo muerto?

Y contóle todo el fecho, y lo que le había acaecido con los leones; y tomó Jesús los pedazos del mançebo muerto, y púsoles la mano encima, diciendo:

—Debántate ¡oh mançebo! con liçençia de Allah.

Y veos que el mançebo se debantó en pied, alçada la cabeça, diciendo:

—No hay Señor sino Allah, y Jesús es espíritu de Allah, y su palabra.

Dixo Jesús:

—Verdad diçes.

Díxole Jesús:

—¡Oh mançebo! ¿quieres bolber al rey ⁽¹⁾ otra vez con mi mensagería?

—Sí ¡oh Jesús!

—Pues véz y dile, como de primero—como antes.—

Y fuese el mançebo, y dentró por la puerta del rey, y no lo detubo ninguno, y púsose delante del rey; dixo:

(1) Fol. 125 v.

—¡Oh rey! oye mis dichos, y cumple mi mensagería que traigo de Jesús; que diçe que testimuñes que no hay señor sinó Allah, y que no ay aparçonero—aparcerero—á él, y que él fiará de tí el paraiso de Allah; y que el és Jesús espíritu de Allah y su palabra; y diçe que cases tu hija con mí, y que me dés la mitad de tus bienes con ella.

Dixo el rey á sus mayores—á sus grandes:

—¿Y no és éste el mançebo que degollamos y lo lançamos (1) á los leones?

Dixeron:

—¡Oh el rey! él parece.

Dixo el mancebo:

—¡Oh rey! yo soy aquel que mataste y me echastes á los leones, y bolbióme mi señor como me veés, y no os aprovechará, aunque me matéis cien veces, y creo que os perderéis; pues responde á mí ¡oh rey! en la mensagería (que te traigo).

Y vino Ybliç á él, en figura de un aguazil—aluzir ó ministro—de los suyos, y díxole:

—¡Oh rey! pues que tú eres señor acatado y servido ¿á qué quieres ser servidor de otro?

Dixo el rey al alguazil:

—¿Pues qué le responderé? que ya lo matamos y lo echamos á los leones, y se lo comie-

(1) Fol. 126.

ron, y agora buelbe á mí con dicho más brabo, sin miedo ninguno.

Dixo Ybliç:

—¡Oh rey! (1) yo le responderé, y le demandaré cosa que no podrá cumplirla; y assí lo despidiremos; y tú dile que le quieres dar á tu hija, con que cumpla con lo que le demandaremos; y dile que le traiga de arras una casa de tesoro á vista de tus oxos—de tus ojos,—y un castillo en los aires, que no tenga çimiento en la tierra, sino que sea en los aires; y si esto trae, que le darás tu hija por mujer y la mitad de tus bienes.

Y demandóle el rey aquello, por el consejo de Ybliç, que vino en figura de un alguazil, ministro suyo. Y la ora fuese el mançebo con la repuesta á Jesús, y híçole á saber con la demanda del rey.

Dixo Jesús:

—Tórnate á él, y dile que te plaze de darle todo lo que demanda.

Y volvióse el mançebo al rey, y quando estaba en mitad del camino, pensó y dixo:

—¿Cómo puede ser que yo le pueda dar una casa de tesoro, y un castillo en el ayre, que no tenga fundamento en la tierra?

Y al punto debantó el mançebo sus oxos al

(1) Fol. 126 v.

cielo, y vido todo aquello que el rey le demandaba; y luego dixo:

—No quiero la hija del rey por mujer, pues que alcanzo por manera y yudiçio de Jesús esto, y más quiero su compañía que todo lo demás.

Y la ora bolbióse el mançebo adonde estaba Jesús; y cuando Jesús vió que no había llegado al rey, fuese de cara enta—hacia—la sierra (1), y el mançebo fuese detrás dél.

Y desque supo el rey que Jesús se había ido á la sierra, invió por él y por el mançebo; y dixeron al viejo que adónde estaba Jesús y su hijo; dixo que eran idos á la sierra. Y bolbieron al rey la respuesta, y mandó el rey cabalgar muchas gentes, y que fuesen tras de ellos, y que los matasen á dambos á dos; y salieron detrás y puso Allah, ¡cuán alto és! la figura de Jesús al mançebo, y alcançólo la gente del rey, y tomaron al mançebo, pensando que era Jesús, y matáronlo: y por aquello deçían los de beny Yçrayle que ellos habían muerto á Jesús, fijo de María; y por aquello diçe Allah, ¡cuán alto és! en su honrrado Alcorán (2), *güa me catelóhu guame ççalabuhu gualequim xubihelohum*, que quiere deçir: no lo mataron, ni lo cruçificaron, empero semejóseles á ellos (3).

(1) Fol. 127 v.

(2) Fol. 128.

(3) Alcorán, Sura IV, 156.

Y alçolo Allah, ¡cuán alto és! á Jesús al çielo como él quiso. No hay señor sino Allah; haze lo que quiere, y él és sobre toda cosa poderoso.

Y bolbióse el rey y los que yban con el mançebo muerto, y ahorcáronlo, después enterráronlo; y por aquello dixeron los de beni Yçrayle que Jesús era el que habían muerto, y desyerraron para Dios: otros dixeron que lo alçó Allah porque era su fijo, y otros que era Allah; ¡y cuán guardado es Allah y cuán quito—cuán libre—de lo que diçen los descreyentes! y llamólo Allah Jesús Almaçih, porque frotaba con su mano la bendita (1) sobre la plaga—sobre la llaga—y la sanaba Allah.

Esto todo fué por yudiçio de Allah y su poderío.

Y haga Allah salutación sobre Mahoma el honrrado y sobre los de su aluma—los de su pueblo,—y salbe salbamiento bueno. Emin—amén—¡oh Allah! y los loores son á Allah, señor de todas las cosas.

(1) Fol. 128 v.



RECONTAMIENTO DE JESÚS

CON LA CALAVERA.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



Bismillahi 'rrahmani 'rrahimi.

—En el nombre de Dios clemente y misericordioso⁽¹⁾.—

ESTE és el *alhadis* y *rrecontamiento* de Isa —Jesús,— *alaihi 'ssalam*—sobre él la salud—con la calavera⁽²⁾. Y fué *rrecontado* por los *rrecontadores* pasados, que Jesús, pasando un día por un val—por un valle,—veós que vió una calavera blanca, echada sobre la tierra; y pensó en ella Jesús, y dixo:

—Si quisiese Allah que me hablase aquesta calavera á mí.

Y al punto envió Allah á él (revelación), y dixo:

—¡Oh Jesús! háblale y responderte ha, con el poder de aquel que resucita los üesos, después de ser desfeitos—deshechos.—

(1) Bibliot. Nac., m. s. G. g. 196, aljamiado: fol. 16 v.

(2) Fol. 17.

Y en el mismo momento Jesús hizo abluciones y oración de dos prosternaciones, y acercóse á la calavera, y dixo:

—En el nombre de Allah, y con Allah és la creyencia—la creencia (1)—de Mahoma, y la piedad de Allah sea sobre él y sobre todo su pueblo.

Y en diziendo aquestas palabras, veos la calavera que hablaba con lengua muy paladina—muy clara,—y ella que dezía:

—¡Oh espíritu de Allah! ya has nombrado el mejor de los nombres para Allah.

Y al punto díxole Jesús:

—¡Oh calavera! demándote por Allah, el grande, en que me informes donde és tu yerrosura—tu hermosura,—y donde és la fuerza de tú, y do és la carne de tú, y donde és los güesos de tú, y donde és el alma de tú.

Y al instante habló la calavera, y dixo:

—¡Oh el annabi—oh profeta—de Allah! en cuanto (á) la hermosura de mi cara, ya l' á comido la tierra; en cuanto (á) la carne de mí, ya l'a comido los gusanos (2); en cuanto los güesos, ya son polvos desfechos; en cuanto al alma, ya és en el adeb—en el castigo—de Allah.

Dixo Jesús:

(1) Fol. 17 v.

(2) Fol. 18.

—Demándote, por Allah, el grande, en que me hagas á saber de cuáles (gentes eres).

Dixo la calavera:

—¡Oh Jesús! yo era del pueblo, que se airó Allah contra él.

Y dixo Jesús:

—¿Y cómo se airó Allah contra él?

Dixo la calavera:

—¡Oh Jesús! deballó—bajó—Allah sobre nosotros a(g)ua del cielo siete años, y siete meses, y siete semanas, y siete días; y cuando fué el día ocheno—el octavo—descendió sobre nosotros Azrayil *malacu almant*—el ángel de la muerte,—y en su mano un azote de fuego, y rrecebió nuestros espíritus con muy gran saña, y sacó (1) de mí á mi espíritu de conyuntura—de coyuntura—en coyuntura, y de vena en vena, fasta que lo truxo á la garganta; y sacó una maza de fuego muy espantible—muy espantosa,—y rrecibió con ella mi alma; y sentí de su sacamiento tal dolor, como semblante—cual—si me hubiesen escorxado—desollado (2)—siendo vivo; y yo te yuro por aquel señor de la verdad, que yo habe trenizientos—hay trescientos—años que estoy en este lugar, y nunca se me ha quitado la amargura de mi garganta, del

(1) Fol. 18 v.

(2) Del latín *excorticare*, *escorchar*, *Dicc. de la Leng.* También en Borao.

sacamiento de mi alma, ni el tremolamiento—ni el temblor—de mi corazón, ni de mis coyunturas, del miedo y espanto que yo tomé de Azrayil, ángel de la muerte.

Y al punto dixo Jesús:

—Demándote por ⁽¹⁾ Allah el grande ¡oh calavera! en que me hagas á saber y me semblances—me describas—al ángel de la muerte.

Dixo la calavera:

—¡Oh Jesús! él tiene la una mano en sol saliente, y la otra en sol poniente; y sus pies debaxo de los abismos de la tierra setena del addonya—tierra séptima del mundo;—y los que son en ella son ante sus oxos, como un grano de mostasia—de mostaza;—pues cuando él recebió de mí mi alma, quisieron mis hermanos valerme á mí; y decendieron sobre mí ángeles de l'asame—del cielo—de los ángeles de la saña—de la cólera de Dios,—y echaron sobre mí de la ceniza de la casa y de sus basuras; y cuidaban mis hermanos que me bañaban; y por aquello quedé por bañar, y envolviéronme mis hermanos en la mortalla—en la mortaja,—y ella se defendía de mí, y decía que yo no era digno ⁽²⁾ para ello; y lleváronme mis hermanos á el anaa ⁽³⁾, y el que decía:

(1) Fol. 19.

(2) Fol. 19 v.

(3) Camilla para llevar un muerto.

—Quítate de mí ¡oh esfeuzante—oh desconfiante—de la piedad de Allah!

Y lleváronme mis hermanos á enterrar; y yo (era) tan pesado para ellos, como un monte muy grande, por el amuchecimiento—por la muchedumbre—de mis pecados; y pusieronme en la fuesa, y entráronme, y no fué hecha sobre mí la oración, ni nengún bien; y cuando fuí entrado vinieron contra mí dos negros muy espantibles, zarcos sus oxos, grandes sus rostros, que la largueza de cada uno de ellos era cuatrocientos codos; y habláronme á mí con voz muy espantible, y dixéronme:

—¿Quién eres y quién es tu profeta, y quién es tu alquibla?—¡oh enemigo de Allah! ¡oh enemigo de tú! (1). Toma tu carta en tu mano la esguerra—la izquierda—y de zaga de tus cuestras—y detrás de tus costillas.—

Y tomé mi carta, y hallé en ella solamente una alhasana—una obra buena,—y yo quedé penando en mi fuesa por mi poca obra. Yo, estando ansí, veoos que vinieron sobre mí otros dos ángeles muy fieros, feos, que la tierra fazían temblar debaxo de sus pieder; y eran sus nombres Moncarony Naquiron (2); y en (la)

(1) Fol. 20.

(2) Bernardo Pérez de Chinchón en su *Antialcorano* se burla muy graciosamente de la creencia de los musulmanes en estos ángeles. Véase el Prólogo de este tomo.

mano de (uno) de ellos una maza de fierro, que si por ventura se yuntasen los hallecados de personas—las criaturas—y genios para llevarla, no habrían poder para ello, y era en su mano como un grano de mostaza; y díxome á mí:

—¿Quién es tu Señor, y quién es tu profeta, y quién es tu alquibla? (1).

Y espantéme dello (2) ¡oh el profeta de Allah! y dixé á él:

—¡Por Allah! no habe á mí—no hay para mí,—Señor sino tú, ni alimem (3) sino tú, ni alquibla sino tú.

Y díxome á mí:

—Mientes ¡oh enemigo de Allah y enemigo de tu persona!

Y firióme una ferida, que se crebantarón—que se quebrantarón con—ella mis güesos, y se esconyuntaron mis coyunturas, y yo quedé en

(1) La alquibla del creyente es el punto en el que se representa un objeto hacia el cual debe mirarse al orar; para los musulmanes es la Meca. Un comentarista del Alcorán, citado por Mrs. Meer Hasán Ali, en sus *Observations of the muslimans of India*, Londres, 1832, dice: «la quibla de un monarca es su brillante corona; la del amante, la adorada de su corazón; la del avaro, sus cofres; la del ambicioso, los honores y bienes de este mundo; la del musulmán ignorante, la santa casa de la Meca; pero la quibla del hombre verdaderamente religioso es el amor de Dios, que debía abrasar todos los corazones.» T. I, pág. 159.

(2) Fol. 20 v.

(3) *Imam* es el fiel musulmán que dirige la oración en las mezquitas; aquí se toma por director, guía de la creencia.

castigo muy grande; y yo, estando así, veos que (vinieron) otros dos ángeles, aquellos que escriben las obras en este mundo de los siervos, y dixéronme á mí:

—¡Oh enemigo de Allah y oh enemigo de tu persona! ven con nosotros á las asentadas —á las estancias—de los del fuego.

Y fuí con ellos ¡oh el profeta de Allah! de aquí á que llegamos á ⁽¹⁾ una puerta de las puertas del infierno; y paré mientes y vide hombres que los mordían las culebras y los alacranes; y les entraban al fuego, y les despedazaban sus carnes. Y dixé á ellos:

—¿Para quién es este castigo?

Y dixiéronme á mí:

—Para tú ¡oh enemigo de Allah! y para d'aquellos que comen los bienes de los guérfanos en aqueste mundo.

Y fuí con ellos á la puerta segunda, y vide hombres que salía el fuego de entre sus manos; y dixé:

—¿Para quién es este castigo?

Dixéronme á mí:

—Para tú y para aquellos que testemoñan—testimonian—y yuran en el nombre de Allah en mentira en el mundo ⁽²⁾.

(1) Fol. 21.

(2) Fol. 21 v.

Y fuí con ellos á la puerta tercera, veos con hombres que balaban como los carneros del tormento que tenían, y dixé:

—¿Para quién es este castigo?

Dixéronme:

—Para tú, y para quien beberá el vino en este mundo.

Y fuí con ellos á la puerta cuarta, y vide hombres, que entra(ba) el fuego por encima y salía por debaxo de ellos; y dixé:

—¿Para quién es aqueste castigo?

Y dixéronme á mí:

—Para tú, y para aquellos que comen lo prohibido en la casa del mundo.

Y fuí con ellos á la puerta cosinuena—quinta—veos con muyeres, que esta(ba)n colgadas de sus lenguas en el fuego, que reglaba⁽¹⁾—que rayaba⁽²⁾—sus carnes, como el reglamento—como el grieteamiento—de la nieve, y dixé:

—¿Para quién és este castigo?

Dixiéronme:

—Para tú, y para toda muyer que andará con desmindar—murmurando—y tornan(do) sus oxos airados á sus maridos.

(1) Fol. 22.

(2) El sentido de *reglar* parece ser *rayar*; el *Dicc. de la Leng.* «tirar ó hacer líneas ó rayas derechas, valiéndose al efecto del instrumento llamado regla, ó por cualquier otro medio.»

Y fuí con ellos á la puerta seisena—sexta;—ví muyeres colgadas de sus pies, y dentraba el fuego por sus bocas, y salía por debaxo; y dixé:

—¿Para quién és este castigo?

Y dixiéronme:

—Para tú, y á toda muyer que andaré á hazer adulterio.

Y fuí con ellos á la puerta setena; y ví un río que se dezía Alfalac ⁽¹⁾; y ví ¡oh profeta de Allah! castigo, el cual no podrían sembalsar —asemejarse, comparar,—ni comprender semblansadores; y ví ¡oh profeta de Allah! gentes que se revolcaban en él, como el revolcamiento ⁽²⁾ de los endiablados, de la fortaleza del castigo que tenían.

Y al punto quedó Jesús muy maravillado del dezir de aquella calavera; y dixo Jesús:

—¡Oh calavera! demándame cualesquiera merced ó gracia que quieras de parte de Allah.

Y dixo:

—¡Oh profeta de Allah! no te demando otra gracia, sino que rruegues á Allah, que me torne á la casa del mundo, y haré en ella buenas obras, y andaré derecho, y obraré obras de los de la gloria, y folgaré de aqueste castigo.

(1) Del ár. falak, que entre sus diversas acepciones tiene la de uno de los fosos del infierno.

(2) Fol. 22 v.

Y al instante Jesús hizo oración, y rrogó á Allah por aquella calavera, y tornó á la casa del mundo, como antes por mandamiento de Allah.

Y vivió tiempo de doze años sobre la obediencia de Allah, y sobre las buenas de sus obras; después murió en la paganza (1) de Allah; y fué aderezado con el creimiento de Allah; ensalzado sea; allí nos aderecen todo lo que él sea contento y pagado de nosotros, y de todos los muslimes y muslimas, creyentes y creyentas.

—Amín—¡ye raba (sic) el alamín—amen ¡oh señor del universo!—

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 (1) *Paganza* es un sustantivo, cuya acepción corresponde á la del verbo *pagar*, en el sentido de *prenderse, aficionarse*.



ESTORIA

QUE ACONTECIÓ

EN TIEMPO DE JESÚS.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



Bismillahi' rrahmani' rrahim,

—*En el nombre de Dios clemente y misericordioso* (1).—

ESTA és una estoria que aconteció en tiempo de Jesús.

Fué rracontado que Jesús, *alaihim* (sic) *issalem*—sobre él la salud,—estaba en un monte atabishando (2) —alabando á Dios,—y con él había un hombre, y hubieron hambre, y dixo Jesús á su compañero, que fuese al pueblo á mercar pan.

Y entretanto que fué apartóse Jesús á hazer oración, y vino el hombre con tres panes, y como no halló á Jesús donde lo había dexado, comióse el uno de los dos panes.

Después vino Jesús, y díxole:

—¿En dónde está la torta tercera?

(1) Bibliot. Nac., m. s., G. g. 196, aljamiado: fol. 14.

(2) Diciendo la oración que empieza «alaba el nombre de tu Señor.»

Dixo el hombre:

—No hé traído sinó dos.

Y calló Jesús ⁽¹⁾, y fueron adelante, ha(s)ta que llegaron á un ganado, y demandó Jesús un cordero, y degollólo, y comieron dél; y después yuntó Jesús los güesos, y dixo:

—Levántate, con licencia de Allah, el resucitador de los muertos.

Y levantóse balando, y dixo el hombre:

—Sobhena Allah—alabado sea Dios.—

Dixo Jesús:

—Yúrote por aquel que te ha fecho ver este milagro, que me digas que se hizo la torta de pan tercera.

Dixo el hombre:

—No truxe sinó dos.

Y pasaron adelante, hasta que llegaron á un rrío grande; y tomó Jesús de la mano al mancebo, y pasaron los dos el rrío, por encima del agua con el poder de Allah; y dixo el hombre:

—Alabado sea Dios ⁽²⁾.

Y dixo Jesús:

—Yuróte por aquel que ha fecho que veas este milagro, que me digas qué se hizo la torta tercera.

Dixo el hombre:

(1) Fol. 14 v.

(2) Fol. 15.

—Por cierto, no truxe sinó dos.

Y fueron más adelante y llegaron á un lugar despoblado, y vieron cerca dél tres pedazos de oro, como manera de rresyólas—como ladrillos (1),—y dixo el hombre:

—Gran tesoro es éste.

Dixo Jesús:

—El un pedazo será para mí, y el otro para tí, y el otro para el que comió la torta tercera.

Dixo el hombre:

—Por cierto yo la comí, aunque lo hé negado.

Dixo Jesús:

—Entonces sea todo para tí.

Y dexóselo allí, y fuese Jesús por otra parte; y estuvo el hombre aguardando que viniese alguno por aquel (2) camino, para que le ayudase á llevar aquel tesoro; y vinieron por allí tres hombres, y llamólos, y díxoles que le ayudasen á llevar aquel tesoro, qu'él les pagaría.

Y como ellos vieron el tesoro tan grande, acordaron de matar al hombre que tenía el tesoro, para quedarse ellos con el tesoro; y así lo hicieron.

(1) En Siesso, *rechóla* «piedra llana para jugar al tejo»; lo cita varias veces; no hallo en nuestro *Diccionario de la Lengua* este vocablo.

(2) Fol. 15 v.

Y cuando lo hubieron muerto dixeron los dos al uno, que fuese á mercar provisión al pueblo, para que comiesen, que tenían ganas de comer, antes que llevasen el tesoro.

Y así lo fizieron, y fué el uno de ellos al pueblo por provisión.

Después dixo el uno de los dos que quedaron al otro:

—Yo hé pensado ⁽¹⁾, que sería bien que matásemos á nuestro compañero, cuando venga con la provisión, y caernos ha mayor parte del tesoro.

Dixo el otro que le plazía bien; y así quedaron concertados para hazerlo: y el que fué por la provisión dixo entre sí:

—Bien sería que yo echase ponzonya—veneno—en lo que han de comer mis compañeros, para que muriesen, para quedar yo con todo el tesoro.

Y así lo hizo: y cuando volvió con la provisión, matáronlo luego sus compañeros, como lo habían concertado, y después tomaron la provisión, y comieron, y luego la ponzoña hizo su operación, y murieron ⁽²⁾.

Y después, á cabo de pocos días, tornó á pasar Jesús, y vió el tesoro allí, y los cuatro

(1) Fol. 16.

(2) Fol. 16 v.

hombres muertos, al derredor del tesoro; y dixo Jesús:

—Esto es lo que obra el mundo con los que mienten y no obran bien; y este es el pago que se les da á los que fían en este mundo, y no hazen y obran para el otro mundo.

Ualhamdu lillahi rabbi' lalamín. — Loor á Dios, Señor del Universo.



Monumental de la Alhambra y Generalife
SEJERÍA DE CULTURA

RECONTAMIENTO

DE

LA DONZELLA CARCAYONA.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



Este es el rrecontamiento

*de la donzella Carcayona, hiya—hija—
del rrey Nachrab, con la paloma* (1).

FUÉ rrecontado por Ali bnu Alhasán, y por Chebir hiyo de Abdu ullah, y por Said hiyo de Tahu, y por Omar hiyo de Said, dize, que entrando en la mezquita (2) del mensayero de Allah Mahoma, hallaron en ella un corro (3) de gente, y estaba en ellos Omar bnu Ulhatab (4), y Ali bnu Abi Telibi (5), y Cabu el Ajber—Caab el historiador.—

Dixo Ali bnu Abi Telit:

—Cuéntanos alguna cosa maravillosa.

Dixo Cabu el Ahber:

(1) Bibliot. Nac. m. s., G. g. 47, fol. 134 y sig., aljamiado.

(2) *En la mesquida*, en el texto.

(3) *Un coro*, en el texto.

(4) Omar ben Aljatab fué el segundo califa musulmico y uno de los más ardientes y fervorosos partidarios de Mahoma.

(5) De Ali, cuarto califa mahometano, he de tratar largamente en esta obra; el tradicionista cometió aquí el error de llamarle rey de los creyentes en vida de Omar.

—Plázeme, ¡oh rrey de los creyentes! (1); hayas de saber, que en los primeros (tiempos) del mundo había un rrey de los rromanos, que vivía en el Hind—en la India,—que adoraba á las ídolas; era rrey de muy buena condición, gobernaba su rreyno con mucho amor, y yusticiaba este rreyno; no enyendró criatura, hasta que tubo cien años, y pensó el rrey como no tenía hiyo.

Cayóle por esto grande pienso—gran preocupación,—y mandó un día que se allegasen todos los sabios de su rreino; y allegáronse todos, y díxoles el rrey que mirasen en su saber y censia si había de tener hiyos, ó porqué le era devedado.

Y miraron los sabios por su saber en la medezina, y dixéronle:

—Señor, hayas de saber, que tu cuerpo es frío, y sale de tí la esperma (2) muy fría y no puedes (3) engendrar. Es menester que hagas provisión (4) de especias, que sean muy calientes, ha(s)ta que salga de tí la esperma caliente.

Y hízolo así el rey; aprés—después—dixiéronle los astrólogos:

—Señor, no hay dubda sino que has de ha-

(1) Fol. 135.

(2) Fol. 136.

(3) *Concebir*, en el texto.

(4) *Que probiendas*, en el texto.

ber criatura; pero no sabemos si será macho ó fembra, porque vemos la estrella de Venus asentada sobre aquel signo.

Entonces el rrey concebió con su muyer al comienzo del día, y empreñóse su muyer, y parió una niña, la más hermosa de las muyeres, y llamáronle Carcayona; y murió su madre de parto, y dióla su padre á una nodriza, y crióla siete años; y hízole su padre un alcázar sobredorada, de masonería (1), y hízole en él veryeles con árboles y ríos, y traxóle allí todos (los) estrumentos que pudo haber, y dexóla allí con sus donzellas, hasta que llegó á tener onze años.

Después vino á verla su padre con los grandes de su rreyno, y tráxole brocados, y sedas, y ioyas—y joyas,—con todos los deleites que pudo traer.

Y entró á donde estaba y miró á su hermosura, y enamoróse della, y comió y bebió con ella.

Y cuando hubieron comido, dixo la donzella: —¡Oh padre! estos creados de hombres y muyeres no fueron creados (2) solamente para comer y beber; pues combiene que á quien haze tales beneficios (3) que se los agradezca-

(1) Fol. 137.

(2) *Sino dice el texto, que bien puede expresarse por solamente.*

(3) *Gracias dice el texto.*